



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN  
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL  
MENCIÓN PERIODISMO  
“TRABAJO DE GRADO”

**MANUEL CABALLERO, MILITANTE DE LA DISIDENCIA**

Vanessa Peña Rojas

Tutor: Sebastián de la Nuez A.

Caracas, 06 de septiembre de 2006

## ÍNDICE

PREFACIO .....	2
MÉTODO	
Presentación de la investigación .....	6
Definición de semblanza .....	7
Tipo de investigación .....	11
Objetivos .....	12
Justificación .....	13
Delimitación y diseño de la investigación .....	14
Sobre las entrevistas al personaje de la semblanza .....	16
Sobre la consulta a fuentes vivas .....	18
Sobre la observación directa del investigador .....	20
Sobre el arqueo bibliográfico y la revisión hemerográfica .....	21
Proceso de realización de la semblanza .....	22
Mapa de actores .....	24
SEMBLANZA	
I. La gestación del tábano .....	30
II. Los primeros agujonazos .....	46
III. El itinerante camarada .....	73
IV. La historia cuenta con él. Y el partido (por los momentos) también ....	100
V. El matrimonio con la escritura. Y con la poesía .....	133
VI. <i>A Dios rogando...</i> Y con el agujón punzando .....	153
EPÍLOGO .....	184
FUENTES DE INFORMACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA .....	187
ANEXOS .....	191

## PREFACIO

**M**anuel Antonio Caballero Agüero vio luz por primera vez el 5 de diciembre de 1931 en una casa ubicada en la esquina de Los Cipreses, frente al antiguo Teatro Nacional, en Caracas, y cuarenta días más tarde llegó a Barquisimeto metido en una ponchera de peltre. Su nacimiento en la capital fue mera casualidad. Con el propósito de resolver asuntos de trabajo, su padre, Francisco Javier Caballero, había salido de Barquisimeto en compañía de su esposa, María Antonieta Agüero, quien desde hacía tres meses esperaba la llegada del cuarto hijo. El motivo del viaje no fue de rápida solución y el matrimonio debió permanecer en la capital hasta que Manuel Antonio cumplió poco más de un mes de vida.

Le tocó nacer en la Venezuela que existía bajo los designios de Juan Vicente Gómez y sobrevivía al flagelo del paludismo: la Venezuela polvorienta, endémica, analfabeta. En su interior aparecía Barquisimeto como una tierra seca y caliente donde las piedras parecían agrietarse por los inclementes rayos del sol; como un caserío de carreras empedradas y casas chatas, cuyos habitantes eran testigos de las penas impuestas a los adversarios del régimen gomecista. Todos los días a las seis de la mañana comenzaba a escucharse el sonido que producían los grilletes al contacto con el suelo. Era señal de que se acercaba un grupo de reos que pronto sería sometido, como tantas veces, a cumplir diez horas diarias de trabajo como castigo por la “ocurrencia” de oponerse al benemérito. Eran presos políticos.

A las ocho de la mañana, tras ser liberados de los grilletes, los trece hombres condenados a vivir en la cárcel Las Tres Torres empezaban la limpieza de las calles. Al mediodía los policías les traían el almuerzo —una docena de cambures que compraban por una locha— y les permitían interrumpir la faena sólo para comer. Luego de una injusta repartición, uno de los prisioneros debía conformarse con comer doce conchas de cambur. A las seis de la tarde los grilletes regresaban a los tobillos y los reos volvían a Las Tres Torres. Para entonces el presidente del estado Lara era Eustoquio Gómez, primo del presidente Gómez.

Así era la ciudad que adoptó al recién nacido Manuel Caballero a principios de 1932. A los cuatro años de edad supo de Juan Vicente Gómez, y este es el recuerdo más lejano que guarda su memoria: estaba jugando en la acera de su casa cuando escuchó gritos y vio pasar un grupo de personas. Sus padres lo tomaron de las manos y juntos se asomaron a la puerta para enterarse de lo que ocurría. Alguien mostraba un cartel donde aparecía un rostro similar al del hombre al que ya le habían enseñado a temer: tenía un prominente bigote, anteojos redondos y un cabello blanco que se retorció hasta formar dos cuernos. Un conocido vio al señor Caballero y, con una señal, le hizo saber lo acontecido. El hombre se había pasado el dedo índice por el cuello, y Manuel Antonio, que lo había visto, preguntó qué ocurría. Su padre sólo pronunció dos palabras: “Murió Gómez”.

La infancia de Manuel Caballero transcurrió entre el temor a los perros, el juego con las metras, las caimaneras de béisbol, las cuadrillas de toros improvisadas con carretillas y los mítines políticos que presencié tomado de la mano de su padre. También en la niñez conoció el gusto por la disidencia y a partir de entonces se propuso contrariar a todos en casa, pero más por diversión que por rebeldía. Después vino la adolescencia y con ella los primeros contactos con la política.

Su interés por la política y sus actividades en este ámbito fueron muy precoces. A los trece años participó por primera vez en una manifestación popular, asistió a mítines políticos, se inscribió en la Asociación de la Juventud Venezolana —una agrupación juvenil con inquietudes políticas influida por el partido Acción Democrática— y el 19 de octubre de 1945 se unió a la juventud barquisimetana que celebraba en las calles el triunfo de la insurrección que el día anterior había depuesto al presidente Isaías Medina Angarita. Por los momentos tenía poca conciencia política.

Tres años más tarde, el 24 de noviembre de 1948, inició su vida política combatiendo a una junta militar de gobierno instaurada en el país tras el derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos. Desde entonces se declaró antimilitarista y aseguró que, en lo sucesivo, cualquier gobierno militar que haya

depuesto uno civil lo encontraría como adversario. Entre las protestas, las conspiraciones contra la gestión militar y el desafío a la policía, fue arrestado en varias ocasiones y, posteriormente, expulsado del territorio larense. A principios de la década de los cincuenta se radicó en Caracas, donde continuó con la faena conspirativa y cursó unos estudios de Derecho que no pudo concluir porque de nuevo fue reducido a prisión. En 1952, después de algunos meses de prisión en las cárceles El Obispo y La Modelo, partió al exilio.

En 1958, luego de la caída de la dictadura que lo mantuvo expatriado durante seis años en Europa, Manuel Caballero regresó a Venezuela y se reinsertó en una sociedad que, a partir de entonces, viviría signada por los ideales de libertad de la recién conquistada democracia. Al año siguiente comenzó su formación académica en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. Al mismo tiempo ejerció el periodismo como oficio, adversó la gestión presidencial de Rómulo Betancourt y trabajó en las actividades políticas en pro del Partido Comunista de Venezuela, del que era militante activo desde 1952.

A partir de 1948 Caballero se ha opuesto a todos los gobiernos venezolanos. Sin embargo, el combate más encarnizado lo ha dirigido contra tres de ellos: la junta militar establecida el 24 de noviembre de 1948, que dio paso al régimen personalista de Marcos Pérez Jiménez; la administración de Betancourt, que excluyó a los comunistas del Pacto de Punto Fijo; y la gestión de Hugo Chávez, a quien ha adversado —y con mayor vehemencia que a los gobernantes anteriores— no sólo desde el inicio de su período presidencial, en 1998, sino desde el 4 de febrero de 1992, cuando lideró la asonada militar que intentó sin éxito deponer al ex presidente Carlos Andrés Pérez.

Durante las décadas de los 70, 80 y 90 Manuel Caballero se dedicó, principalmente, a la escritura. En esta época produjo gran parte de su obra publicada. Persistía su oposición a los distintos gobiernos de turno y seguía ocupándose de la política —a principios de los setenta participó en la fundación del Movimiento Al Socialismo, donde militó hasta comienzo de los ochenta—,

pero, sin duda, sus prioridades estuvieron en el campo académico y abarcaron su formación como escritor y su consolidación como periodista de opinión.

En *Manuel Caballero, militante de la disidencia* el lector encontrará el retrato de un hombre de ideas representativo de una actitud crítica que, a través de sus escritos, posturas y acciones en la parcela política, ha cuestionado permanentemente el poder político venezolano desde 1948. Manuel Caballero ha sido un referente insoslayable en el estudio de la historia venezolana del siglo XX. Actualmente es profesor jubilado por la Escuela de Historia de la UCV, columnista de opinión del diario *El Universal* y, por supuesto, un acérrimo oponente del presidente Hugo Chávez.

## MÉTODO

### Presentación de la investigación

*Manuel Caballero, militante de la disidencia* se propone como la semblanza de un hombre de ideas representativo de una actitud beligerante, cuestionadora del poder político en Venezuela desde 1948. Se trata del historiador, ensayista, polemista y periodista venezolano Manuel Caballero, quien a través de sus afinidades, escritos, posturas y acciones en la parcela política ha asumido un rol beligerante desde su particular trinchera.

Este trabajo —con el cual la autora optará por el título de licenciada en Comunicación Social— se propone como el retrato de la relación conflictiva entre un país y la postura crítica, política y cívica de un personaje para quien la Historia, en tanto memoria colectiva de la humanidad, es una permanente advertencia de los errores que los pueblos no deben volver a cometer.

Muchas son las plumas que han acariciado páginas enteras en un intento por definir la semblanza, y algunas de ellas coinciden en asociarla con un retrato humano. Nada más ilustrativo. En este sentido, elaborar la semblanza de un sujeto equivaldría a pintarlo con palabras sobre una superficie de papel: el periodista comienza por delinear los contornos de la humanidad del personaje, acentúa sus rasgos característicos, imprime vida a la expresión de su rostro y, finalmente, termina por ponerle carne y color.

Sin embargo, no se crea que el retrato queda acabado una vez que el carboncillo lo ha llenado de toda la sustancia y el color posibles. El dibujo trasciende el plano meramente físico. Es necesario reproducir el carácter del sujeto, sus costumbres, maneras, gustos, emociones, pensamientos y actitudes. En suma, su personalidad, aquello que lo hace relevante, susceptible de ser retratado. Ya lo decía Martín Vivaldi (1987) cuando apuntaba que en la semblanza biográfica es menester

“procurar un retrato lo más fiel y exacto posible”, lo cual se logra destacando “los hechos más salientes, más psicológicamente reveladores” (p. 112).

Resta, además de la fisonomía y el comportamiento, otro elemento por considerar. Ni la mejor técnica retratista ni el mejor instrumento dan los trazos suficientes para concluir la obra: sin la existencia de una atmósfera que confiera significado a su estampa, el personaje quedaría mutilado. El entorno —mundo exterior— no sólo ofrece información provechosa acerca de lo que da sentido a su cotidianeidad; también sugiere las pautas que permiten revelar lo que entraña su singularidad —mundo interior—, sus porqués y sus respuestas.

A este respecto, Benavides y Quintero (1997), unos de aquellos autores que encuentran la semblanza similar al retrato pictórico, señalan que, en el bosquejo, el sujeto representado está acompañado por “detalles de ambientación que dan color y contraste”, y que “las figuras y objetos que aparecen sugieren algo acerca de esa persona” (p. 165) Al igual que en el cuadro, en la semblanza “cada pincelada —cada palabra— es importante, pues se nos está contando una historia” (p. 165, 166).

### **Fuera del retrato: definiciones libres de analogías**

La definición más básica del término es la que ofrece el Diccionario de la Real Academia Española (1992): La semblanza es un bosquejo biográfico (p. 1318) Algunos autores en el área periodística amplían este concepto y ofrecen otros más explicativos.

#### *La semblanza, una entrevista de personalidad*

Para Cantavella (1996), la semblanza “es una forma de entrevista” pariente de la biografía, compuesta por la información y opinión del propio entrevistado-biografiado y complementada con “los testimonios ajenos y el material que se

haya obtenido de las fuentes disponibles, hasta formar una especie de mosaico, en el que unas piezas encajan dentro de otras en hábil ensamblaje” (p. 38).

Dragnic (1993) sostiene que, como género informativo, la entrevista hizo su aparición en los periódicos a mediados del siglo XIX, “legitimando así el instrumento indagatorio por excelencia del periodismo: el diálogo” (p.11) En Díaz Rangel (1990), la noción de entrevista indica una conversación entre dos personas, en la que una de ellas interroga sobre distintos temas con el objeto de obtener información que permita revelar la personalidad y las opiniones de un individuo (p.25).

Un concepto distinto lo ofrece Hippolyte Ortega (1993), para quien el género periodístico puede explicarse, de manera muy particular, a través de una metáfora:

La entrevista es un acto sexual, caminar el ser de otra persona, traspasar sus zonas claras y oscuras, descubrir sus máscaras, retirarlas, y dejar que ese personaje “represente” su vida: actúe, se mueva, gesticule, alce la voz y permanezca vivo, natural, sobre un trozo de papel (p. 11).

La semblanza es, entonces, “una forma de entrevista”. Sin embargo, allí no termina todo. Puesto que en Periodismo existen modalidades de entrevista, se hace necesario especificar en cuál de ellas se enmarca la semblanza. Dragnic (1993) refiere tres modelos clásicos de entrevista, cada uno de ellos con diferentes fines (p. 13).

Tomando como punto de partida la clasificación de la autora, la *entrevista informativa* o *de noticia* refleja un diálogo manifiesto en el cual la fuente consultada expone su versión sobre un determinado hecho noticioso; en la *de opinión* prevalece la percepción del entrevistado; y, según Prince Bell (1927, cp. Dragnic, 1993), la *de personalidad* “es extraña a todo, menos al deseo de reflejar, sin refracción, mente y alma, el sentimiento y la opinión del entrevistado”.

Cuando Cantavella (1996) aludía a “una forma de entrevista” para referirse a la semblanza pensaba en ésta entendida como una entrevista de personalidad, en la que se presenta al personaje “con una dosificada combinación de comentarios nuestros, rasgos que hemos obtenido de otras fuentes y opiniones tuyas que se intercalan en el resto del escrito, sin que apenas aparezca la formalidad de las preguntas”. (p. 71). Ya en líneas anteriores había reproducido una cita de Rodríguez (1969, cp. Cantavella, 1996), quien sugería que la de personalidad “es una gran entrevista, en extensión y profundidad”, que registra de un individuo “aquello que tiene que ver con su historia particular, o al menos las sensaciones y observaciones que el periodista tuvo e hizo cuando realizó la entrevista”.

Para Martínez Albertos (1974), una modalidad de la entrevista de personalidad son los reportajes biográficos, “géneros narrativos de gran extensión —a veces en forma de serial por entrega—, con abundante acompañamiento fotográfico, que se proyectan sobre la vida del entrevistado” (p. 110).

En Colombia, a la semblanza se le da el nombre de perfil. Ronderos, M., León, J., Sáenz, M., Grillo, A., y García, C. (2002) lo consideran un género en el que se cuenta “una realidad a través de la historia detallada de una persona” (p. 175). En sus palabras, el perfil se compone de “trazos eficaces que descubren de qué está hecho el personaje; qué lo impulsa en la vida, qué lo jala” (p. 176). Más adelante, explican que este género se diferencia de la biografía en tanto su propósito no es narrar la historia completa de una persona, que es el objetivo de aquella (p.177).

#### *La semblanza, un reportaje con rasgos humanos*

En criterio de Benavides y Quintero (1997), la semblanza “es un reportaje acerca de una persona real con un tema de interés humano”, cuya finalidad es “resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social” (p. 165). Luego definen el reportaje como “un género periodístico interpretativo que aborda el por qué y el cómo de un asunto,

acontecimiento o fenómeno de interés general con el propósito de situarlo en un contexto simbólico-social amplio (...)” (p. 201).

De acuerdo con los autores, tanto la semblanza como el reportaje encontraron su origen a principios del siglo XX. En el caso de la semblanza ocurrió cuando los reporteros de la revista *The New Yorker* mostraron que para construir un personaje no bastaban las opiniones de éste (p. 165). El inicio del reportaje se remonta al momento en el que “las revistas estadounidenses de circulación masiva hacían un periodismo de denuncia social (conocido como *muckraker* en inglés) en oposición al sensacionalismo de los periódicos de la época” (p. 201).

Ulibarri (1994) concibe el reportaje como un género periodístico que explora “con distintos grados de profundidad, valiéndose de múltiples fuentes y métodos, sobre hechos o situaciones de interés público para dar a conocer su existencia, relaciones, orígenes o perspectivas, mediante el empleo de diversas estructuras y recursos expresivos” (p. 38).

En Periodismo, los reportajes pueden ser, entre otros tipos, informativos e interpretativos. De acuerdo con Reyes (2006), un reportaje informativo “es un texto que incluye elementos noticiosos, declaraciones de diversos personajes, ambientes, y que, fundamentalmente, tiene carácter descriptivo”. En las líneas siguientes, el mismo autor apunta:

El reportaje interpretativo narra una serie de hechos acaecidos en distintos momentos, y con un nexo entre ellos, que sirven al autor para establecer una interpretación que los abarca. Si el reportaje informativo es la exposición de situaciones y realidades sociales, el reportaje interpretativo es la interpretación narrativa del origen de esas situaciones y realidades.

A pesar de la clasificación anterior, Benavides y Quintero (1997) entienden que el reportaje es interpretativo *per se*: “El reportaje es un género periodístico

interpretativo que aborda el por qué y el cómo de un asunto, acontecimiento o fenómeno de interés general con el propósito de situarlo en un contexto simbólico-social amplio (...)” (p. 201).

Entendida como reportaje, la semblanza es un trabajo interpretativo, puesto que, como indican los autores citados en el párrafo precedente, la finalidad es “interpretar, contextualizar y buscar los factores de interés permanente del individuo” (p. 180). De esta manera, construir un relato sobre una persona implica conocerlo y, más aún, aprehenderlo para llevarlo al papel, pues, como decía Hippolyte (1993), “el lector necesita sentir al personaje, saber cómo es su ambiente, su forma de expresarse y de vestir, los gestos y los movimientos que realiza” (p. 29). A juicio de Herrera (1983), la interpretación periodística exige “ver y analizar los hechos en su contexto y no por separado. Observar el detalle pero en su conjunto” (p. 61).

### **Tipo de investigación**

*Manuel Caballero, militante de la disidencia* es un trabajo de investigación exploratorio. Elaborar la semblanza de un personaje supone introducirse en su mundo, escarbar en él a fin de conocerlo lo mejor posible y encontrar los rasgos biográficos que sean, en este caso, periodísticamente significativos. Para lograrlo, el investigador entrevista al propio sujeto, participa de su entorno y consulta fuentes vivas y documentales en busca de las pistas que le permitan construirlo y ofrecer de él una mirada en conjunto.

Hernández Sampieri, Fernández y Baptista (1998) explican que los estudios exploratorios se realizan “cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes” (p. 58). En este sentido, a pesar de la trayectoria política del historiador Manuel Caballero, quien es, además, periodista y un referente en el campo académico por su obra

historiográfica, no existía un trabajo en profundidad sobre su vida como el que se propone.

### **Objetivo general**

Elaborar una semblanza del historiador, escritor, académico, periodista, ensayista y polemista Manuel Caballero, auscultando tanto su dimensión político-intelectual como humana.

### **Objetivos específicos**

1. Conocer la actuación de Manuel Caballero en la política nacional, a través de entrevistas en profundidad a él mismo y a distintos personajes que participaron a su lado.
2. Realizar una investigación acerca de la contribución de Manuel Caballero a la interpretación de la historia venezolana, mediante arqueo documental, entrevistas al personaje y a historiadores.
3. Descubrir la importancia de la labor de Manuel Caballero como periodista de opinión, mediante consulta hemerográfica y entrevistas en profundidad al propio Caballero.
4. Indagar en su condición de historiador y escritor en relación con el marco social y político que le ha tocado vivir.
5. Aportar datos sobre sus diferentes facetas para construir al intelectual en su globalidad.
6. Retratar al personaje en sus actitudes, cotidianidad, gustos y querencias para presentar al ser humano tras el intelectual reconocido.

## **Justificación**

Benavides y Quintero (1997) expresan que “un buen sujeto para una semblanza es una persona de la que se puede contar una historia interesante: el tema debe ser relevante, el diálogo agudo y el desarrollo entretenido” (p. 177). Partiendo de la premisa anterior, se decidió realizar un trabajo de investigación sobre el historiador venezolano Manuel Caballero.

Son tres las razones fundamentales que justifican la realización de una semblanza de Caballero. En primer lugar, es un personaje susceptible de ser retratado por la significativa actuación política que ha tenido en la vida venezolana desde 1948. Hasta 1952 fue un combatiente activo que se sumaba a las acciones de calle como forma de protesta contra un gobierno militar, pero a partir de 1958, después de haber cumplido un exilio que lo mantuvo alejado del país durante seis años, su actividad política trascendió las calles para situarse en el campo de la reflexión y de las ideas.

Desde allí, a través de sus escritos que aparecían en distintas publicaciones periódicas, comenzó a proclamar su oposición a todos los gobiernos de turno, ejerciendo un rol beligerante que ha mantenido hasta la actualidad, cuando se le reconoce como un prolífico intelectual que utiliza su pluma para generar polémica y azuzar al poder.

En segundo lugar, Caballero es uno de los pocos historiadores venezolanos que se ha ocupado de estudiar sistemáticamente la historia de Venezuela del siglo XX, con lo cual se ha convertido en una referencia imprescindible en el ámbito académico. Con un lenguaje sencillo y ameno, y un método de trabajo riguroso que lo convierte en el primer venezolano publicado por la Universidad de Cambridge, este Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia ha escrito una historia moderna, analítica e interpretativa en la que conjuga la realidad histórica con sus juicios de valor.

Como tercer motivo para la realización de este trabajo está el hecho de que, hasta los momentos, no se había elaborado un estudio en profundidad sobre la vida de Manuel Caballero, quien además obtuvo en 1979 el Premio Nacional de Periodismo; en 1994 el Premio Nacional de Historia y en 2001 el Premio Bienal Simón Bolívar, en reconocimiento a su trayectoria académica.

### **Delimitación**

*Manuel Caballero, militante de la disidencia* narra la vida de Manuel Caballero desde su nacimiento en Caracas, el 5 de diciembre de 1931, hasta el presente. El énfasis está puesto en su permanente cuestionamiento a los gobiernos venezolanos que han sucedido a la junta militar instaurada el 24 de noviembre de 1948, fecha en la que el personaje se inició en la vida política de Venezuela.

### **Presentación del trabajo**

*Manuel Caballero, militante de la disidencia* tiene el formato de un libro.

### **Perfil del público lector**

La semblanza de Manuel Caballero está destinada a un público general.

### **Diseño de la investigación**

*Manuel Caballero, militante de la disidencia* se elaboró a partir de una investigación no experimental. En el Manual del Tesista de la Escuela de Comunicación Social aparece definida la investigación no experimental como aquella que se lleva a cabo mediante “la observación directa, la entrevista y la revisión de archivos”. (p. 13). Las herramientas utilizadas para la construcción de la semblanza que se presenta fueron la observación directa de Caballero en su entorno, las entrevistas a él, la consulta a fuentes vivas relacionadas con él y el arqueo bibliográfico y hemerográfico.

La primera fase de la investigación sobre la vida de Manuel Caballero fue la documentación. Ronderos y cols. (2002) señalan que en este proceso el periodista busca “en libros y en archivos de prensa y televisión información que pueda iluminar a su personaje”. (p. 178). En este sentido, Benavides y Quintero (1997) aseguran que “leer todo o casi todo acerca del sujeto de la semblanza antes de entrevistarlo es una obligación de todo buen reportero”. (p. 180).

Por su parte, Hippolyte (1993) sostiene que, para comenzar a aproximarse al pensamiento y la personalidad del sujeto en cuestión, es fundamental que en la revisión documental y hemerográfica el investigador considere las declaraciones que en algún momento haya ofrecido el personaje y consulte los libros que haya escrito. Además, afirma que gran parte del éxito de una entrevista se debe a la investigación inicial:

De husmear papeles, fotos, revistas, para que el personaje empiece a vivir en nosotros y nosotros en él. Mientras más nos adentremos en su pensamiento, en su cotidianeidad, habrá más posibilidades de escribir un texto que refleje vivazmente su esencia. (p. 17).

Después de una conversación informal con Manuel Caballero, en la que manifestó su respaldo y disposición a colaborar con la investigación que se le propuso sobre su vida, se hizo necesaria la visita a la Biblioteca Central de la UCAB y a la Biblioteca Pública Metropolitana Simón Rodríguez, con el objeto de conocer y fichar los libros publicados por él. Al mismo tiempo, se emprendió la lectura sistemática de los escritos de Caballero que aparecen en las páginas de opinión del diario *El Universal* todos los domingos.

Posteriormente se trazó un mapa de fuentes vivas. Para ello se consultó al historiador Gustavo León —ex alumno de Manuel Caballero y actual director del Colegio Claret, el Hatillo, Caracas—, con cuya cooperación fue posible elaborar una lista preliminar de fuentes vivas vinculadas con el sujeto de la semblanza. Este esquema determinó el inicio de las entrevistas e incorporó otras fuentes testimoniales durante el transcurso de la investigación, pues cada entrevistado,

incluido al propio Caballero, remitía a algunas personas claves para construir el relato.

Mientras se realizaban las primeras entrevistas a las fuentes, y se obtenía por medio de ellas información relevante para una conversación inicial con Caballero, se consideró pertinente revisar algunos de los textos escritos por el personaje para conocer su obra historiográfica y comprender su línea de pensamiento.

### **Frente al protagonista**

Antes de comenzar con el ciclo de entrevistas al personaje, se diseñó un esquema que contemplaba un número tentativo de reuniones con Caballero, las etapas de su vida que abordaría cada encuentro con él y las respectivas preguntas que podrían guiar la entrevista. Estas interrogantes se agrupan bajo lo que Cantavella (1996) denomina un “guión previo”, que, lejos de limitar la charla, podría ser de utilidad “en el momento en que ésta decaiga o no sepamos por dónde llevar la conversación, al agotarse los temas que se tratan” (p. 103).

A juicio de Dragnic (1993), es necesario que la entrevista se oriente a la consecución de los objetivos trazados. Para ello se debe formular preguntas directas que no lleven implícita la respuesta, mantener un intercambio receptivo, grato y espontáneo con el entrevistado, escucharlo con atención, “iniciar la conversación con referencias a aspectos secundarios y, una vez lograda la atmósfera adecuada en cuanto a la relación interpersonal, plantear las preguntas importantes” (p. 63).

Durante el desarrollo de la investigación se entrevistó en nueve ocasiones a Manuel Caballero, con el objeto de explorar su mundo, sus vivencias, su pensamiento y, en general, los distintos períodos de su vida. Desde la primera aproximación al personaje, la meta fue, siguiendo las palabras de Castelli (1981, cp. Cantavella, 1996), “crear en el entrevistado, desde el primer momento, un clima de cordial comunicatividad”.

A pesar de que todos los encuentros con Caballero se apoyaban en un cuestionario, se procuró que cada reunión con él se convirtiera en una conversación fluida, amena y libre, y no en un diálogo sometido a la rigidez de un cuestionario inflexible. En tal sentido, se recabó información y anécdotas interesantes que, aunque no estaban contempladas en el “guión previo” de la entrevista, terminaron por enriquecer el producto final.

Ya lo apuntaba Hippolyte (1993) cuando sugería que el entrevistador debe presentarse ante el entrevistado “con la disposición de saber escuchar, observar y, en especial, de saber preguntar. No existen las preguntas imposibles, cualquiera de ellas puede arrojar un dato interesante”. Y concluía con una recomendación: “Hay que estar atento a lo que espontáneamente surja en la dinámica del diálogo; usar el grabador y anotar todo aquello que éste no registraría (muecas, movimientos, miradas, actitudes, reacciones)” (p. 17, 18).

Todas las reuniones con Manuel Caballero tuvieron como escenario su apartamento. Sherwood (1976) afirma que, generalmente, las mejores entrevistas tienen lugar en la casa u oficina de quien se entrevista (p.12). En este sentido, Benavides y Quintero (1997) añaden que “la riqueza de información que se pretende recopilar sobre el entrevistado en una semblanza requiere que lo podamos observar en un entorno —su casa, su oficina, su estudio— que diga algo de él” (p. 185). Todas las entrevistas fueron grabadas para evitar imprecisiones en la transcripción.

Dado que el estudio de Caballero está en su casa, en varias ocasiones permitió que se le acompañara a este lugar, en el que permanece gran parte del día. Además de tomar apuntes sobre todo cuanto lo rodeaba allí, fue posible escarbar en los anaqueles donde están dispuestos sus libros y algunos de sus trabajos.

### **Se buscan contribuyentes**

En líneas anteriores se ha explicado que los testimonios de quienes guardan relación con el personaje son imprescindibles en la construcción de la semblanza. Según Hippolyte (1993), es conveniente acceder a las fuentes testimoniales, definir al sujeto por medio de quienes conocen su cotidianidad “para enterarnos de esa mezcla de mito y rumor que no aparece en los medios de comunicación impresa, ni en los libros” (p.17).

Consultar a fuentes que tengan algo que decir sobre el sujeto de la investigación tiene, de acuerdo con Benavides y Quintero (1997), varios propósitos. Entre ellos:

- a) alcanzar un balance en el texto, de modo que la semblanza no resulte en una gacetilla gratuita o en un escrito difamatorio; b) complementar con otros puntos de vistas la idea que el sujeto tiene de sí mismo; c) poner a prueba los juicios del reportero al compararlos con los de otros; d) proporcionar opiniones expertas dentro del campo de especialidad del sujeto. (p. 180).

En relación con el primer propósito, Reyes (1996) asegura que algunas de las semblanzas que se publican en Latinoamérica “caen en la adulación y a menudo se escriben en un tono reverencial y con la intención de perpetuar mitos que dejan al lector con la falsa creencia de que el personaje es un santo”. (p. 34).

Entonces, es indispensable la participación de quienes han estado vinculados con el personaje; no sólo para complementar lo que él ha dicho de sí mismo, sino también para encontrar en ellos pistas que conduzcan la investigación por senderos insospechados pero interesantes a la hora de delinearlos. Las fuentes pueden contar anécdotas que el sujeto haya olvidado y narrar circunstancias que él mismo desee mantener ocultas.

Al respecto, Ronderos y cols. (2002) recomiendan consultar a aquellos individuos que “han sido cruciales para la vida del personaje” y entrevistar “por lo menos a una persona de cada etapa de su vida” (p. 183). Por su parte, Benavides y

Quintero (1997) aconsejan conversar con el cónyuge, los hijos, amigos, alumnos, colegas, empleados o empleadores de la persona de la semblanza; “pero es más importante entrevistar a los críticos —después de todo, nadie es perfecto, y si lo es, entonces no es un buen sujeto para una semblanza” (p.180).

Para la construcción de *Manuel Caballero, militante de la disidencia* fueron necesarias las entrevistas a familiares, ex compañeros de clase en el Liceo Lisandro Alvarado en Barquisimeto y en la Universidad Central de Venezuela, profesores, amigos, ex compañeros de partido y de exilio, alumnos, colegas y quienes tuvieron relación con Caballero en algunos de los períodos de su vida, específicamente aquellos que estuvieron a su lado durante los años de rebeldía en los que se sumaba a las acciones de calle en protesta contra la situación política venezolana. La mayoría de las entrevistas fueron grabadas. Algunas fuentes solicitaron prescindir del grabador y sus testimonios se registraron en una libreta.

Dado que Manuel Caballero es viudo y no tiene descendencia, los familiares consultados fueron cinco de sus hermanos y una cuñada de él. Una visita a Barquisimeto —ciudad donde transcurrió la niñez y adolescencia de Caballero— fue provechosa para dialogar con varios de sus parientes, conocidos y personas a quienes lo ha unido una amistad que comenzó hace más de cincuenta años.

Los amigos fueron piezas claves para realizar el trabajo sobre la vida de Caballero, pues aportaron anécdotas, hechos importantes en la vida del personaje, sus rasgos definitorios, gustos y costumbres. En las conversaciones sostenidas con quienes integran el círculo de amigos de Manuel Caballero —quien se considera un cultor de la amistad— hubo correspondencia con lo que habían expresado quienes habían sido consultados con anterioridad. De manera que fue posible constatar y precisar datos e informaciones obtenidas en las primeras entrevistas a través de las fuentes vivas y al mismo personaje.

La receptividad y la disposición de conversar que manifestaron algunos amigos y ex compañeros de militancia política de Caballero, que como él abandonaron el país en la década de los cincuenta por razones políticas, fue valiosa para

reconstruir las experiencias, circunstancias y la actividad política del personaje durante los seis años que estuvo expatriado en Europa.

En relación con lo que Benavides y Quintero (1997) definen como críticos, en el caso de la investigación sobre Manuel Caballero se entrevistó a diez historiadores —dos de ellos fueron sus profesores en el liceo y en la Escuela de Historia de la UCV, otros fueron sus alumnos en la misma escuela— que aportaron su visión sobre la obra historiográfica de Caballero y expusieron, a su juicio, cuál ha sido la principal contribución del personaje con la sociedad venezolana.

### **El investigador, un legítimo observador**

Ulibarri (1994) asegura que el método de la observación directa es fundamental en aquellos trabajos que se componen de narraciones y descripciones. (p. 108). Este es el caso de la semblanza de Manuel Caballero, en la que era menester “tener una visión aún más directa y una experiencia más vívida” de la realidad del personaje cuya vida se quería investigar (p. 110).

Manuel Caballero no sólo fue observado —retratado— en su entorno diario. En el transcurso del estudio sobre su vida, fue preciso ver cómo se desenvolvía en otros ambientes, de qué manera se comportaba frente a otras personas y cómo se relacionaba con ellas. Por este motivo, fue importante la asistencia a la presentación de dos de sus libros: *La pasión de comprender. Nuevos ensayos de historia (y de) política* (Agosto de 2005) y *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica* (Mayo de 2006). Ambas obras integran la colección de nueve títulos que reúne la Biblioteca Manuel Caballero, creada bajo el sello de Alfa Grupo Editorial.

Otra forma de observación directa se llevó a cabo en Barquisimeto. Allí se visitó el liceo en el que estudió Caballero la mayor parte de su bachillerato, el lugar donde residió con su familia —la casa ya no existe— y se conversó con sus amigos más cercanos.

### **Otras fuentes de investigación**

La revisión bibliográfica y el arqueo hemerográfico fueron esenciales en la elaboración de *Manuel Caballero, militante de la disidencia*. Algunos libros de historia contemporánea de Venezuela, tres de los cuales escritos por el propio personaje, fueron elementales para documentar los hechos históricos a los que se hizo referencia en la semblanza.

También sirvieron como soporte para la construcción del trabajo ciertos artículos de prensa local y regional —consultados en la Hemeroteca Nacional de Venezuela— que reseñaban los acontecimientos originados en Venezuela en determinado período histórico. Ya lo decía Copple (1968):

Los archivos de los periódicos no sólo son en muchos casos la mejor fuente para seguir una información local; son también una relación detallada y única de alguna información que se ha ido dando en dosis pequeñas a lo largo del tiempo. (p. 59).

Dos fuentes documentales importantes fueron el discurso que pronunció Manuel Caballero cuando ingresó como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia, el 28 de julio de 2005, y la revista *Principia* de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto que circuló en enero de 2005.

### **El personaje llevado al papel**

El proceso de escritura de *Manuel Caballero, militante de la disidencia* se realizó a partir del conocimiento del personaje y sobre la base de los objetivos formulados al inicio de la investigación. Una vez recopilados los insumos testimoniales y la información documental y hemerográfica, se creó un esqueleto de trabajo y se estructuró la narración en seis partes, más un prefacio y un epílogo. En el bosquejo quedó establecido qué abordaría cada capítulo.

Aunque gran parte del relato está construido de manera lineal, hay rupturas temporales. Desde el principio se creyó que sería mucho más interesante para el lector un texto que alternara los planos discursivos, y con ellos los tiempos verbales, que, utilizados con criterio y propiedad, podrían imprimirle ritmo y un tono sugestivo a la semblanza.

En todo el discurso hay metáforas y recursos que dan color al personaje y a su entorno. De esta manera, se hizo flexible la barrera existente entre la literatura y el periodismo. La producción de este texto sobre la vida de Manuel Caballero supuso comprender la importancia de la convivencia entre el lenguaje literario, elaborado, rico en metáforas, recursos expresivos y descripciones, y el lenguaje periodístico, que si bien emplea estos elementos literarios es, por lo general, más directo y sobrio.

Sin pretender caer en la discusión sobre el periodismo y la literatura, conviene mencionar, a este respecto, las palabras de Dragnic (1993):

La creencia de que el periodismo, por definición, carece de todos los valores creativos, en una especie de negación de sus posibilidades expresivas en el ámbito de la recreación de situaciones y de personajes, o de que su estilo y su lenguaje deben seguir ayunos de toda calidad estética, es consecuencia directa de la internalización de la doctrina de la objetividad que no sólo rige la praxis periodística, sino que también determina los enfoques críticos o simplemente

analíticos que se adoptan frente a los resultados de esas prácticas (p. 83, 84).

No en vano sentenciaba Hippolyte (1993): “Nadie le puede impedir al periodista trabajar con su mundo de ficción como lo hace el poeta o el novelista. No sólo transcribimos lo que vemos y escuchamos, sino que además incorporamos la imaginación” (p. 21).

En cada uno de los capítulos que componen *Manuel Caballero, militante de la disidencia* está presente la voz del personaje de la semblanza, que se encuentra antecedida por un guión de diálogo. Para introducir las citas textuales de las demás fuentes consultadas se utilizan los verbos de atribución y las comillas, y en otros casos se emplea el recurso de la paráfrasis para reproducir lo dicho por los entrevistados.

**MAPA DE ACTORES**

<b>Fuente</b>	<b>Amigo</b>	<b>Familiar</b>	<b>Autoridad</b>	<b>Contraparte</b>	<b>Formador</b>	<b>Compañero de actividades</b>	<b>Alumno</b>
Adriano González León (escritor)	<b>X</b>						
Aglae Caballero (abogada)		<b>X</b>					
Eleazar Díaz Rangel (periodista)						<b>X</b>	
Elías Pino Iturrieta (historiador)			<b>X</b>				
Fernando González (físico)						<b>X</b>	
Florencio Sánchez (administrador)	<b>X</b>						
Francisco Caballero (ingeniero)		<b>X</b>					

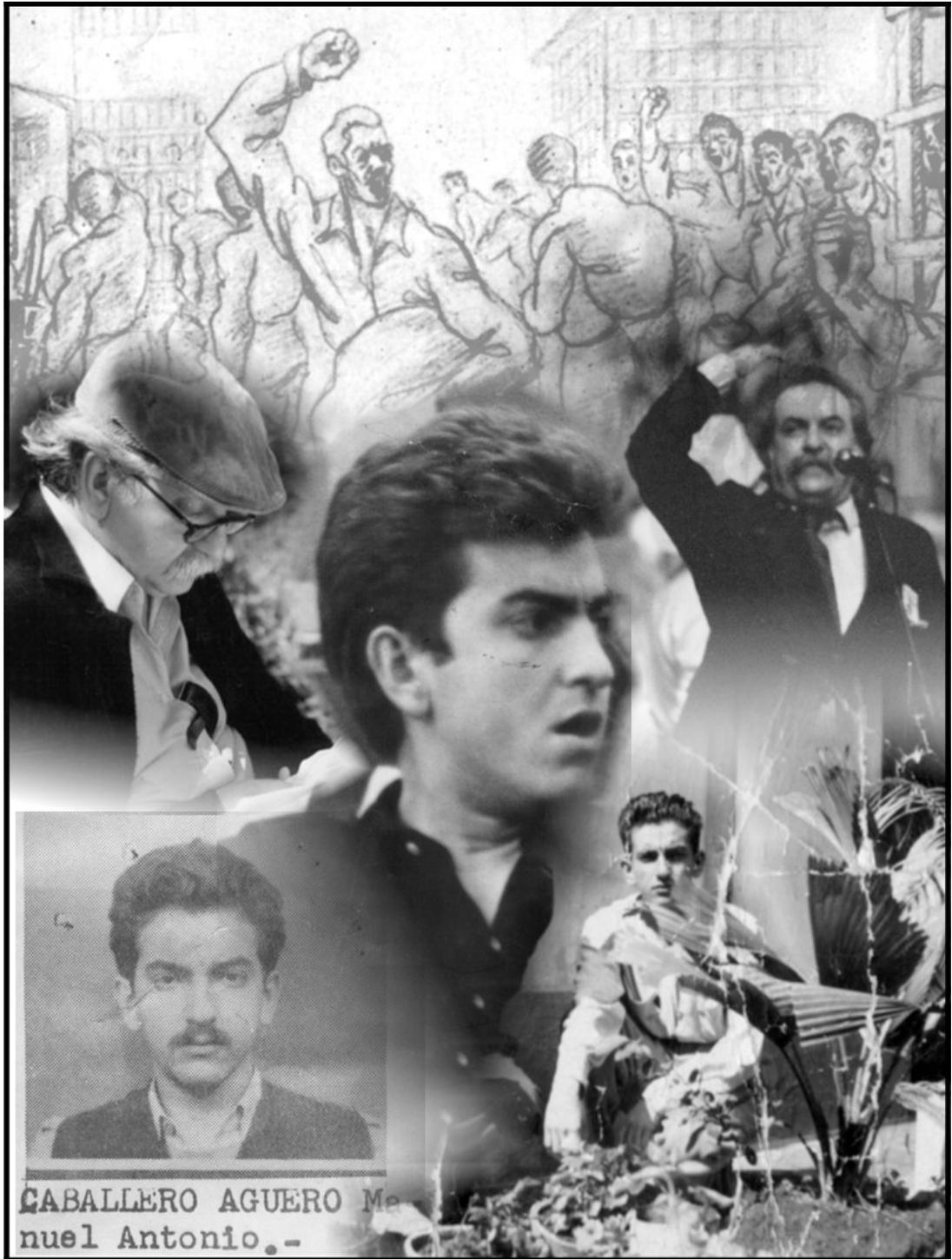
<b>Fuente</b>	<b>Amigo</b>	<b>Familiar</b>	<b>Autoridad</b>	<b>Contraparte</b>	<b>Formador</b>	<b>Compañero de actividades</b>	<b>Alumno</b>
Germán Carrera Damas (historiador)					X		
Guillermo Morón (historiador)					X		
Gustavo León (historiador)							X
Héctor Rodríguez Bauza (empleado AN)						X	
Inés Quintero (historiadora)							X
Isbelia Sequera (economista, escritora)	X						
Jesús Enrique Guédez (poeta)						X	

<b>Fuente</b>	<b>Amigo</b>	<b>Familiar</b>	<b>Autoridad</b>	<b>Contraparte</b>	<b>Formador</b>	<b>Compañero de actividades</b>	<b>Alumno</b>
Jesús Sanoja Hernández (escritor)						X	
Joaquín González (lic. en artes y filosofía)						X	
José Carta (administrador)	X						
José Felipe Oropeza (geriatra)						X	
José María Cadenas (psicólogo)	X						
Josefa Elena Carrillo (pediatra)	X						
Josefina Gavilá (historiadora)	X						

<b>Fuente</b>	<b>Amigo</b>	<b>Familiar</b>	<b>Autoridad</b>	<b>Contraparte</b>	<b>Formador</b>	<b>Compañero de actividades</b>	<b>Alumno</b>
Luis Aníbal Gómez (periodista)						<b>X</b>	
Luisa Barroso (periodista)	<b>X</b>						
Magda Valenzuela (docente jubilada)					<b>X</b>		
Magdalena de Mayer (docente jubilada)	<b>X</b>						
María Elena González (historiadora)							<b>X</b>
María Soledad Hernández (historiadora)							<b>X</b>
Milagro Camejo (docente jubilada)	<b>X</b>						

<b>Fuente</b>	<b>Amigo</b>	<b>Familiar</b>	<b>Autoridad</b>	<b>Contraparte</b>	<b>Formador</b>	<b>Compañero de actividades</b>	<b>Alumno</b>
Nicolás Curiel (crítico de teatro)						X	
Omar Cadenas (economista)						X	
Pablo Caballero (administrador)		X					
Perán Erminy (crítico de arte)						X	
Pompeyo Márquez (presidente de la Fundación Gual y España)						X	
Rafael Arraíz Lucca (escritor, historiador)			X				
Rafael Cadenas (poeta)	X						





# **Manuel Caballero**

MILITANTE DE LA DISIDENCIA

## I. LA GESTACIÓN DEL TÁBANO

...como el tábano que se posa sobre el caballo, remolón, pero noble y fuerte, que necesita un aguijón para arrearle. Así, creo que he sido colocado sobre esta ciudad por orden del dios para teneros alerta y correiros, sin dejar de estimular a nadie, deambulando todo el día por calles y plazas.

*Apología de Sócrates. Platón*

**L**as manecillas del gran reloj cuadrado que sobresale de su muñeca izquierda señalan la una de la madrugada. Este es uno de los tantos momentos en los que la pasión por la escritura lo ha abrazado con tal fuerza que apenas advierte que su hora de ir a la cama está en tiempo pretérito. Como es costumbre, la antesala de un profundo sueño debió empezar entre ocho y nueve de la noche, pero esta vez los cabeceos se han dilatado. El propósito de concluir el libro es excitante. Y aquí en el estudio continúa inmutable, tejiendo reflexiones, absorto entre las líneas, labrando cada palabra.

Por estos días es casi imposible no imaginarlo nadando entre libros en el océano que es su cuarto de trabajo: tiene la costumbre de pasar días enteros acumulando lecturas antes de iniciar la composición de textos. Y aunque ya está a punto de terminar de escribir este nuevo libro —una compilación de trescientos ensayos cortos que prometió a sus “desocupados lectores”, después de ofrecerles una reflexión antipatriótica que explica por qué no es bolivariano—, no ha dejado de leer un solo día. Para él la lectura y la escritura son dos vicios, uno complemento perfecto del otro.

En el estudio, donde pasa la mayor parte del día produciendo ideas, se encuentra la más grande de sus cuatro bibliotecas. Algunos de sus anaqueles, atestados de volúmenes ubicados indistintamente de manera vertical u horizontal, están identificados de acuerdo con la materia a la que se refiere cada hilera de libros. Así, por ejemplo, los clasifica en *Teoría de la Historia*, *Historia Universal*, *Historia de Venezuela*, *Biografías*, *Maquiavelo* y *Bolívar*.

Además del aluvión de libros que inunda su estudio —que parece una antigua librería repleta de joyas literarias— hay algo que salta a la vista en este lugar. En una repisa que forma parte del escritorio descansa una caricatura, donde, al igual que en las veinte que cuelgan de una de las paredes de la sala, se aprecia un detalle repetitivo al que los dibujantes parecen haber reservado los mejores trazos: una blanca espesura de hebras firmes esconde celosamente la boca de un Caballero. ¿Quién lo duda? El de don Manuel es un bigotazo en toda su extensión y profusión.

Sus dedos no parecían dispuestos a dar tregua al teclado, pero luego de unos de instantes al fin aparta la mirada del monitor y la dirige hacia el reloj. Recorre con ambas manos la despoblada testa —que de manera vanidosa suele cubrir en público con la alegórica boina vasca— y luego de un ademán de cansancio bosteza pronunciadamente. En unas horas amanecerá, despachará rápidamente su artículo dominical para el diario *El Universal* y podrá concluir el texto que reúne los trescientos ensayos. Por ahora, se despega de la silla y se dirige a su habitación. Seguro soñará con una Venezuela en la que no gobiernen militares. O, tal vez, prefiere soñar que ya amaneció y puede levantarse y seguir escribiendo.

La escritura es una disciplina que don Manuel Caballero aprendió en la tierna edad, tras su prematuro aprendizaje de la lectura. Ya a los siete años comenzaba a dar vida a las palabras con el lápiz entre las manos. Llenaba hojas enteras, y lo hacía tan bien que enorgullecía a sus padres. Tanto lo entusiasmaba unir palabras sobre el papel que, con excelente ortografía pero con pésima letra, muy temprano compuso sus primeros escritos.

Por fortuna, no tardó en convencerse de que la flojera era enemiga de su caligrafía, de manera que comenzó a utilizar la máquina de escribir de su padre, Francisco Javier Caballero. En ella transcribió algunos textos para colaborar con el periódico mural de la escuela; también envió algunos de sus escritos para el diario *El Heraldo*, en el que el señor Caballero se desempeñaba como periodista.

El pequeño Manuel Antonio escribía de todo, pues aún era incapaz de definir el rumbo que seguirían sus ideas. Su convivencia con el oficio de escribir comenzó en los talleres de imprenta de *El Herald*. Allí, donde respiraba el olor del plomo y ayudaba a los cajistas en la composición de los textos, germinó un amor incondicional por la escritura que se ha nutrido a través del tiempo: en el calendario es impensable un día en el que don Manuel Caballero no escriba.

Su memoria comenzó a funcionar como un sistema de almacenamiento de datos a partir de su aprendizaje de la lectura. Entre los siete y doce años uno de sus pasatiempos predilectos era hurgar en la pequeña biblioteca de su padre, frente a la cual pasaba horas devorando libros. En esa etapa leyó novelas francesas de aventuras y algunas obras de la literatura del Siglo de Oro español, al tiempo que se divertía con las tiras cómicas de los suplementos dominicales del periódico *La Esfera*. En la escuela conoció *Doña Bárbara*, obligatoria para leer en clase.

El hábito de lectura que desarrolló en la niñez se afianzó con el tiempo y su gusto literario se amplió con la madurez. De adolescente se acercó a los libros de política que de pequeño le habían despertado interés, y a los que no había podido acceder por la dificultad que suponía encontrarlos. A los trece años no permitía que en casa alguien leyera el periódico antes que él.

A pesar de que su predilección eran los suplementos dominicales de *La Esfera*, no por ello pasaba por alto las notas informativas que llenaban las demás páginas. Entre suplemento y suplemento, algún titular reclamaba su atención. De esta manera supo que, en octubre de 1945, cuando faltaban menos de dos meses para cumplir los catorce años, algo estaba por suceder en el país.

Alrededor de la una de la tarde del jueves 18 de octubre de 1945 se inició en Caracas y Maracay el movimiento revolucionario que depuso al general Isaías Medina Angarita. Cinco días más tarde, el escritor Antonio Arráiz atestiguaba en el diario *El Nacional* que, si bien el gobierno ignoraba la situación, la población se convencía de que se trataba de un movimiento extraordinariamente organizado y estructurado en toda la República, que según pasaban los minutos se robustecía en la capital y en algunas ciudades del interior.

Se trataba de un golpe de la juventud del Ejército, la Armada y la Aviación, que, secundados por el partido Acción Democrática (AD), aspiraban a realizar integral y definitivamente los ideales progresistas que faltaban en el sistema de gobierno de Medina Angarita. Así, el 18 de octubre quedó constituida la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, integrada por los miembros de AD Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa; Edmundo Fernández (independiente) y los capitanes del Ejército Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas.

En Barquisimeto los acontecimientos se conocieron al día siguiente. A las once de la mañana del 19 una escuadrilla de aviones del Ejército volaba sobre la ciudad, al mismo tiempo que grupos de barquisimetanos se unían en las calles expresando su adhesión al movimiento revolucionario y al Ejército. La prensa local reseñó los hechos un día después: “Ayer fue derrocado el gobierno de Medina Angarita” y “Barquisimeto se suma a la Revolución” eran dos destacados titulares del diario *El Impulso* del 20 de octubre.

La juventud barquisimetana también se sumó al júbilo por el triunfo de la insurrección. Algunos estudiantes del Liceo Lisandro Alvarado entraron a un autobús y daban vivas a la Revolución de Octubre, ignorantes de lo que el acontecimiento significaba para el país. Entre ellos había un jovencito menudo y cabezón que pisaba los catorce años, y que, con una tímida conciencia política que con el tiempo se fortalecería, recientemente había ingresado a las filas de la

Asociación de la Juventud Venezolana (AJV), un organismo juvenil con intereses políticos influido por el partido Acción Democrática.

**M**anuel Caballero se había incorporado a la AJV el 13 de octubre de 1945, un día después de que la agrupación celebró tres años de labores en pro de la lucha juvenil en el estado Lara. Ya para entonces era un adolescente con inquietudes que iban más allá de las actividades y pretensiones estudiantiles. Con la entrada al liceo empezaba a sumergirse en las aguas de la política.

Chicho, como solían llamarlo en su casa, era sumamente delgado. En compensación con su escuálida contextura tenía una cabeza prominente, que en la escuela le había valido el apodo de “el marciano”, unas grandes orejas que le enmarcaban el rostro y una mata de cabello lacio que peinaba hacia atrás. Como era la norma, Chicho asistía al liceo impecablemente vestido de saco y corbata. Además usaba los pantalones de la moda tubito, con los que era tan cuidadoso que en una ocasión se subió los ruedos hasta donde pudo y echó a correr tratando de huir de un perro que lo perseguía para morderlo.

En palabras de la profesora de Biología del primer año, Magda Valenzuela, aquel muchachito que asistía a sus clases “era bueno e inteligente”. Ella vivió con sus alumnos los trastornos estudiantiles que habían resultado de la Revolución de Octubre. “La política penetró el liceo y los alumnos se politizaron. Eso los perjudicó en cierta manera, porque la fascinación por la política desplazó a un segundo plano el interés por sus estudios”.

Efectivamente, el poeta Rafael Cadenas, quien para la época era compañero de estudios de Chicho, lo recuerda participando activamente en las discusiones sobre la realidad venezolana que se generaban dentro de las aulas y fuera de ellas. “Tanto él como yo estábamos sumamente absorbidos por las actividades políticas, y aunque no estudiábamos como era debido porque existía un interés que nos

dominaba mucho, teníamos por costumbre llevar sillas plegables de noche a las plazas para sentarnos a estudiar y conversar”.

Si bien las actividades y reflexiones políticas fueron precoces en Manuel Antonio, también lo fue el germen de la disidencia que se concentró en él a temprana edad. El señor Caballero acostumbraba llevar a su hijo de siete años a reuniones de adultos, en cuyas conversaciones, generalmente matizadas por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, al niño le encantaba intervenir.

—Todos los vecinos de la cuadra eran partidarios de los aliados en la Guerra, a diferencia de mi papá, que era el único “germanófilo” de la cuadra. Como me gustaba contrariarlo en eso y discutir tonterías con él, entonces yo era el “aliadófilo” de la casa.

No era la primera vez que Chicho brillaba como oponente. Tampoco sería la última. En las reuniones también debatía con los amigos de su padre que eran simpatizantes de los nazis o de extrema derecha. Eso sí, el señor Caballero no tenía nada de nazi. Tanto es así que el hecho de que nunca les pegara a sus hijos disgustaba a Chicho, que se avergonzaba de ir a la escuela sin moretones y cicatrices para mostrar a los niños que exhibían orgullosos las consecuencias de las palizas que les daban sus padres.

Por parte de su madre tampoco recibía pelas ni castigos; solamente ganó regaños con los que se moría de susto, pero más nada. Entre los hijos del matrimonio Caballero Agüero —Francisco, Rosa Margarita, Nerea, Manuel Antonio, Aglae, María Antonieta y Pablo—, Manuel Antonio fue siempre el consentido de su madre, según manifiestan Pablo, Francisco y Rosa Margarita.

La imagen de intelectual que le había creado su predilección por la lectura —con la que reproducía la figura de su padre, considerado “el intelectual de la cuadra”— hizo del pequeño Chicho el hijo preferido de la señora María Antonieta. Así lo

reconoce el propio Manuel Caballero, que, con el paso de los años, seguiría siendo el consentido de su mamá, y no sólo por ser el muchachito culto.

Manuel Antonio veía a su papá pocas veces al día. El señor Francisco se iba a trabajar a las cuatro de la mañana, volvía a casa al mediodía, almorzaba y retornaba en la noche. Sin embargo, de sus hijos, Chicho era el que más salía con él los fines de semana. Además de integrarlo a las reuniones con sus vecinos, su padre lo llevaba a la imprenta del diario *El Herald*. Allí, el pequeño Manuel se divertía ayudando a los cajistas en la composición de los textos, mientras sentía que el olor del plomo de la imprenta penetraba por cada poro de su piel.

—Salía algunas veces con mi papá, pero de todas maneras no teníamos mucha relación, entre otras cosas, porque era más común que los muchachos fuesen más cercanos con la mamá, pero yo lo admiraba muchísimo. Él era mi ídolo.

Cuatro meses antes de comenzar el bachillerato, en junio de 1944, Manuel Antonio sufrió la pérdida de su padre, de quien conserva un recuerdo que le causó una fuerte impresión. En cierta ocasión el señor Caballero llegó a casa diciendo a los suyos: “Un día de estos me muero de un brinco”. Al escucharlo, Chicho quedó “muerto de susto”. Supo, entonces, que el médico le había conseguido a su padre un aneurisma en la aorta.

—Él llegó jactándose de eso, pero yo pasé dos años aterrorizado pensando que podía morir en cualquier momento. Después pasó el tiempo y falleció a los 42 años, de una pleuresía.

El señor Caballero murió en su casa, cumpliendo un auto de detención —debido a su estado de salud le fue concedido el régimen de casa por cárcel— dictado como consecuencia de una información errónea que había publicado en *El Herald*. No obstante, a pesar de la ausencia paterna Manuel Antonio estaría por vivir una de las etapas más satisfactorias de su vida: dejaría de ser “el muchachito que en la escuela caciqueaban y coscorroneaban” para convertirse en un adolescente

despierto y respetado entre sus compañeros por su coraje y vigor intelectual. Se acercaba el día en que desafiaría a la policía y se integraría a las manifestaciones, con lo cual ganaría fama de valiente. A diferencia de la escuela, no era la fuerza física lo que impresionaba en el liceo.

—Me unía con la gente en las calles, iba a los mítines, aplaudía a los adecos, oía a los copeyanos, pero era muy niño todavía. Esos fueron mis primeros contactos con la política. En el liceo y fuera de él no se hacía otra cosa que discutir de política todo el tiempo.

Tenía siete años cuando asistió por primera vez a un mitin político. El señor Caballero solía llevarlo a todos los mítines que se celebraban en Barquisimeto, pues pensaba que a su hijo le resultarían divertidos. En uno de ellos, el inquieto Chicho escuchó alguna vez a Jóvito Villalba y a Andrés Eloy Blanco, y fue el discurso de éste último el que más lo impresionó por la imagería que proyectaban sus palabras. Aún don Manuel mantiene en su memoria el comienzo de aquella disertación del poeta: “Vengo a hablar ante el pueblo de Barquisimeto por primera vez, y quisiera tener lo que se tiene cuando se habla con una mujer bonita: buena cara, buena voz y buena suerte”.

—Andrés Eloy Blanco era muy divertido como orador, pero no lo recuerdo mucho porque yo era un niño para ese momento.

Corría 1938. Para entonces, los venezolanos, libres de la opresión gomecista, buscaban nuevos horizontes. En Barquisimeto surgieron importantes iniciativas “para meter el clarín del cambio” en las actividades culturales, comerciales y políticas. En enero de ese año se inauguró Radio Barquisimeto; un mes después la Línea Aeropostal Venezolana realizó el primer vuelo comercial a la capital larense, y por esa misma época circulaban periódicos —unos simpatizantes del gobierno, otros de la oposición— con atrevidos comentarios políticos. Algunas de

estas publicaciones eran *El Compedor, Revolución, Mañana, Adelante, El Heraldito, El Impulso, Norte y El Faro*<sup>1</sup>.

Manuel Caballero creció en una ciudad pequeña, pujante y pacífica, soportando los coscorriones que le propinaban sus compañeros en la escuela, asistiendo a los mítines políticos y oliendo la tinta de los periódicos. Entre los recuerdos que guarda de aquella época hay uno en particular que aún le provoca risa. Cierta día se encontraba en una casa vecina donde vivían varias muchachas. Él estaba entretenido jugando cuando vio que una de ellas se acercó gritando: “¡Llegó la guerra!”. Los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor y la prensa larense del momento tituló: “Llegó la guerra a América”. La noticia impactó tanto a una de las jovencitas, que, sentada en un taburete recostado de la pared, se sobresaltó y cayó al suelo. Su falda se levantó hasta la barbilla y los presentes notaron que no tenía ropa interior. Manuel Antonio tenía diez años y era la primera que veía un pubis distinto al de una niña. A partir de entonces, cada vez que ve “ese bosque de pelos” ocurre una conflagración universal. “Nunca ha sido pacífico, siempre me he metido en un vainero”<sup>2</sup>.

Participó por primera vez en una manifestación popular a los trece años. Fue el primero de mayo de 1945. Un numeroso grupo de personas que se dirigía a la Plaza Bolívar de Barquisimeto pasó frente a su residencia. La gente se incorporaba según avanzaba la concentración, y él, que para entonces se juzgaba más o menos despierto políticamente y sabía lo que estaba ocurriendo pues en su casa discutían con frecuencia la situación, decidió unirse a los manifestantes. Había caído Berlín y terminaba la Segunda Guerra Mundial.

Con la entrada al liceo, y sobre todo en los últimos años del bachillerato, a Chicho se le abrieron horizontes no sólo en el ámbito político sino también en el intelectual y el personal. En esa época cultivó buenas amistades —como la de Rafael Cadenas, Salvador Garmendia y José Felipe Oropeza—, una costumbre que desarrolló durante la adolescencia porque de niño era egocéntrico. Y vivió

---

<sup>1</sup> Otto Acosta, *Barquisimeto: eran otros tiempos*. San Cristóbal, Editorial Futuro, 2002, p. 87.

<sup>2</sup> Milagros Socorro, *70 años en la oposición*. *El Universal* digital, 16/12/2001, Nacional y política.

enamorado solo. Era tan tímido que ni se le ocurría acercársele a alguna jovencita para hablarle de amor, menos para pedirle que fuera su novia.

**E**l liceo donde estudió Manuel Caballero tenía una particularidad. A diferencia de los demás, sólo el Lisandro Alvarado ofrecía quinto año y por ello se convirtió en un importante centro cultural que recibía cantidades de estudiantes de regiones cercanas como Carora, Quibor y El Tocuyo, y de estados como Portuguesa, Falcón, Trujillo e incluso del oriente del país.

Un centro docente de primera categoría, conformado por excelentes estudiantes y con 110 años de fundado. Eso era el Liceo Lisandro Alvarado en 1945, época en la que Venezuela tenía alrededor de ochenta mil estudiantes desde la universidad hasta la primaria. Para entonces la población liceísta barquisimetana, constituida por setecientos jóvenes aproximadamente, esperaba un espacio más amplio que las escasas aulas del edificio amarillo ubicado frente al viejo mercado, por la tradicional calle Lara de Barquisimeto<sup>3</sup>.

La institución, cuyos estudiantes tenían la disposición de formarse una cultura y tener una vida socialmente activa dentro de sus esferas propias, auspiciaba actividades como el deporte, las conferencias de temas variados, el acceso a la biblioteca, la participación en el orfeón y el intercambio de pintura de los grados primeros y superiores con otros liceos de la República.

Otra de las actividades era la elección de la reina del liceo. En 1944 los estudiantes habían dado ese título a Isabelia Sequera, cuyas reminiscencias traen al presente un instituto vanguardista del interior de la Venezuela polvorienta en el que “un pequeño grupo lleno de grandes inquietudes, principalmente políticas”,

---

<sup>3</sup> *La organización del Liceo “Lisandro Alvarado” está alcanzando puesto de vanguardia en El Impulso*, 20/10/45, p. 4.

tuvo la suerte de tener profesores de calidad y de estudiar en un entorno que fomentaba la cultura.

Residían en una ciudad sana, en la que coexistían valores como el respeto y la honestidad, se le daba importancia a la formación familiar y se dejaban de lado las diferencias políticas y sociales. En el liceo todos participaron en el concurso de elección de la reina. “Ricos, pobres, adecos, copeyanos, comunistas, todos vendieron su bicicleta para pagar el voto, que costaba una locha”, cuenta la economista y escritora Isbelia Sequera.

Las bicicletas eran con frecuencia el medio de transporte utilizado por los jovencitos para ir al liceo. Chicho, que desde niño había sido torpe para subirse a una patineta y no tenía destrezas para jugar béisbol y manipular perinolas, aprendió a manejar bicicleta a los 14 años. Por fortuna para él, las elecciones de la reina ya se habían realizado.

En 1946 el liceo se trasladó a una nueva sede. Ubicada a dos cuadras de lo que había sido la histórica cárcel de Las Tres Torres, la institución con capacidad para doscientos alumnos que Isaías Medina Angarita había ordenado construir, albergó dos mil estudiantes. El primer día de clases allí, y en un curso de veinticinco estudiantes, Manuel Caballero conoció a José Carta, un jovencito que había venido del Colegio La Salle y que estudiaría con él desde el segundo hasta el cuarto año.

Aunque la llegada de Acción Democrática al poder había convulsionado al país y el clima estaba cargado de tensiones políticas, el economista Carta refiere que en el liceo se respiraba un ambiente de esperanza porque era una Venezuela en la que todo estaba por venir. “Los adecos eran violentos y manifestaban la petulancia del que está en el poder exhibiendo en el brazo un distintivo con las siglas del partido, y eso despertaba pugnacidad, pero no entre estudiantes, porque nunca tuvimos problemas a pesar de las preferencias políticas de cada uno”.

El Chicho que estudiaba con José Carta aún estaba lejos de ser un dirigente estudiantil alborotador y promotor de huelgas. Era discreto al hablar, sobresaliente en Humanidades pero desinteresado por la Matemática y la Biología. “No era introvertido sino mesurado de palabra y tranquilo en clase. Yo conversaba mucho con Caballero y con Cadenas, que eran tan amigos que se sentaban juntos”. En las tertulias que surgían de regreso a sus casas estaba siempre presente la situación del país.

Manuel Antonio también compartía a diario el curso con el guariqueño José Felipe Oropeza, integrante de la AJV y compañero de rebeldía del Chicho que pasó de niño mimado de su casa a jefe de los adecos en el liceo. Pero eso vendría después. Todavía era tiempo de viajar a Guarico, salir a montar caballos y reunir un bolívar para ir al cine Principal a ver una película mientras comían tostadas y tomaban Toddy. Era hora de que Manuel dejara de temer a los caballos. El miedo a la policía pronto dejaría de existir.

En el liceo se estudiaba durante todo el día y los sábados en la mañana se realizaban las prácticas de determinadas asignaturas. Tuvieron buenos docentes, entre los que Chicho cuenta a Guido Hauser, un austriaco que les daba clases de idiomas y que, además de enseñarle Inglés, Francés y lo poquísimo que sabe de Latín, que para el jovencito Caballero era un fastidio, le asignó el papel de galán en una obra de teatro que organizaron en el curso.

A pesar del tiempo transcurrido, Manuel Caballero mantiene en su memoria las palabras del profesor Hauser, quien más que aconsejar que estudiaran fuera de las aulas, les pedía a sus alumnos que prestaran atención a las lecciones, “porque el buen pedagogo debe despertar interés donde no lo hay”. También recuerda con cariño al profesor de Literatura, Pastor Cortés; a Francisco Quero, que se preocupaba por que sus alumnos aprendieran Química, y a Guillermo Morón, un jovencito que apenas egresó del Pedagógico de Caracas comenzó a darles clases.

Fuera de las aulas Chicho era alegre, despierto, fiestero y un destacado bailarín. En las reuniones que se organizaban en la cuadra donde vivía, Josefa Elena Carrillo, una estudiante del Colegio La Inmaculada Concepción que se trasladó al liceo para estudiar quinto año, solía ser su pareja de baile. “Además de bailar le encantaba leer y bromear. En mi casa sólo me dejaban bailar con él porque nuestras familias eran cercanas y nos conocíamos desde hace tiempo”, relata la pediatra Carrillo.

Manuel Antonio tenía un estilo peculiar de bailar. El extraño pasodoble que lo hacía desplazarse a lo largo del salón sin dejar espacio para los demás fue quizás uno de los motivos por los que Milagro Camejo, quien en el liceo se enamoró de él, asegura que era un fracaso como bailarín. “Manuel no tenía oído musical para nada. Tenía talento para las ideas, pero no para el baile”.

Camejo, hoy docente jubilada, lo recuerda como un muchacho alegre, despierto, efusivo al hablar y con un sentido del humor agudo. “Todavía no tenía una clara definición política, pero manifestaba mucho interés por ella y ya se perfilaba como un líder en el liceo”. Camejo sabía de su gusto por la lectura de los textos sobre política y conocía muy bien su disparatado pasodoble, pero, para el momento, no sabía que Manuel Antonio era tan tímido que, en más de una ocasión, ofreció a Rafael Cadenas un medio a cambio de que escribiera poemas para ella y se los dejara sobre su pupitre.

**D**e los demás estudiantes que participaban en las actividades políticas el más destacado era Rafael Cadenas, que pertenecía a la Juventud Comunista. Él dejó importantes huellas ideológicas en Manuel Antonio a través de los textos sobre comunismo que con frecuencia le prestaba.

—Rafael era un joven con una gran cultura y muy buen lector. Él me influyó mucho intelectualmente. Nosotros siempre nos intercambiábamos libros.

Cadenas era el clásico ejemplo de la influencia del Partido Comunista sobre los jóvenes de la época. Él había estado en contacto con la organización desde 1941. Si la AJV estaba penetrada por AD, la Juventud Comunista recibía influencia del Partido Comunista Venezuela, cuyo principal líder era Juan Bautista Fuenmayor. En una campaña financiera para la organización comunista de Barquisimeto, fueron enviados algunos de sus integrantes a vender grabados y artesanías en regiones cercanas, como Trujillo y Mérida. Era la época de vacaciones y Cadenas fue uno de los que viajó. De regreso visitó a Chicho, que había estado entretenido con una lectura.

—Oye, Manuel, ¿qué has estado leyendo?

—Los *Cuentos crueles* de Villiers de L'Isle Adam.

—Cónchale, vale, tienes que prestármelo porque hay un carajito en la Juventud Comunista de Valera que se la pasa con ese libro para arriba y para abajo y tiene engalletados a todos esos muchachos allá. Es un carricito muy hablador llamado Adriano González León.

Luego del pronunciamiento que destituyó al presidente Isaías Medina Angarita, el 18 de octubre de 1945, se produjo un distanciamiento ideológico entre Manuel Caballero y Rafael Cadenas. Sus conversaciones sobre política se hicieron menos frecuentes, ya que, a diferencia de Caballero, Cadenas no estaba vinculado con quienes habían tomado el poder. Sin embargo, la entrañable amistad que los había unido en el tercer grado de la Escuela Bolívar seguía fortaleciéndose. Pronto llegaría el momento en el que compartirían la misma ideología.

**S**on las cuatro de la mañana. Como todos los días, don Manuel atiende a su reloj biológico que lo despierta a esta hora. Ha dormido muy poco. Antes de salir de la cama con la misma energía del trabajador infatigable, da gracias a Dios por haberlo hecho ateo. Al cabo de unos minutos, va a la cocina, se sienta a la mesa y, de forma habitual, toma entre rápidos sorbos un café a punto de ebullición. Decidido a escribir su artículo de opinión para *El Universal*, se levanta y traspone el umbral de la cocina. Unas cuantas hebras del espeso mostacho blanco se le han teñido de color moca.

Desde ayer sabe muy bien lo que ofrecerá este domingo a sus “desocupados lectores”, y así, sin perder tiempo, su mente convoca las ideas en las que ha pensado y las ordena con claridad a lo largo de dos cuartillas. El sonido de las teclas que suben y bajan sin cesar quiebra el profundo silencio que, hasta hace unos instantes, reinaba en todo el apartamento. Sólo le ha llevado media hora componer el texto. Ya son las seis de la mañana. El desayuno puede esperar.

Don Manuel Caballero sale del estudio y camina hacia la sala, donde pronto comenzará a escuchar la melodía que le regalan los ligeros visitantes que se acercan revoloteando al balcón. Camina hacia la hamaca y sobre ella descubre dormido a *Don Quijote de La Mancha*. Lo había estado leyendo ayer por la mañana, antes de que el teléfono empezara a sonar y él a conceder entrevistas para responder por qué no es bolivariano, e insistir con su reflexión antipatriótica.

Estaba en el cuarto grado cuando leyó por primera vez *El Quijote*, la novela de aventuras que su padre le regaló acompañada de un diccionario, suponiendo que con nueve años no le resultaría fácil comprender ciertos términos. Desde entonces, éste se convirtió en un texto tan importante para don Manuel que de vez en cuando retoma su lectura. Como ayer, hoy continúa dispuesto a desandar junto al gracioso hidalgo los caminos de La Mancha: toma el libro entre sus manos y se hunde en la hamaca.

Los primeros rayos del sol de agosto irrumpen en la sala a través del ventanal. Le fustigan el rostro y, uno a uno, van penetrando su piel. Siente un calor abrasador, similar al que lo abrumea cuando viaja a Barquisimeto, la tierra caliente donde transcurrieron sus primeros años, la pequeña ciudad de cuarenta mil habitantes diseminados en veinte cuadras que recorrió jugando policía y ladrón, y de la que tuvo que irse a los diecisiete años porque la política lo alborotó demasiado.

Han pasado dos horas y don Manuel sigue en compañía de *El Quijote*. El camino se ha hecho largo y el calor se torna más incómodo a cada minuto, pero ambos desean continuar recorriendo los senderos de La Mancha. Con la firme intención de evadir los inclementes rayos del sol que insisten en apuntarlo, Manuel Caballero logra, no sin esfuerzos, salir de la hamaca para refugiarse en el cómodo sofá vinotinto del recibo.

## II. LOS PRIMEROS AGUIJONAZOS

Quienquiera que ponga su mano sobre mí para gobernarne es un usurpador y un tirano y le declaro mi enemigo.

*Pierre Joseph Proudhon*

(Filósofo francés)

**D**e niño, Manuel Antonio era igual a Felipito, el amigo de Mafalda: mal estudiante, no le gustaba ir a la escuela y se enamoraba cuanto muchachita se le ponía en frente. Tenía, además, digna fama de loco por sus habituales monólogos, que se hacían evidentes cuando lo sorprendían caminando por toda la casa y hablando solo, suplantando al llanero solitario en sus labores; o cuando lo confundían con Superman, pues se le ocurría atar a su cuello una improvisada capa y luego correr con los brazos extendidos para simular que volaba.

Era un niño inteligente, según recuerda su hermano mayor, Francisco Caballero, hoy ingeniero civil jubilado: “Manuel escuchaba en Radio Barquisimeto un programa de poesías. Cuando tenía siete años le gustaba sentarse a oír el programa y ponía atención a los poemas. Estaba aprendiendo a leer y escribir y se aprendía de memoria los poemas. A cada rato andaba recitándolos por toda la casa”.

También un niño terco. En los años cuarenta circulaban cada dos meses unas revistas mexicanas de tiras cómicas que contaban historias de personajes como *El fantasma* y *El charro negro*. Francisco las compraba y se encerraba en un cuarto, del que salía sólo después de haberlas leído todas. “Manuel se quedaba fuera del cuarto, montándome cacería, esperando que yo saliera para que se las prestara. Pasaba un buen rato husmeándome y sólo se despegaba de la puerta cuando yo terminaba de leerlas. No se quedaba tranquilo hasta que se las prestaba”.

—Mi infancia transcurrió entre mujeres. Con Francisco conviví poco, porque él se fue a vivir con una tía llamada Nerea. Él tenía un carácter terrible; y Pablo, el menor, era casi un bebé. De manera que la relación más cercana fue con mis

hermanas, pero yo quería matarlas a todas por odiosas, porque yo no podía jugar con ellas. ¡No iba a ponerme a agarrar muñecas! Entonces jugaba casi siempre solo.

Las distracciones de Manuel Antonio eran pocas. Una de ellas consistía en perseguir a sus hermanas menores para coscorronearlas. En otros momentos le resultaba más divertido jugar metras con los vecinos de la cuadra, aunque ello supusiese un inocente desafío. Había un policía al que le tenían miedo porque les decomisaba las metras cuando los veía jugando en la calle. “¡Allá viene el 99!”, gritaban al verlo, y huían despavoridos. Estas fueron sus primeras carreras para evadir a la policía. Las demás vendrían con la adolescencia. Y con la oposición.

También le entretenía formar parte de las caimaneras de béisbol —a pesar de que carecía de habilidades para los deportes— y organizar cuadrillas de toros con carretillas cuando lo entusiasmaba la idea de ser torero, una posibilidad que sería incapaz de considerar fuera de los juegos. Al niño Manuel le aterrizaban los toros, de la misma manera que en la edad adulta le han causado pánico los perros, los aviones, los terremotos y las mujeres. En el caso de los toros, la opción era desaparecer ante la presencia de alguno. En los demás, hoy reconoce que, “muerto de miedo”, les ha dado la pelea a sus temores.

Chicho dedicaba parte de su tiempo a la radio, puesto que su pasión de entonces era el béisbol y a través de ella pudo seguir cada instante de la Serie Mundial de 1941. Por primera vez no se propuso nadar contra la corriente y, como todo el mundo, admiró a los campeones venezolanos. No llevaba la contraria en la calle, pero sí en la casa: su padre se desinteresaba por el deporte, mientras que su madre y sus hermanas no entendían ni siquiera qué era un *dompaya*. Él tampoco. Con los años supo que en realidad se escribía *umpire*<sup>4</sup>.

La calle. Era esa la televisión de Chicho. Su espacio predilecto. El lugar donde pasaba el resto del día que le quedaba después de asistir, no sin manifestar la más

---

<sup>4</sup> Manuel Caballero, *El orgullo de leer*. Caracas, Alfadil, 2003, p. 228.

febril de las resistencias, al salón de clases. En repetidas ocasiones su madre le reclamaba por ser claridad en la calle y oscuridad en la casa. Para él, permanecer por horas en las calles era lo máximo. La escuela era todo lo contrario.

—A mí no me gustaba ir a clases por dos razones. Principalmente porque me tenían a monte, y aparte de eso me fastidiaba ir.

El primer grado para él “fue espantoso”. Lo estudió en una escuela que cambió de sede seis veces. Al año siguiente sus padres lo inscribieron en el Colegio La Salle, donde estudiaba su hermano Francisco, pero estuvo allí sólo durante el segundo año, mientras hacía la primera comunión, dado que sus padres no podían pagar los estudios de ambos. Por este tiempo, el encargado de llevar a Manuel Antonio a clases era Francisco. Así lo había dispuesto su padre, quien además le había encomendado cuidarlo en el colegio. “Eso significaba que yo era el aya de Manuel y tenía que calármelo por todo el trayecto a la escuela. Pero cuando íbamos llegando le decía: ‘Manuel, cruza y vete por aquella acera’. A veces él no me hacía caso y tenía que insistirle: ‘¡Chico, que te vayas para allá!’ , porque cuando los muchachos más grandes me veían con él se burlaban de mí”.

Debido a las incomodidades que le causaba la compañía de su hermano menor, Francisco decidió que dejaría de llevarlo al colegio y un día se fue sin él. Cuando el señor Caballero se enteró lo reprendió y le exigió seguir acompañando al pequeño Manuel. No le quedó más alternativa que obedecer a regañadientes. Para entonces, Chicho exhibía en su cabeza, grande y pelona a fin de evitar piojos, las huellas de los coscorriones que le propinaban sus compañeros de clase. “Entonces mi papá me reclamaba porque Manuel llegaba todo coscorroneado, y yo le decía: ‘¿Y qué voy a hacer yo, pues?’. Hasta que pasó un año y eso de acompañarlo a la escuela se acabó”.

—Después fui a parar a una escuela muy mala, que yo detestaba, en la que estudié desde el tercer grado hasta que salí al bachillerato.

Era la Escuela Bolívar. Y en ella nació su aborrecimiento por todo lo bolivariano<sup>5</sup>. Allí, aquella figura pálida, delgadita y cabezona, que escribía y pronunciaba los discursos de las efemérides patrias después de que Rafael Cadenas recitaba una poesía, continuó siendo el blanco favorito de las crueldades de los demás niños, mayores y de robustas dimensiones, generalmente hijos de campesinos u obreros que habían dejado pasar cierto tiempo antes de insertarlos en la educación regular. La protuberante cabeza de Manuel era vista, también entre sus despiadados condiscípulos de la Escuela Bolívar, el destino ideal para asestar coscorriones.

Excepto la fraterna amistad que desde 1942 lo ha mantenido unido a Cadenas, Caballero no conserva buenos recuerdos de la etapa escolar, en la que, por lo demás, tuvo la oportunidad de conocer el desprecio entre los estratos sociales. Dadas sus condiciones socioeconómicas, los estudiantes de la Escuela Bolívar tenían casi por norma usar alpargatas para ir a clases. Pero con un padre cuidadoso de que sus hijos no se confundieran con los más pobres, pronto Chicho se convirtió en el trasgresor de la regla.

—Yo salía de mi casa con zapatos, pero a veces antes de llegar a la escuela me los quitaba, los dejaba en una pulpería cerca de mi casa y me ponía unas alpargatas, porque cuando los muchachos me veían con zapatos decían que yo era rico, y entonces me despreciaban, de la misma manera que en el Colegio La Salle los ricos me habían despreciado por pobre.

Los Caballero Agüero eran familia humilde. El señor Francisco, hijo de inmigrantes canarios, se desempeñaba como oficinista en el diario *El Herald*, donde además de trabajar en el área administrativa pudo ejercer el oficio de periodista, e incluso con el tiempo estuvo a la cabeza del equipo de Redacción. Con 300 bolívares al mes mantenía a su esposa y a sus siete hijos.

---

<sup>5</sup> Manuel Caballero, *Memoria de una amistad* (texto publicado en la revista *Principia*). Barquisimeto, Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto, enero de 2005, p. 84.

Luego del fallecimiento del señor Caballero en 1944, la señora María Antonieta pasó a ser el sostén del hogar, para lo cual estableció una venta de gorras en su propia casa, señalada con el número 449, ubicada en la avenida 20, entre las carreras 37 y 38, al lado del terminal de pasajeros de Barquisimeto. Al mismo tiempo, Francisco estudiaba Ingeniería Civil en la Universidad Central de Venezuela y su hermana Rosa Margarita, aún adolescente, trabajaba para colaborar con su madre. Los demás hermanos se dedicaban a sus estudios en la escuela y el liceo. Hasta los momentos todo marchaba sin mayores dificultades. Sólo después de cuatro años la señora María Antonieta comenzó a sufrir los dolores de cabeza que le causaba un hijo testarudo y con inquietudes políticas.

**E**l golpe militar que puso fin a la presidencia constitucional de Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948 era inminente. El diario *El Nacional* del día 20 publicó una nota según la cual se habían intensificado “los rumores de golpe frío” que circulaban desde mediados del mes. Ya la mañana del día anterior uno de los rumores insistía en que algunos oficiales del Ejército habían enviado a Gallegos un memorando en el que le formulaban determinadas exigencias políticas. Sus días en la presidencia estaban contados.

—El 24 de noviembre del 48, cuando se inició el gobierno militar, inmediatamente me eché a la calle a protestar. Para evitarlo mi mamá me escondía los pantalones, hasta que hablé con ella y le dije “mire, mamá, olvídese de eso. Yo no voy a dejar de manifestar porque yo estoy en contra del gobierno”. Ella lloraba, pero ya al final me dejó tranquilo y no volvió a esconderme los pantalones.

El Partido Acción Democrática, que había asumido las riendas de Venezuela después del derrocamiento de Isaías Medina Angarita, el 18 de octubre de 1945, colocó a Rómulo Gallegos en la silla presidencial el 15 de febrero de 1948, luego de que resultara electo en los comicios de diciembre del año anterior.

Una vez establecida en el poder, la nueva fracción instaló a sus partidarios en los principales cargos públicos, con lo cual en poco tiempo se fortaleció como organización y creó un monopolio político. Entre los argumentos de las Fuerzas Armadas en contra de la gestión de Gallegos destacaba que AD había continuado con los vicios característicos de las administraciones anteriores, “aprovechándose seguidamente del poder para su propio beneficio, implantando el sectarismo político, manteniendo una agitación permanente y trayendo el desbarajuste total de la República”<sup>6</sup>.

Los miembros del partido eran tildados de extremistas: sabotaban asambleas de grupos opositores y reuniones sindicales. El editorial del periódico *El Gráfico* del 27 de octubre de 1948 expresaba: “El sectarismo que ha caracterizado al actual régimen ha sido el mismo que le ha cavado su fosa”. Con el pasar de los años, Ricardo Ernst, amigo de juventud y compañero de Caballero en la militancia comunista, resumiría: “Los adecos acababan los mítines de los comunistas y copeyanos a cabillazos”.

En aras de resolver la situación política del país, los principales jefes militares, Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, se presentaron el 19 de noviembre ante el despacho del presidente Gallegos y le solicitaron la expulsión del país de Rómulo Betancourt —fundador de AD—, la formación de un gabinete de “concentración nacional” y su desvinculación con Acción Democrática.

El presidente rechazó las peticiones, y la mañana del 24 de noviembre la conspiración militar que había comenzado los primeros meses de 1948 se convirtió en un golpe de Estado. Rómulo Gallegos fue detenido y su labor presidencial quedó sin efecto: una junta militar de gobierno dirigiría los destinos del país bajo la gestión de los máximos jefes del Ejército: Marcos Pérez Jiménez, Luis Felipe Llovera Páez y Carlos Delgado Chalbaud, quien presidiría la junta hasta su muerte, en 1950.

---

<sup>6</sup> *Analitica.com* (<http://www.analitica.com/Bitblbio/FAN/golpe1948.asp>)

Apenas tuvo conocimiento de la noticia, Chicho, que estaba pendiente de la situación, puesto que “se veía venir”, salió de su casa con los ánimos exaltados y se dirigió a la sede de Acción Democrática para saber qué pasaba allí.

—Como la encontré cerrada me desesperé y comencé a buscar gente por todas partes para protestar contra la dictadura, porque los dirigentes de AD, que decían que darían hasta la última gota de sangre por la revolución, se desaparecieron.

Cuarenta y cuatro años más tarde, él mismo se referiría a esta fecha como la culminación del movimiento que irrumpió el 18 de octubre de 1945. Los dos momentos son “puntas del mismo proceso”: el 18 de octubre se había producido un golpe militar no unánime con respaldo civil; el 24 de noviembre de 1948 había ocurrido igual, salvo la ausencia del apoyo civil, y, al menos entonces, con el beneplácito del Ejército<sup>7</sup>.

Las acciones que encabezaron los estudiantes del liceo Lisandro Alvarado aquel 24 de noviembre fueron espontáneas. El objetivo de Chicho y sus compañeros de entonces era “echarle pichón” a cualquier intento por derrocar a la nueva administración, para lo cual organizaban manifestaciones y se enfrentaban a pedradas con los policías, pero al ver que éstos venían tras ellos la única opción que tenían era correr cuanto pudieran y hallar un escondite seguro. Convencidos de que habían despistado a la policía, discutían acerca de otros planes para sacar del poder a los militares. Así pasaban los días. Y con ellos las conspiraciones se hacían cada vez más frecuentes.

Manuel Antonio pasaba el día entero en la calle. Cuando no se le veía en las reuniones subrepticias, estableciendo la agenda de actividades para “tumbar al gobierno”, estaba sentado sobre alguna acera leyendo un libro. “Manuel parecía un extranjero. Se la pasaba sentado por ahí con una pepsicola en una mano y un libro en la otra. Siempre estaba metido en un libro”, cuenta la mayor de los Caballero Agüero, Rosa Margarita, hoy dedicada a su hogar.

---

<sup>7</sup> Manuel Caballero, *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, Caracas, Alfadil, 1998, p. 120.

Era ella quien le surtía la biblioteca. Con su primer sueldo le regaló una colección de obras clásicas que hoy don Manuel conserva entre sus libros más apreciados. “Yo siempre me quejaba de que no me alcanzaba la plata. Lo que ganaba era para comprarle los libros a Manuel y ayudar a mi mamá. De resto, no me quedaba ni para comprarme ropa”.

Para la época, Rosa Margarita tenía 19 años y trabajaba como asistente de la Tesorería de la Casa de Gobierno de Barquisimeto. En su oficina, de vez en cuando recibía la llamada de un militar que le decía: “Señorita Caballero, aquí hemos botado a todo el mundo menos a usted, pero ¿qué hacemos con su hermano? Hoy hubo un zaperoco y el primero que se montó en una tarima en plena calle para hablar mal del gobierno fue él”.

El 26 de marzo de 1949 Chicho y otros liceístas apoyaron a la Federación Campesina del estado Lara en su afán de desestabilizar al gobierno militar. El plan de acciones que habían ideado contemplaba en primer lugar invadir el correo. Lo demás sería sencillo: atacarían la retaguardia de la policía, tomarían las armas y abrirían fuego.

—Puro cráneo que nos hacíamos nosotros. El primero que se encaramó en el edificio del correo fue un obrero al que inmediatamente le dieron un tiro. ¡Salimos volados y yo todavía estoy corriendo! Éramos contados los que nos atrevíamos a hacer algo semejante.

El grupo de los valerosos conjurados estaba formado, además de Chicho, por Rafael Cadenas, su hermano Omar y José Felipe Oropeza. “En el liceo cada cierto tiempo se organizaban protestas, que dependían de las medidas que tomara el gobierno con respecto a la situación del país. Algunos profesores se oponían a nuestras acciones y nos amenazaban con llamar a la policía. Otros, simplemente, se quedaban como si nada”, explica el economista Omar Cadenas.

Cuando los favorecían las arengas callejeras, conseguían reunir quince o veinte personas. En el liceo el poder de convocatoria era más satisfactorio. Los discursos persuadían a un grupo de estudiantes y lograban que los siguieran con fervor hasta las puertas de la institución, pero al franquearlas la camarilla se dispersaba de inmediato. “Como orador, Chicho era malo, pero como escritor más que bravo era arrecho. Aunque flojeaba, era buen estudiante. De resto, era todo un revolucionario”, apunta el geriatra José Felipe Oropeza.

En septiembre de 1949, los catorce estudiantes del cuarto año de Humanidades del Liceo Lisandro Alvarado recibieron en el aula a Guillermo Morón, el joven profesor de *Historia documental y crítica de Venezuela*. Recién egresado del Pedagógico, Morón dictaba su cátedra conforme a la estructura de los programas educativos de entonces, heredados del siglo XVI, en los que el estudio de las humanidades y de la historia de Venezuela era sistemático y formaba parte esencial del aprendizaje del bachillerato.

El historiador recuerda que para la época una parte considerable de la población venezolana era analfabeta y sólo estudiaba una minoría. Entre sus contados alumnos se hallaba Manuel Caballero, “delgadito, inquieto y más díscolo que sus compañeros, pero obediente en el salón, porque se conservaba la disciplina del siglo XIX, que era una estricta tradición académica vigente en aquel momento”. De acuerdo con algunos preceptos de este método disciplinario, los estudiantes debían asistir a clases calzados y vestidos con saco y corbata. De otra manera, no podían entrar al liceo.

Tampoco les permitían hablar entre sí en clases, aunque se generaran debates acerca de los temas estudiados. Como docente, Morón tenía por costumbre proponer discusiones en las aulas, “puesto que aprendí que la pedagogía se enseña conversando y haciendo leer libros, por eso mis alumnos leían mucho y tenían el hábito de participar en las clases. Si bien en los tiempos de Manuel la disciplina era apretada, yo fui bastante flexible con ellos”.

A su juicio, Chicho no fue un estudiante sobresaliente en *Historia documental y crítica de Venezuela*; tampoco en *Sociología*, cátedra que estaba cargo del mismo Morón en el quinto año. Sin embargo, aclara el historiador, “Manuel era un muchacho inteligente, un gran lector lleno de inquietudes y muy alborotado, como sigue siéndolo”.

**E**n una atmósfera de tensión política en la que se respiraban sólo restricciones, el barinés Eleazar Díaz Rangel llegó a Barquisimeto con la intención de cursar el quinto año de bachillerato en el Lisandro Alvarado. “No había libertades; ni de prensa, ni de manifestación, ni de partido, ni de sindicato, ni de centros estudiantiles en liceos y universidades. El país entero vivía una dictadura”. La junta militar había disuelto el Congreso nacional, el Consejo Supremo Electoral, la Confederación de Trabajadores de Venezuela, el partido Acción Democrática y, poco después, el Partido Comunista.

En los pasillos del liceo encontró a Manuel Caballero, con quien compartía menos coincidencias ideológicas que políticas. Díaz Rangel se identificaba con la izquierda, pero, a diferencia de Caballero, no tenía militancia en un partido político. Su punto de coincidencia era la lucha contra el gobierno militar. Ya llegaría el día en que comulgaran con los mismos ideales, tocaran campanas en la capital y entraran a los calabozos. Por ahora finalizaba la década de los cuarenta.

La de Díaz Rangel no fue la única amistad que hizo por aquellos días. Jesús Enrique Guédez conoció a Caballero “en medio de una realidad conflictiva en la historia venezolana” que impulsó a la juventud a buscar ideas y definiciones personales, a discernir las afinidades y divergencias políticas individuales en relación con las colectivas, además de nutrirse del entorno a través de la formación académica, las reuniones entre amigos, las disquisiciones filosóficas y el gusto por la lectura.

Guédez pertenecía al grupo de estudiantes que emigró a Barquisimeto para culminar su educación media. Venía del Liceo Libertador de San Cristóbal, donde el clima cada vez se tornaba más denso: “Llegamos a sentir gran opresión a nuestro alrededor. Escuchábamos noticias de presos políticos y gente que desaparecía. Se estaba iniciando la dictadura de Pérez Jiménez”.

Rafael Cadenas y Manuel Caballero fueron las primeras personas con las que se relacionó al llegar al Liceo Lisandro Alvarado. “Yo compartía mucho con ellos, que eran grandes amigos. Al lado de Manuel siempre estaba Rafael. Con frecuencia iba a sus casas a estudiar y a veces me quedaba a dormir”. Al igual que Cadenas, Guédez estaba vinculado con la Juventud Comunista.

Sobrevino la huelga petrolera de 1950, en la que un grupo de trabajadores petroleros se unieron en defensa de sus reivindicaciones gremiales. La población estudiantil en general se sumó a la iniciativa sindical y, en respaldo al movimiento, varios estudiantes del Lisandro Alvarado convinieron en organizar una manifestación. Para ello constituyeron un comité estudiantil coordinador y eligieron un participante que se encargaría de levantar las arengas en representación de la comunidad estudiantil. Se llevaron a cabo los preparativos y todo marchaba como había sido planificado, hasta que en las puertas de la institución un docente los amenazó con llamar a la policía si se unían a la huelga. Hubo caras largas al principio, pero la moción juvenil no fue abortada.

Elegantemente vestido de liqui-liqui blanco, un apuesto joven de fina contextura, sobresalientes orejas y abundante cabello oscuro que le poblaba la mayúscula cabeza, avanzó hacia la entrada del instituto. Haciendo gala de su característico arrojo, se erigió delante del portón y a viva voz instó a los estudiantes a sumarse a la protesta. Manuel Antonio ya no sólo era, según Guédez, el galán “asediado por todas las muchachas”. A partir de entonces ejercería funciones de arengador.

El poeta Guédez cuenta que en pleno discurso apareció la policía. “Comenzaron a reprimirnos y a echarnos plan. Nos subieron a sus camionetas y nos trasladaron a

la casa de la Seguridad Nacional”. Esta era una casona antigua en cuyo amplio corredor se distribuían las habitaciones. Los rebeldes estudiantes no llegaron solos. En la ciudad existía un grupo adeco de resistencia conformado por mujeres que se unían a todas las concentraciones. También ellas fueron enviadas a la SN.

Al entrar, varias tomaron asiento en las poltronas dispuestas en el patio interno. En uno de esos sillones fue a sentarse Guédez, alejado de Cadenas y Caballero. Llegaron los efectivos con la orden de arresto. Todos los liceístas manifestantes fueron detenidos, excepto el joven que acompañaba al grupo femenino. “En esa primera prisión de Manuel y Rafael yo no estuve. La policía pensó que yo estaba acompañando a alguna de las señoras que estaban allí sentadas y me dejaron con ellas”, refiere Guédez.

En su opinión, en el liceo no existían agrupaciones políticas como tal. “Los estudiantes nos interesábamos mucho por la política y organizábamos acciones en contra del gobierno, pero no existía un liderazgo estudiantil propiamente dicho”. Eran jóvenes que empezaban a desarrollar una conciencia política a través de las lecturas sobre los textos políticos que revisaban y las discusiones que estos les suscitaban. Vivían preocupados por la situación del país y por el futuro que les esperaba.

Los libros fueron materiales importantes para la construcción de la amistad entre Caballero, Cadenas y Guédez. “Manuel y Rafael eran lectores voraces. Yo tenía libros, pero no tantos como ellos. Cuando iba a sus casas veía bibliotecas inmensas: la de Rafael cargada de textos de poesía y ensayos; la de Manuel, muy variada y con bastantes libros de historia. Intercambiar los libros que apreciábamos era la mejor manera de relacionarnos y hacernos amigos”.

**T**ranscurrían los meses y la junta militar daba paso a un régimen dictatorial, al mismo tiempo que Chicho y sus compañeros de oposición no limitaban el combate —que ya no eran simples alborotos de liceístas— al terreno de las manifestaciones. La intención de distribuir panfletos contra la dictadura no les dejó más alternativa que robar un multígrafo.

Con la herramienta de reproducción a la orden de los acontecimientos, Chicho, quien se había constituido en el jefe de los adecos en el liceo, fundó *Boina*, un periodiquito clandestino que circuló desde 1948 hasta el año siguiente. En 1949 tuvo que abandonar definitivamente el Liceo Lisandro Alvarado y las calles larenses que había recorrido con rebeldía: poco a poco se había transformado en un dirigente estudiantil promotor de huelgas, que repartía propaganda política, ganaba miembros para las conspiraciones, movía manifestaciones, confrontaba a la policía y se entrenaba “para echar plomo”.

—Los muchachos que me caciqueaban en la escuela ahora me reconocían como líder y me respetaban mucho. Pensaban que yo era un tipo muy valiente que me le oponía a la policía. Además yo gozaba del prestigio de intelectual que había ganado como lector, escritor y arengador.

Manuel Antonio era, según sus propias palabras, “un adeco de izquierda”. Aunque teóricamente se enrumbó hacia otros senderos, pues las lecturas marxistas captaban su interés y gradualmente estrechó vínculos con el Partido Comunista Venezolano —al que solicitaría ingreso desde otro continente en 1953—, en la práctica continuaba al lado de AD, que había sido ilegalizada primero que el PCV y le “gustaba más porque significaba clandestinidad y pelea”.

—La diferencia entre el PCV y AD era histórica. Los más jóvenes percibíamos a los comunistas como rivales políticos provenientes del mismo tronco nuestro, que era AD. No éramos enemigos sino contendientes: peleábamos en el mismo terreno y tratábamos de captar a la misma gente.

El primer texto de política que leyó y que tuvo gran importancia para él fue el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. Luego de asimilarlo y aprenderlo de memoria, comprendió la *Historia general del socialismo y de las luchas sociales* de Max Beer, aparte de otros libros que solía intercambiar con Cadenas. El distanciamiento ideológico que se había producido entre Cadenas y Caballero luego de la Revolución de Octubre quedó en el olvido, y la amistad que nació en el tercer grado de la Escuela Bolívar se afianzó durante la oposición a la junta militar. No sólo se veían con mayor frecuencia en las aulas sino también en las reuniones subrepticias, en las protestas y en los cuarteles policiales, donde sus edades aún los exoneraban de pasar más de tres días.

Con el prontuario de breves detenciones que pesaba sobre sus diecinueve años, la beligerante figura de Chicho era de las más solicitadas por la policía larense. Su hermano Pablo, que para entonces tenía doce años, lo trae al presente como “un muchacho que siempre andaba perseguido y escondido por asuntos políticos”. Su hermana Aglae, abogada, guarda un recuerdo similar: “Los agentes de la Seguridad Nacional iban a la casa a buscar a Manuel y por eso él tenía que vivir escondido”.

Sin embargo, a Chicho ya no sólo lo apresaban por motorizar concentraciones y calentar las calles. Con el correr de los días se había convertido en un virulento provocador de las autoridades: “Nos llamaban *los sarampionosos*, porque como forma de mostrar nuestro descontento hacia el gobierno rayábamos las paredes del cuartel de la policía”, refiere el doctor José Felipe Oropeza.

Se sumaba, entonces, otro motivo de persecución policial y arresto. De las veces que los agentes policiales estuvieron tras la pista del espigado Chicho, Oropeza rememora una ocasión en la que ya tenían tiempo buscándolo y sus compañeros de rebeldía decidieron procurarle un escondite. Así que lo ocultaron en la parte posterior de un carro y lo condujeron hacia un lugar donde no se atreverían a buscarlo. “Cuando pasábamos las alcabalas nos poníamos a cantar para disimular la situación”. Tras escasas horas de viaje, lo presentaron ante un sastre comunista

que lo mantuvo escondido en su casa. Allí vivió algunas semanas de encierro en un cuartucho donde su única compañía fue una edición de *Los hermanos Karamazov*. Por aquellos días la novela del escritor ruso Fëdor Dostoievski lo atrapó, pero, dada la complejidad de su trama, hoy reconoce que en otras circunstancias no la habría leído siendo un adolescente.

**A** Manuel Antonio le faltaba un mes para obtener el título de Bachiller en Humanidades cuando el director del liceo le sugirió su retiro de la institución y el gobernador del Estado lo desterró del suelo larense. Ya había sido expulsado seis veces de las aulas.

—Como en las manifestaciones siempre me arrestaban, el director del liceo me dijo: “Oye, ya te hemos botado demasiado y todo el tiempo te detienen. Si no te boto, el próximo preso voy a ser yo. No te voy a dar boleta de expulsión. Vete a ver dónde terminas el bachillerato”.

Rafael Cadenas estaba en la misma situación. “Manuel se fue previendo que lo encerrarán en la cárcel por largo tiempo. Hasta ahora la policía lo había retenido sólo unos días por participar en acciones políticas, dirigir protestas y pronunciar discursos”. Nada más que arrestos. No fue Barquisimeto la ciudad donde estuvo preso la mayor parte del tiempo; tampoco Valencia, donde el director del Liceo Pedro Gual les permitió el ingreso a ambos. La fama de revoltoso de Chicho tardaría poco en tocar las puertas de la Seguridad Nacional de la capital.

Al igual que el Lisandro Alvarado, el Pedro Gual fue un instituto construido durante la gestión de Isaías Medina Angarita. “Era un edificio muy bien hecho y con un nivel educativo bastante alto. Más que liceo era preuniversitario”, comenta

el poeta Rafael Cadenas. Allí terminarían el bachillerato con unos notones<sup>8</sup>, y sin perder tiempo viajarían a Caracas para cursar estudios en la universidad. Y, por supuesto, continuar con las faenas conspirativas.

Mientras Chicho terminaba el quinto año en Valencia, su hermano Francisco cursaba el último año de Ingeniería en la antigua Universidad Central de Venezuela, ubicada en la esquina de San Francisco, hoy Palacio de las Academias. Tan pronto terminó sus estudios universitarios, preguntó a Manuel Antonio qué deseaba estudiar y prometió apoyarlo económicamente. Sin embargo, recién llegado a Caracas, el bachiller en Humanidades aún no sabía por cuál carrera optar. Para la época, la UCV estaba constituida por las facultades de Derecho, Medicina e Ingeniería.

—Esas eran las facultades clásicas. Cuando la gente del interior venía a Caracas a estudiar en la UCV pensaba en alguna de esas tres facultades. Yo venía con la idea de que Derecho tenía prestigio social, y como veía en esa carrera una forma de huir de las matemáticas, entonces decidí inscribirme allí.

Su hermano mayor, tal como se lo había asegurado, le compró los libros y contribuyó con todo lo necesario para que comenzara su carrera universitaria. Así, en 1950 Manuel Caballero inició sus estudios en la Facultad de Derecho de la UCV, con la tutoría de los profesores Rafael Pizani en Introducción al Derecho, Edgar Sanabria en Derecho Romano, Jóvito Villalba en Derecho Constitucional y Rafael Caldera en Sociología<sup>9</sup>. Desde el interior del país, venía cargando menos de veinte años y la ilusión de ofrecer un lustro después sus palabras en el acto de graduación.

Cinco décadas más tarde expresaría en su discurso de incorporación como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia, el 28 de julio de

---

<sup>8</sup> *Memoria de una amistad*, p. 88.

<sup>9</sup> Manuel Caballero, *Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 28 de julio de 2005, p. 7.

2005, que comenzó sus estudios universitarios en un país en el que “todos los proyectos vitales e intelectuales deben tener en cuenta siempre un imponderable: que un chafarote se alce al poder por un golpe de mano, y todos nuestros sueños de desarrollo intelectual, que necesitan de la paz para hacerse realidad, se vengán abajo”.

En palabras del escritor Adriano González León, quien en 1950 compartía el aula de clases con Manuel Caballero, “para aquel momento Venezuela vivía los tiempos duros de la dictadura de Pérez Jiménez”. González León y Caballero tenían por costumbre reunirse en el Patio Vargas de la antigua UCV para intercambiar conocimientos en torno a la literatura y el arte. Entre las reflexiones sobre los últimos libros que habían leído y los movimientos artísticos que despertaban su interés, las conversaciones terminaban salpicadas con los comentarios sobre la situación del país. “Pero teníamos mucho cuidado cuando hablábamos de política porque la dictadura era feroz y tenía espías por todas partes”, enfatiza González León.

Caballero únicamente aprobó el primer año de la carrera: en una Venezuela donde fenecía el Estado de Derecho ya no le interesaba ser abogado<sup>10</sup>. Al año siguiente, en 1951, se cambió a la Facultad de Humanidades y Educación, en cuyo Departamento de Historia —aún no se había constituido propiamente en Escuela de Historia y por los momentos ofrecía una carrera técnica— pudo estudiar sólo durante tres meses. La Universidad fue clausurada y, en los próximos días, a él lo esperaban la cárcel y el exilio.

---

<sup>10</sup> *Ídem.*

Ubicada en el número 26 entre las esquinas de Pelota y Abanico, la pensión de doña Julía Zajía fue la residencia de Chicho durante los primeros años que vivió en Caracas. Allí también cohabitaban, entre otros, los hermanos Rafael y Omar Cadenas, Jesús Enrique Guédez, Eleazar Díaz Rangel y Virgilio Decán, quien en 1952 sustituiría su nombre de pila por el de Alí Khan. La tarifa mensual por persona era de doscientos bolívares, que incluía techo, ropa limpia y las tres comidas diarias. Entre las remembranzas de quienes la habitaron, aquella pestífera vivienda tiene nombre y apellido: “Pensión Caraota”.

Estaba compuesta por grandes cuartos sin ventilación divididos con cartón piedra, de modo que cada inquilino disponía de un pequeño espacio. Chicho dormía cercano a Cadenas y a Díaz Rangel, “en un cuartucho que olía malísimo”. Su hermano Francisco, que solía visitarlo, más temprano que tarde le decía: “¡Cónchale, vale! Yo me voy pa’ la calle porque esto hiede mucho”. En esas condiciones durarían menos de un año.

Caraotas con queso rallado, arepas y café con leche componían el desayuno diario. El almuerzo y la cena podían eximirlos de una dieta todavía más monótona, pero aun así las porción de caraotas era irremplazables en los platos. El nombre del pestilente hostel no requiere mayor explicación. En contraste con el rutinario menú, había heterogeneidad de huéspedes; entre ellos, prostitutas, homosexuales, sablistas, estafadores y asesinos. Sin excluir a los futuros tomistas de la Universidad.

“La Pensión Caraota” fue testigo de cómo cuatro ucevistas, agrupados bajo la denominación de Comité de Huelga Universitario, urdieron el asalto a la UCV en 1952 por iniciativa de la Federación de Centros Universitarios. El objetivo: reaccionar contra el gobierno por la intervención de la Universidad y su posterior cierre. Otra protesta más. Ninguna novedad para Manuel Antonio, que seguía ocupándose de las intrigas políticas dentro de las aulas y fuera de ellas. Y continuaba en franca rebeldía.

—Yo me oponía a toda la junta. Desde el principio las batallas se dirigían en contra de Marcos Pérez Jiménez, que era el hombre fuerte. Y así lo demostró el 2 de diciembre del 52, cuando se hizo elegir presidente luego de haber perdido las elecciones. Después hizo que lo nombraran general.

En Caracas, Manuel Caballero se comprometió con la lucha clandestina, esta vez al lado de José Vicente Abreu —alias “Guanipa”—, a quien había conocido en Barquisimeto en 1949 cuando llegó al Liceo Lisandro Alvarado preguntando por él “para conspirar”. Dos años después el barquisimetano le devolvió la visita. Abreu fue la primera persona que Chicho contactó al pisar la capital y el único “clandestino” que conocía allí<sup>11</sup>. “Guanipa” capitaneaba a la juventud de Acción Democrática del Distrito Federal, pertenecía al aparato armado del partido y respaldaba a los dirigentes de AD que luchaban en Barquisimeto y en Caracas.

—Me hice gran amigo de Abreu y alguna vez fui con él a fabricar niples. También nos involucramos en una acción contra Pérez Jiménez: íbamos a matarlo el 12 de octubre de 1951 en Los Caobos, pero eso no prosperó.

Después de José Vicente Abreu, Héctor Rodríguez Bauza, quien había dejado su origen en la isla de Margarita para radicarse en la capital en 1942, estuvo entre los primeros contactos que estableció Manuel Antonio al llegar a Caracas. Para la época, el margariteño estudiaba Economía en la UCV y era el secretario general de la Juventud Comunista. En 1952 su nombre figuraría entre los integrantes del Comité de Huelga Universitario.

A pesar de formar parte de agrupaciones políticas distintas, los unía la lucha contra la junta militar de gobierno. Los jóvenes comunistas realizaban asambleas estudiantiles para discutir sobre la situación del país, convocaban mítines y concentraciones cada 12 de febrero y 1º de mayo, y, desde el día en que fue derrocado Gallegos, subrayaban en sus próximos calendarios de protestas los 24 de noviembre. En esta fecha, coincidían en las calles con la juventud adeca, que

---

<sup>11</sup> *El orgullo de leer*, p 52.

también organizaba sus propias acciones en rechazo del gobierno instaurado en 1948. “Manuel y yo nos veíamos en las manifestaciones, que eran reprimidas. Siempre conversábamos”, comenta Rodríguez Bauza, quien hoy ocupa un cargo administrativo en la Asamblea Nacional.

Caballero era uno de los miembros de la AJV que con frecuencia se acercaban a la Juventud Comunista. “Él estaba en desacuerdo con la política de AD de no participar con nosotros en una serie de actividades. Esa era una medida que había implantado Rómulo Betancourt porque quería aislar a los comunistas, pero ni Manuel, ni Abreu ni muchos otros estaban de acuerdo. Por eso entre nosotros había un vínculo más estrecho”. Posteriormente, estos jóvenes adecos solicitarían militancia en el PCV.

Rodríguez Bauza recuerda al mozo Caballero de principios de la década de los cincuenta como una personalidad impetuosa y ávida de conocimiento: “Manuel era un muchacho lleno de energía y muy preocupado por su formación. En la Juventud Comunista nos propusimos captarlo a él y a otros adecos porque eran jóvenes valiosos”.

También en la UCV Manuel Antonio conoció a Jesús Sanoja Hernández, con quien, además de forjar la amistad que prevalece en la actualidad, intercambiaba inquietudes intelectuales, reflexiones políticas y compartía el descontento por el cese de las actividades en el claustro universitario. Aún ignoraban que se aproximaba la hora de verse tras los barrotes.

El escritor Sanoja Hernández relata que detrás del cierre temporal de la Universidad en octubre de 1951 venían los días críticos de la dictadura. La creación del Consejo de Reforma de la Universidad Central de Venezuela como figura sustitutiva de las autoridades rectorales —Julio de Armas e Ismael Puerta Flores, rector y vicerrector respectivamente— y la destitución de algunos profesores, sumado a la expulsión de más de cien estudiantes “fueron duros golpes de mano en contra de la Universidad, que venía haciendo oposición”.

La crisis detonó en 1952, cuando los ejecutores de las medidas tomadas promovieron un movimiento a favor del inicio de actividades en la UCV para febrero del 53, cuya apertura estaría sujeta a condiciones desfavorables para la comunidad universitaria. “Los profesores fundaron la Organización de Docentes Universitarios y los estudiantes erigimos un frente universitario, compuesto fundamentalmente por adecos y comunistas, aunque también se integraron Copei y URD”.

Fue precisamente el anuncio de que la universidad reabrirla sus puertas bajo circunstancias inaceptables la razón por la cual, la mañana del 7 de febrero del año 52, el Comité de Huelga Universitario integrado por Luis Herrera Campíns, Héctor Rodríguez Bauza, Manuel Alfredo Rodríguez y José Vicente Rangel designó un frente estudiantil constituido por trece jóvenes que ese mismo día debía ocupar la UCV.

Rodríguez Bauza sostiene que la remoción del rector de Armas y la imposición de Eloy Dávila Celis —quien desde 1949 hasta 1951 había sido rector de la Universidad de Los Andes— como máxima autoridad en la UCV fue uno de los motivos por los cuales se decidió realizar una huelga desde octubre del 51 hasta marzo del año siguiente. “Desde octubre se desarrolló un movimiento de masas en la UCV y en los liceos en protesta por la violación de la autonomía universitaria”.

A su juicio, la huelga tuvo el mérito de haber sido “el primer ensayo unitario total que hubo en el país”, puesto que en ella se unieron cuatro las fuerzas políticas y eran representadas por ucevistas: por AD se integró Manuel Alfredo Rodríguez, como delegado por Copei participó Luis Herrera Campíns, la Juventud Comunista tuvo a Rodríguez Bauza y por la Unión Republicana Democrática (URD) se abocó José Vicente Rangel. “Nos reunimos semanalmente desde octubre hasta marzo. En ese tiempo surgió una gran amistad entre todos”, apunta Rodríguez Bauza.

En estos encuentros clandestinos —a los que se incorporaba el presidente de la Federación de Centros Universitarios del momento, Eduardo González Reyes—

se planificó la toma de la UCV. El punto de encuentro del Comité era distinto cada semana. Entre los lugares que los vieron conspirando —fuentes de soda, la “Pensión Caraota” y hasta el interior de algunos vehículos— estuvo el Café Pacífico, ubicado en la avenida Andrés Bello. Por precaución, no volvían al mismo sitio de la última reunión hasta que lo consideraran prudente.

El frente de estudiantes, designado por la dirección estudiantil de cada partido, estuvo conformado por los bachilleres Raúl Serra Piñerúa, Eduardo Plaza Rivas, Guillermo Sucre, Ismael Rodríguez, Pedro Izquier, Rafael Cadenas, Eleazar Díaz Rangel, Jesús Bastardo, José Martínez Rubio, Pedro Leprea, Antonio Zeiden, Eduardo Planchart y Manuel Caballero, quienes, según lo acordado, se trasladaron hasta la esquina de San Francisco, se presentaron en el claustro universitario, subieron a lo alto del torreón, colocaron banderas negras en señal de luto y tocaron las campanas.

Mientras esto ocurría, otra comisión estudiantil —conformada por José Francisco Sucre, Jesús Sanoja Hernández, Carlos Villarroel, Santiago Suárez y Crispiniano Rodríguez— se dirigía a la Esquina El Conde, a la sede del Ministerio de Educación, hoy edificio de la Biblioteca Pública Metropolitana Simón Rodríguez. Allí se encontraron con el ministro Simón Becerra, a quien le formularon los planteamientos que consideraban necesarios para lograr la reapertura universitaria en condiciones ventajosas tanto para el gobierno como para los estudiantes. De acuerdo con Sanoja Hernández, las palabras de Becerra —que hablaba golpeando su escritorio— fueron: “Toco aquí y juro que la junta no tiene ningún interés en cerrar la Universidad, pero vayan y conversen con el Consejo de Reforma”.

Aceptaron la recomendación y pidieron hablar con los miembros del Consejo — Julio García Álvarez, Héctor Parra Márquez y Emilio Spósito Jiménez; rector, vicerrector y secretario respectivamente. Nuevamente les expusieron sus propuestas. “El más agresivo era Spósito, pero nos dijeron que no había problema, que lleváramos las propuestas a las asambleas que estaban realizándose desde hacía algunos días”. No obstante, las ideas se quedarían en el papel. Al salir del

edificio, un grupo de agentes de la Policía Municipal los estaban esperando. Los cercaron y los hicieron presos.

Los tomistas corrieron con igual suerte. La policía violentó la puerta principal del edificio y los sorprendió en plena agitación de las campanas. El periodista Eleazar Díaz Rangel cuenta que fueron detenidos y llevados al cuartel de policía, que para la época estaba ubicado frente a El Capitolio. De allí los trasladaron a El Obispo, un penal ubicado en El Guarataro que había reemplazado a La Rotunda después de su demolición y que, según rememora Sanoja Hernández, servía de pensión para delincuentes. Con algunos de ellos tuvieron que compartir un calabozo durante varios días hasta que los trasladaran al próximo destino: la Cárcel Modelo, en Catia.

Cabe destacar que el frente estudiantil tenía, además, su comisión de apoyo. Jesús Enrique Guédez, secundado por los estudiantes que no habían sido delegados para el asalto a la Universidad y la reunión con el ministro Becerra, era el encargado de hacerles llegar a los tomistas pan y azúcar a fin de procurarles energía para el óptimo cumplimiento de sus actividades en el campanario. “Íbamos a meternos al Teatro Ávila, que se comunicaba con el patio de la Universidad, y de allí les íbamos a lanzar lo que les llevábamos, pero no pudimos hacerlo”. Las puertas del recinto académico estaban cerradas y vigiladas por policías.

**S**i bien desde que Manuel Antonio llegó a Caracas se puso a la orden de las conspiraciones y se comprometió con las acciones de resistencia contra la junta de gobierno, no por ello había dejado de experimentar las inquietudes propias de la juventud con respecto a la atracción por el sexo opuesto y al descubrimiento del amor. En 1951, antes de cumplir los veinte años, llegó a su vida una joven caraqueña integrante de la Unión Nacional de Mujeres, organismo formado por militantes de la Juventud Comunista. Raquel Reyes tenía poco más de veinte años

y, al igual que él, daba muestras de una infatigable voluntad de lucha contra el gobierno militar.

Reyes trabajaba en el frente de solidaridad con los presos políticos, entre quienes había un importante número de estudiantes de la UCV, y su principal labor consistía en organizar fiestas juveniles —cuyos concurrentes eran en su mayoría militantes del PCV— con el fin de recaudar fondos para cubrir las necesidades de los jóvenes encarcelados. Fue en una de estas reuniones donde conoció a Rafael Cadenas, con quien creó un vínculo amistoso que le sirvió como puente para llegar hasta el Caballero “encantador” que para aquel entonces la enamoraría con sus detalles. “Un día fui a la ‘Pensión Caraota’ a visitar a Rafael y cuando llegué lo encontré hablando con Manuel. Me lo presentó y me pareció un muchacho decente y educado, además de atractivo. Nos conocimos, empezamos a salir y al poco tiempo nos hicimos novios”.

Manuel Caballero se le declaró una noche mientras recorrían las calles de El Silencio. Fue una conversación muy particular:

—Raquel, hemos caminado bastante, ¿no? ¿Estás cansada?

—No, para nada.

Por unos instantes callaron y siguieron caminando. Luego de un breve silencio él se detuvo, la miró y, sintiéndose contrariado y animoso a la vez, decidió que era momento de echar por tierra la barrera de la timidez que se erigía frente a él cuando se trataba de cuestiones amorosas:

—Raquel, ¿sabes que ésta podría ser nuestra última salida? Porque hasta ahora yo no he logrado que te enamores de mí...

—¿Y cómo sabes que no estoy enamorada de ti?

Ese fue el inicio de su relación amorosa. En palabras de Reyes, Manuel Antonio era buen conversador, apasionado y, literalmente, un caballero. “Me enamoré de

él no sólo por las cartas de amor y los poemas tan bellos que me escribía, sino también porque era encantador y muy detallista. A mí me encantaba tomar café y siempre que andábamos juntos él estaba pendiente de que no me faltara café”. Con cierta periodicidad almorzaban en la “Pensión Caraota”, pasaban algunas horas conversando y por las tardes recorrían el centro de Caracas.

Sólo cuando las finanzas lo permitían iban al cine. De resto se conformaban con salir a pasear tomados de la mano. Una noche mientras caminaban por el centro pasaron frente al Teatro Continental —aún permanece entre las esquinas de La Bolsa y Padre Sierra— y decidieron entrar a ver una película. Compraron los boletos y se instalaron en la sala, donde no hicieron más que hablar durante toda la función. Terminó la proyección y ninguno de los dos recordaba el más mínimo detalle del film, pero no se atrevieron a abandonar el lugar sin consultar la cartelera cinematográfica, a diferencia de quienes acababan de llegar, para saber qué habían visto. “Al final no supimos el nombre de la película, pero salimos del cine muertos de la risa”, refiere Raquel Reyes, quien actualmente se dedica a su hogar.

Era una pareja con afinidades personales y políticas. Pese a que formalmente Caballero pertenecía a la juventud de AD, no dejaba de estar presente en las tertulias ideológicas de los jóvenes influidos por el Partido Comunista que habitaban en la “Pensión Caraota”. Allí se aproximó tanto a las ideas comunistas que terminaría derivando hacia ellas y estrechando vínculos con el PCV.

El noviazgo comenzaría a declinar a partir del momento en que Caballero fue reducido a prisión. A pesar de que Reyes visitaba frecuentemente el hostel donde vivía su novio, nunca tuvo conocimiento de las reuniones en las que se planificó la toma de la UCV. Le tocó enterarse de los acontecimientos por la prensa del día siguiente. “Después fui a la pensión preguntando por Manuel y me dijeron: ‘parece que lo pusieron preso’. No se sabía si era verdad ¡pero me iba muriendo cuando lo supe!”. Poco tardaría en saber que era cierto.

—Antes de que me botaran del país estuve en prisión seis veces. En El Obispo, que era una cosa espantosa, duré una semana. El mayor tiempo lo pasé en la Cárcel Modelo, donde estuve seis meses. Las veces anteriores habían sido arrestos de dos o tres días porque todavía la dictadura no había comenzado a apretar. En ninguna ocasión fui torturado.

A diferencia de El Obispo, donde los presos políticos eran ubicados por grupos de hasta diez personas en calabozos reducidos, en la Cárcel Modelo había celdas para dos personas y los reclusos podían recibir los libros que les llevaran. En la prisión el pasatiempo preferido del joven Caballero era la lectura. Entre novelas, poesías y demás géneros literarios, leyó más de cincuenta textos.

Con diecinueve años Manuel Antonio seguía siendo el ávido lector que en el liceo gozaba de fama de intelectual. El poeta Rafael Cadenas lo mantiene en sus reminiscencias como un adolescente “muy desarrollado desde el punto de vista político y con muchas lecturas acumuladas”. El periodista Eleazar Díaz Rangel, quien para entonces era el menor de los detenidos, coincide con Cadenas: “Lo que más recuerdo de Caballero es su actividad política, porque fue muy activo y no sólo en la universidad. Además, era un muchacho leído y muy culto”.

Durante los seis meses que permaneció recluido en la Cárcel Modelo, Manuel Caballero no dejó de ver a su compañera sentimental, quien en cada encuentro le dejaba libros, comida, frutas y dulces. En la sala de visitas la joven comunista conoció a la madre de su novio, quien viajaba desde Barquisimeto para verlo. “Yo creo que la señora María nunca me aceptó porque ella celaba mucho a Manuel, que era su adoración, pero siempre mantuvimos un buen trato”. En efecto, Manuel Antonio era el hijo predilecto de la señora María Antonieta. Eso lo sabe Pablo Caballero: “Manuel siempre fue el consentido de mamá por la vida tan dura que llevó. Desde muy joven estuvo fuera de la casa porque andaba perseguido por la policía”. Su hermano Francisco, por su parte, asegura que la preferencia de su madre por Manuel Antonio comenzó a partir del momento en que fue encarcelado: “Desde entonces fue el toñeco de mamá y nunca dejó de serlo”.

En los pabellones de la Cárcel Modelo, Manuel Caballero permaneció en compañía de Rafael Cadenas, Guillermo Sucre, Jesús Sanoja Hernández, Luis Herrera Campíns, Jaime Lusinchi, Luis Piñerúa Ordaz, Guillermo García Ponce y varios militares. Transcurrieron las semanas y uno por uno abandonó los calabozos. El último en salir fue Caballero, y no precisamente para volver a las andanzas en contra de la junta militar de gobierno. Al menos no en Venezuela.

—¡Eso sí es maluco, ver que los están soltando a todos y a uno lo van dejando!

### III. EL ITINERANTE CAMARADA

No tengo ninguna estima por el hombre que a los veinte años no ha sido nacionalista o comunista.

*Alphonse Daudet*

*(Escritor francés)*

**L**os segundos caminan lánguidos sobre el crepúsculo matutino. Parecen deleitarse con los primeros resplandores de la aurora y alimentarse de la calidez que promete el inicio del antepenúltimo día de la semana. El tránsito en la avenida Leopoldo Aguerreverre de Santa Fe Norte es una verdadera odisea. Sumergidos en la contaminación producida por las ensordecedoras bocinas, los vehículos desfilan con tal lentitud que pronto se inmovilizan formando una congregación indisoluble. Las aceras derraman peatones alterados que miran sus muñecas, murmuran algún impropio, tuercen los labios y aprietan el paso.

Sumergido en el confortable sofá vinotinto, don Manuel Caballero se mantiene ajeno al caos que aturde a la metrópoli caraqueña. Los minutos se amontonan con parsimonia mientras él consume cada página del voluminoso tomo que sostiene con ambas manos y descubre nuevos senderos junto al entrañable personaje creado por Miguel de Cervantes: a través de la relectura puede hallar imágenes insospechadas, conceptos pasados por alto y lugares perdidos entre las líneas. Si la pasión por la escritura lo abraza, la predilección por la lectura lo envuelve, lo domina, lo absorbe. Cómplice de las aventuras de El Quijote en La Mancha, don Manuel ha olvidado tomar el desayuno.

Un empaque con cinco rebanadas de pan sueco integral reposa sobre la mesa de la cocina al lado de los envases de la leche descremada, del café sin alcaloide y del edulcorante líquido artificial. Todo está dispuesto para que él, adversario por decreto y enemigo confeso de todo cuanto sea autoritario, enfrente una tiranía alimenticia que lo reprime en el comedor. Don Manuel es un hedonista apaleado

por la diabetes que gusta de la buena comida y disfruta de los platos abundantes, y ha hecho de la sacarina la panacea contra su gran debilidad por los dulces.

Como de costumbre, después del desayuno coloca todos los utensilios en su lugar. Esta mañana no ha sido la excepción. Sin embargo, en plena faena advierte que el recipiente que contiene la granola está casi vacío. Con el afán por terminar de escribir el libro, ayer pocas veces abandonó el estudio y olvidó bajar al supermercado a comprar una caja de granola para reponerla en el envase antes de que se notara su desliz. No sorprendería que la señora Cenía, que vigila su dieta, se haya percatado de la falta, como tampoco es de extrañar que, en un descuido de ella, don Manuel coma toda la granola que encuentre en la cocina.

Es insólito, pero hoy no siente la necesidad de dormir su habitual siesta matutina posterior al desayuno. Prefiere ir al estudio con el propósito de revisar los periódicos del día y concluir el último de los trescientos ensayos que le quitan el sueño. Luego se ocupará de “la carpintería” —o de la corrección— y sin perder tiempo comenzará de nuevo el proceso de lectura y reflexión que antecede a la escritura, pues en lo sucesivo estará dedicado a dar forma a varios proyectos, específicamente en el área de Historia. Por los momentos, cruza el umbral de la cocina y se dirige al estudio.

Desde que Ulises murió este es el mejor lugar para leer, aunque en los meses calurosos don Manuel privilegia la hamaca frente al ventanal de la sala. Sólo si se lo permitía, el único sitio donde podía leer y escribir tranquilamente era el estudio, pero cuando el inquieto gato decidía sacarlo de allí, don Manuel lo veía treparse sobre el monitor de la computadora y acariciar con su rabo la pantalla. Y si él insistía en permanecer sentado delante del escritorio al negro Ulises no le quedaba más remedio que proceder con los arañazos.

Del cariñoso gato Caballero no conserva más que un retrato que cuelga de la pared que sirve de marco a la entrada de su apartamento; también le queda un par de imágenes dentro del álbum de fotografías, que escasas veces tiene la

disposición de revisar. A don Manuel le resulta estéril escarbar en su pasado. No obstante, antes de escribir el último párrafo de su artículo dominical extrajo de uno de los anaqueles de la biblioteca del estudio *Mein Kampf* —para incorporar en su nota de opinión un comentario de Hitler con respecto a sus propios discursos políticos—, y el viejo álbum, infiltrado entre la hilera de libros, cayó por error en sus manos y al abrirlo fue a parar al suelo una foto en blanco y negro que estaba suelta entre los recuerdos.

No se había percatado de ella hasta ahora, que ha vuelto a su cuarto de trabajo para empezar la jornada del día leyendo *El Nacional* y *El Universal*. Con dificultad, se inclina y toma del piso la pequeña fotografía. Al observarla, en sus labios, cubiertos por el espeso bigote blanco, se descubre una tímida sonrisa. Tenía diecinueve años y una rebeldía inquebrantable.

**E**ntre los más jóvenes que participaron en el asalto a la UCV, el 7 de febrero de 1952, se encontraban Eleazar Díaz Rangel, Guillermo Sucre Figarella y Manuel Caballero. Díaz Rangel sólo estuvo preso en El Obispo —y por escasos días— pues además de estudiar Periodismo cubría la fuente de Deportes en *La Esfera* y el director del diario, el periodista Ramón David León, tenía contacto con figuras del gobierno y abogó por su libertad. A Sucre Figarella y a Caballero aún los esperaba La Modelo.

En cuanto a los mayores, algunos salieron expulsados del país y otros fueron confinados a la isla de Guasina, en el Delta del Orinoco. El resto quedaba bajo prisión indefinida en la cárcel de Catia, hasta que los *seguranales* —nombre con el que se conocía a los efectivos de la Seguridad Nacional— decidieran su suerte.

Con el transcurso de los meses, estos agentes ofrecieron a quienes permanecían en los calabozos la opción de liberarlos si abandonaban el país, para lo cual deberían

costear sus propios boletos de salida. La mayoría de los que aceptaron—entre quienes estuvo Rafael Cadenas— decidió irse a Trinidad, que era el destino más económico y cercano; los demás partieron a México —como Jesús Sanoja Hernández—, Cuba y Costa Rica. A Manuel Caballero lo recibiría un lejano continente.

Mientras los *seguranales* proponían a los jóvenes prisioneros sacarlos de las mazmorras a cambio de que dejaran el país, Francisco, el mayor de los Caballero Agüero, no perdía oportunidad para hacer diligencias en favor de la libertad de Manuel Antonio. Fue así como en una de las visitas que le hizo en la cárcel se encontró con un viejo amigo que, por ser cuñado de un coronel del Ejército llamado Rómulo Fernández, podría ayudarlo a conseguir la libertad de su hermano, de manera que aprovechó para tratar el asunto con él: “Le dije que quería sacar a mi hermano de la cárcel porque, si no, lo más seguro era que se pudriera allí. Además, mamá estaba sufriendo mucho por él”.

Las gestiones por la excarcelación del tomista resultaron favorables. Cinco décadas más tarde, Francisco Caballero aún recuerda la respuesta que obtuvo por parte de los agentes de la Seguridad Nacional: “Me dijeron que hasta habían hablado con Pedro Estrada y que lo podían sacar siempre y cuando se fuera del país”. Sin más que pensar, aceptó la condición y decidió asumir los gastos necesarios para que su hermano saliera de Venezuela. La próxima vez que estuvo en la sala de visita de la Cárcel Modelo fue para plantearle a Manuel Antonio la posibilidad de dejar la prisión bajo la condición que le habían formulado.

—Yo ya tenía seis meses preso en La Modelo cuando los de la Seguridad Nacional le recomendaron a mi familia que me mandaran lo más lejos posible, porque de lo contrario me volvería a meter en política, ellos me volverían a agarrar y me llevarían a Guasina, donde probablemente me iban a raspar.

Francisco, quien hacía poco había recibido el título de ingeniero civil, le prometió hacerse cargo de su estadía en el exterior, incluyendo todo lo que necesitara para

emprender una nueva carrera universitaria. “Te voy a pagar toda la educación en el extranjero, pero vete. Tú me dices qué quieres estudiar, cuánto es y yo te mando mensualmente lo que te haga falta”.

—Al igual que todo muchacho con inquietudes intelectuales, mi sueño era París, el faro intelectual de Europa. Como la otra perspectiva que tenía era esperar que me mandaran a Guasina o quedarme bajo arresto indefinidamente, mi hermano Francisco me envió a Francia.

**A**nclado en el puerto de La Guaira, *El Auriga* esperaba la hora de ceder sus velas al aire y surcar las aguas del Atlántico con destino a Francia la mañana del 4 de agosto de 1952. Algunos pasajeros sentados en la borda observaban los pormenores del embarque mientras aguardaban el momento en que el barco iniciara movimiento. Entre ellos se encontraba, con la ilusión de quien atravesará por primera vez el océano Atlántico, el caraqueño Ricardo Ernst, cuyos padres habían decidido enviarlo a estudiar a Francia luego de que terminó su bachillerato, pues la UCV había sido clausurada.

Ernst contemplaba en detalle todo cuanto lo rodeaba en el antiguo navío burgués de la línea Grimaldi. Lleno de expectativas, como quien espera con impaciencia un acontecimiento, una llegada, veía a los viajeros cargados de equipajes y examinaba sus rostros. Escudriñaba a su alrededor una y otra vez. Miraba hacia atrás, hacia adelante, por aquí, por allá. Una y otra vez. Entre los viajantes, buscaba, esperaba. Ya la escena se había repetido cuatro, cinco, seis veces, cuando se le ocurrió volver la mirada hacia tierra firme: de una patrulla de la Seguridad Nacional descendía un joven esposado acompañado por dos policías.

—A mí me sacaron de la cárcel y me pusieron en el barco. Dos tipos de la Seguridad Nacional se encargaron de llevarme a La Guaira. En la camioneta, ellos iban sentados adelante y yo en la parte de atrás. Fueron tres horas de viaje por la

carretera vieja, y en todo ese tiempo no les dirigí la palabra. Ellos me buscaban conversación y en ningún momento les hablé, como una forma de manifestarles mi desprecio. ¡Yo que soy tan hablachento de casualidad no estallé!

Ricardo Ernst ya tenía referencias de Manuel Caballero. Días antes de viajar le había comentado a su amiga Raquel Reyes que el 4 de agosto viajaría a Francia. “Ella me contó que su novio, que estaba preso en la Cárcel Modelo por haber tomado la Universidad, iba a viajar ese mismo día. Yo sólo sabía que él era uno de los que podía salir expulsado de Venezuela, porque a los presos políticos del régimen de Pérez Jiménez los metían en un guacal y los llevaban a Guasina”. Ernst quería conocer al prisionero y esperaba su llegada aquella mañana. Pensaba acercársele y hablarle, como efectivamente lo haría.

Tan pronto Caballero descendió de la patrulla quedó libre de las esposas. Sin embargo, los *seguranales* tomaron sus previsiones: lo condujeron hacia el buque y no se apartaron de él hasta que *El Auriga* anunció su partida. De esta manera tendrían la certeza de que el problemático jovencito no se arrepentiría de viajar en el último instante.

—Yo no me fui de Venezuela voluntariamente. Me fui extrañado del país, término utilizado en la jerga policial. Dos agentes de la policía secreta me sacaron de la cárcel, me pusieron en el barco y, como temían que me les escapara, no se alejaron de mí hasta que zarpó.

No le fue permitido volver a casa para reunirse con los suyos antes de irse a Europa. Fue por ello que, en compañía de su hermana Nerea, la señora María Antonieta viajó de Barquisimeto hacia La Guaira para despedir a su hijo. Manuel Antonio también pudo ver en el puerto a su prima Fanny Arapé, quien immortalizó en una fotografía el instante en que él se dirigía hacia el barco cargando una maleta cuando su madre lo observaba. Otra de las mujeres que permaneció a su lado durante sus últimos minutos en Venezuela fue la joven comunista con quien

desde hacía poco menos de un año compartía una relación amorosa, que con el correr de los meses la distancia rompería definitivamente.

*El Auriga* estaba a punto de levar anclas. Desde las barandillas, algunos pasajeros continuaban observando a quienes aún subían a bordo. Otros, en cambio, preferían desfilarse por los amplios pasillos del vetusto navío que en escasos minutos orientaría su proa hacia la ciudad de Cannes, y llevaría a Manuel Antonio Caballero Agüero, *sarampionoso* en Barquisimeto y rebelde tomista en Caracas, a un exilio de seis años.

Apenas vio la oportunidad, Ricardo Ernst se acercó al joven custodiado por los *seguranales* y cruzó las primeras palabras con él. Durante los dieciocho días que tardaron en llegar a territorio francés, surgió entre ambos una amistad que perduraría por más de cinco décadas. “Yo acababa de cumplir 21 años y en compañía de Manuel tuve una grata travesía por el Atlántico. Hicimos un viaje espléndido en primera clase, donde los boletos costaban 900 bolívares”.

**M**anuel Antonio desembarcó en el puerto de Cannes, situado en la Costa Azul, al sur de Francia, el 22 de agosto de 1952. Al día siguiente tomó un tren rumbo a la capital francesa, donde fue recibido por los hermanos Eduardo y Joaquín González, jóvenes comunistas pertenecientes al grupo de venezolanos residentes en París, entre quienes estaban Régulo Pérez, Rodolfo Izaguirre, Rodolfo Ascanio, Oswaldo Barreto, Porfirio Gómez, Luis Aníbal Gómez, Jacobo Borges, Perán Erminy, José Lira Sosa y Nicolás Curiel. Los seis últimos serían, en lo sucesivo, compañeros de partido del recién llegado Caballero.

—Como estaba tan influido por mis lecturas marxistas, ya en la Cárcel Modelo yo había decidido ingresar al PCV, pero por solidaridad con mis compañeros adecos, con los que había peleado durante cuatro años contra el gobierno y participaron

conmigo en la toma de la Universidad, no lo hice sino hasta dos meses después de llegar Francia, donde sabía que iba a conseguir un Partido Comunista con el que podía seguir combatiendo.

A través de la comunicación que mantenían con el PCV, los venezolanos de París tenían noticias de que Manuel Caballero cumpliría su exilio en Francia y lo esperaban el 23 de agosto. Los González —que del impetuoso tomista sólo sabían lo que decían los telegramas en “lenguaje críptico” que venían de Venezuela— lo encontraron en la estación de trenes de Lyon y de inmediato lo integraron a la agrupación, cuyo responsable era el joven Luis Aníbal Gómez, quien desde principios de la década de los cincuenta se había encargado de coordinar a los exiliados y residentes venezolanos en París, en su mayoría militantes del Partido Comunista de Venezuela.

El día posterior a la llegada de Caballero, Gómez viajaría a Rumania para asistir a un congreso de la Unión Internacional de Estudiantes (UIE) —organismo controlado por los comunistas— en la ciudad de Bucarest. “Pero al enterarme de que Manuel venía llamé a los organizadores para que lo invitaran a él, que resultaría más interesante que yo, pues llegaba directamente de Venezuela y de la cárcel”, relata el periodista Luis Aníbal Gómez.

Gómez había conocido a Caballero en las aulas de la Escuela de Derecho de la UCV en 1950, época para la cual existía un contacto frecuente entre los jóvenes militantes de AD y los del PCV, incluso con la juventud simpatizante de URD y Copei. De acuerdo con Gómez, los estudiantes de Derecho solían reunirse para discutir sus puntos de vista sobre la situación venezolana a la luz de las diversas ideologías políticas. “Todos leíamos mucho y teníamos discusiones muy doctrinarias”. Además de las lecturas acerca de teoría social o política, Caballero y él siempre comentaban las últimas obras que leían, sobre literatura en general, teatro y cine.

Una de las características que más recuerda de Manuel era su sencillez: “Formaba parte de esa calidad de joven que se preocupaba más por las condiciones miserables del pueblo y el predominio militar que por la conquista de las muchachas o el deporte. Para el momento él todavía estaba vinculado con AD y yo militaba en la Juventud Comunista”. Dos años más tarde ambos participarían en el congreso de la UIE en Bucarest y asistirían a un Festival de la Juventud y de los Estudiantes por la Paz y la Amistad, que se celebró como culminación del congreso en la capital rumana. “Manuel llegó a París en la mañana. Hablé con él y fuimos a sacar la visa de Rumania. Al día siguiente partimos para Bucarest”.

Gómez y Caballero no fueron los únicos venezolanos que concurrieron al Festival en 1952. Entre quienes tomaron el tren para asistir al encuentro de jóvenes —provenientes de distintos países y con diversas tendencias políticas, pero identificados con el socialismo—se contaba Rodolfo Izaguirre: “Todos los que fuimos nos sentíamos emocionados porque viajar a Rumania significaba viajar hacia el socialismo”. Al igual que Gómez, él también había conocido a Caballero en la antigua UCV, en medio de una situación política conflictiva cuyo panorama se tornaba cada vez más sombrío. Pese a tener una memoria deshilachada, lo que le dificulta reactivar recuerdos lejanos, el crítico de cine Rodolfo Izaguirre aún puede visualizar a Manuel Caballero “con sorprendente nitidez”. Lo encontró una mañana en el Patio Vargas de la Universidad: “Era un muchacho muy apuesto, tocado con una boina azul”, que años después volvería a usar como símbolo académico.

Pronto ambos estudiantes establecieron un vínculo amistoso que se consolidaría en Europa y se mantendría por años. Pasados los meses, “de un momento a otro Manuel y yo nos vimos en París”. Allí compartieron un exilio, que por parte de Caballero era involuntario, y, en el caso de Izaguirre, deseado, “ya que estar en París a los 18 años significaba satisfacer el justificado anhelo de todo joven de clase media con aspiraciones intelectuales”, y con deseos de formarse en el campo político.

Cuando Izaguirre pisó el suelo parisino en 1952 se unió al grupo que encabezaba Gómez, y que había sido organizado por el pintor venezolano Juan Pedro Rojas a principios de la década de los cincuenta. De acuerdo con Izaguirre, la camarilla estaba constituida no sólo por militantes del PCV, pues algunos como él no lo eran, sino por “todos los que nos oponíamos a la dictadura militar de Pérez Jiménez y teníamos más inclinaciones hacia el Partido Comunista que hacia la socialdemocracia o al socialcristianismo”.

A este respecto coincide el doctor Rodolfo Ascanio —hoy presidente de la Clínica Santa Sofía, en Caracas—, quien había emigrado a Francia en 1951 tras el cierre de la UCV: “No formábamos parte del Partido Comunista sino de una izquierda difusa que reprobaba la dictadura de Pérez Jiménez. Éramos jóvenes muy influenciados por la izquierda del momento”. A su juicio, la cohesión de los venezolanos en París dio como fruto una agrupación coherente y seria, que se propuso enfrentar la realidad de Venezuela “haciendo que el país viviera y se manifestara en Europa a través de nuestra participación en actividades culturales y políticas”, como eran los festivales y congresos juveniles que congregaban estudiantes de todas partes del mundo.

Cuenta Izaguirre que, para el momento del congreso de la UIE en 1952, Luis Aníbal Gómez ya había estado en las naciones socialistas, por ello quienes no las conocían insistían en preguntarle qué encontrarían en Rumania. “Todavía me parece escuchar a Luis Aníbal: ‘¡Aquello son ríos de leche y de miel!’”. No obstante, cuando entraron al país de los castillos y las fortalezas les pareció que estaban lejos de la Arcadia que les había prometido Gómez, pues vieron a su alrededor una gran pobreza. “Fue un duro golpe para nuestras ilusiones con el socialismo soviético”.

Durante el desarrollo del Festival, la juventud de Venezuela participó en varios actos culturales, con los cuales logró que los bisoños radicales e izquierdistas asistentes disfrutaran de la jocosidad del folklore popular venezolano. Izaguirre rememora que escenificaron sin vergüenza la canción *Barlovento*, de Eduardo

Serrano, en un teatro al aire libre. Y “para gloria de la absurdidad escénica, Manuel cantó sin acompañamiento musical, ante uno de los públicos más abigarrados e insolentes, una guasa barquisimetana: ‘Por acercarme a tu reja a darte un beso, a darte un beso, vino el señor comisario a hacerme preso, a hacerme preso’”.

Los jóvenes venezolanos Oswaldo Barreto y José Lira Sosa, que carentes de oído musical no tuvieron más alternativa que mezclarse con el público, gritaban desaforados: ‘¡Del carajo! ¡Del carajo!’. Y al instante el teatro en pleno se sumó a la ovación: ‘¡Del carajo! ¡Del carajo!’. Mientras que, sorprendido por su inesperado éxito personal y artístico, el mozo Caballero continuaba aproximándose a la reja con la intención de besar a la novia, a pesar de las amenazas de aquel comisario barquisimetano.

**E**l caraqueño que Manuel Antonio había conocido al momento de abordar *El Auriga*, y con quien descubrió la experiencia de cruzar el océano que separa América de Europa, fue su camarada en la militancia comunista y, al principio, su compañero de domicilio en la capital francesa. Ricardo Ernst, además, se había incorporado junto con él a la cofradía venezolana de París.

Caballero y Ernst tuvieron por residencia un hotel situado en la calle Constantinopla del Barrio de Europa, cerca del Metro Villiers, en el centro de París. Allí vivieron habitaciones vecinas. “Manuel, que era muy vivaracho, se hizo amigo de la señora de limpieza y a veces en las mañanas le pedía la llave de mi habitación. Si entraba y me encontraba dormido comenzaba a chispearme agua en la cara para que me levantara”, relata el abogado Ernst, entre cuyas virtudes de juventud estaba en primer lugar la tolerancia.

Meses después, Caballero se mudó lejos del centro de París, “porque era donde se podía conseguir algo barato”. En la calle Comandante Guilbaud, cercana al estadio Parque de los Príncipes, habitó durante algún tiempo en una pieza de servicio ubicada en la azotea de una casa de familia de clase media. En esta zona, ciertos hogares franceses habían dejado de contratar servidumbre y alquilaban a estudiantes las habitaciones que disponían para ella.

Con los 300 bolívares mensuales que le enviaba desde Venezuela su hermano Francisco, Manuel Caballero tenía sólo para lo necesario. Con el equivalente a 80 bolívares pagaba la renta de su dormitorio —al que no llegaba agua corriente, por lo que su aseo personal lo hacía en baños públicos—, compraba tickets para comer en los restaurantes universitarios —donde ofrecían “una comida bastante aceptable” por la que pagaba el equivalente a 60 bolívares mensuales— y el remanente lo destinaba para el desayuno, el transporte y la ropa.

—De resto no me quedaba para mucho. Yo llevaba una vida austera, una vida de estudiante. Era la época en que el dólar estaba a 3,35 bolívares.

Entre las primeras actividades que realizó Manuel Caballero al llegar a Francia no estuvo precisamente el inicio de una carrera universitaria, tal como hubiera querido su hermano Francisco. Antes bien, el recién llegado a Europa se había dedicado a exponer la situación venezolana en cuanto a la libertad de expresión y la persecución política ante el Congreso de Bucarest, y en días siguientes en los encuentros de Viena y París.

Posteriormente se reuniría con sus camaradas, participaría de manera activa en los distintos movimientos de la camarilla de París, se encargaría de ella cuando en 1954 Luis Aníbal Gómez retornara a Venezuela por mandato del PCV y la convertiría en una célula comunista. Después pensaría en los estudios.

Caballero ingresó al PCV cuando se cumplían exactamente siete años del derrocamiento de Isaías Medina Angarita: el 18 de octubre de 1952. Desde

Francia envió a Venezuela su petición de militancia comunista, en la que expresaba —según carta publicada en el periódico *Tribuna Popular* clandestina: “Yo, Manuel Caballero, estudiante y hasta hoy militante de ‘Acción Democrática’, pido ingreso en el Partido Comunista, el partido de la clase obrera, el partido de Jesús Faría, el partido de los patriotas venezolanos, el partido de los partidarios de la paz”<sup>12</sup>.

Con la determinación que cargaba sobre sus hombros desde que se introdujo en la lid política en 1948, y decidido a continuar dando la pelea con ambos pies de plomo, el camarada Manuel regresaría a sus tradicionales andanzas contra el gobierno venezolano. Esta vez lo haría desde otras latitudes y al frente de una fracción clandestina del PCV en París.

A partir de entonces, él y sus camaradas se encargaron de organizar manifestaciones y repartir propaganda en contra de la administración de Marcos Pérez Jiménez, quien se hizo nombrar presidente provisional de Venezuela por las Fuerzas Armadas Nacionales el 2 de diciembre de 1952, tras desconocer los resultados de la jornada de elección presidencial. A Caballero la cárcel no le había servido para escarmentar. Además, él tampoco estaba dispuesto a hacerlo. El tábano volvería a sus labores de antaño. Y con el aguijón más punzante que nunca.

—¿Acaso iba a ingresar al Partido Comunista para quedarme con los brazos cruzados? ¡No! Entré precisamente para trabajar en él y hacerlo crecer. Además, la mejor manera de oponerme a la dictadura de Pérez Jiménez era organizando el partido.

---

<sup>12</sup> Manuel Caballero, *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*, Caracas, Editorial Domingo Fuentes, 1970, p. 235.

Los exiliados y residentes venezolanos eran conocidos entre los latinos de París como *El grupo Villiers*, puesto que la mayor parte de sus integrantes vivían en los alrededores del Metro Villiers. “Éramos muchachos preocupados por la crisis política de Venezuela y dispuestos a luchar contra la dictadura que convulsionaba al país. Estudiábamos mucho y estábamos pendientes de todas las actividades culturales y políticas, que en París son infinitas. Todos éramos así, y eso llamaba mucho la atención de los latinos radicados en París y también de los franceses”, asevera el periodista Luis Aníbal Gómez.

Para los inmigrantes venezolanos, el vehículo que hacía circular entre ellos las noticias sobre la situación de su país estaba ensamblado con relatos de sus coterráneos que llegaban a Europa, informes del PCV, comunicaciones en clave, cartas de amigos y periódicos. Con estos insumos, tejían discusiones en torno a la realidad venezolana y se unificaban para motorizar los planes diseñados para la difusión de los acontecimientos en Venezuela. La tarea inmediata era establecer contacto directo entre los participantes del grupo y las naciones europeas en general, motivo por el que concurrían con cierta periodicidad a festivales y congresos organizados en estos países.

Lo demás era difundir la información ante el público local: París. Para ello habían fundado la revista *Le Venezuela en lutte (Venezuela en lucha)* e imprimían panfletos que distribuían de manera clandestina en la fiestas de la Embajada de Venezuela en Francia, los 19 de abril y 5 de julio. Con una bandera que los identificaba como venezolanos, cada 1º de mayo se unían a las concentraciones de la Confederación General de Trabajadores, y, a pesar de que las autoridades francesas controlaban a los extranjeros residentes, nunca los reprimieron.

Pero allí no quedaba todo. Gómez recuerda que, durante la celebración del 19 de abril en 1953, boicotearon la ofrenda floral a la estatua de Simón Bolívar en la Place Pereire, y, con alambres de púas, sujetaron a la efigie una corona que ellos ofrecían por la liberación de los presos políticos en Venezuela.

Por otro lado, *El grupo Villiers*, que discutía no sólo acerca de la política venezolana sino también de la francesa, se unía a las manifestaciones de la izquierda gala, principalmente a las del Partido Comunista Francés, con el que guardaba estrecha vinculación. Aunque no militaban allí debido a su condición de extranjeros, los inmigrantes venezolanos asistían a sus fiestas y mítines —actos culturales con discursos políticos al final— “y siempre fuimos recibidos con aprecio y cariño por los camaradas franceses”, apunta Gómez.

El doctor Rodolfo Ascanio aclara que, a pesar de tener acceso a las actividades comunistas impulsadas por *L'Humanité* —órgano de divulgación del PCF—, mantenían suma discreción al distribuir los impresos con información de Venezuela, ya que “la embajada venezolana presionaba a la policía francesa para evitar que los grupos venezolanos ganaran espacio en la actividad política”.

De igual modo, debían cultivar la prudencia en las reuniones políticas en espacios públicos de París, como en los cafés y en los bosques de Boulogne y Vincennes, donde solían hacer *picnics* al aire libre cuando se juntaban todos los miembros del grupo o, en su defecto, la mayoría de éste. Sólo cuando se congregaban pocos de ellos, se daban cita cada fin de semana en los apartamentos de Ascanio y Gómez, ubicados en la calle Constantinopla.

A menudo, los domingos la camarilla se trasladaban en autobús a Fontenay aux Rose, una localidad ubicada a diez kilómetros de París, para concentrarse en la casa de los hermanos Eduardo, Fernando y Joaquín González, que si bien eran menores de edad —tenían de 13 y 17 años respectivamente— ya manifestaban interés por el debate político. Las tertulias eran variadas. Las discusiones más frecuentes giraban en torno al arte, la filosofía, la literatura que consultaban y las reflexiones sobre las diversas ideologías políticas. No obstante, el tema recurrente era el acontecer político en Venezuela.

A la hora del almuerzo la señora Margot de González se acercaba al grupo para invitarlos a pasar al comedor, donde había dispuesto una gran olla de sancocho para alimentar a quince mozos con gran apetito. Entre ellos estaba Caballero, a quien Eduardo y Joaquín habían conocido en la estación de trenes de Lyon.

“Manuel, que nunca faltaba en nuestra casa, se comía tres platos. Era muy tragón”, comenta Joaquín González, licenciado en Filosofía e Historia del Arte, hoy profesor jubilado.

**S**ólo después de haber establecido las líneas de acción que seguiría en materia de política, Caballero, el joven militante del partido de Jesús Faría, se detuvo a pensar en los estudios. Como era menester que aprendiera la lengua, en primer lugar inició algunos cursos de francés. Luego se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Sorbona, pero la intención de asistir a clases lo abandonó.

En verdad, el camarada Manuel no sentía la más mínima inclinación hacia el Derecho. Ya en la cárcel le había confesado a su hermano mayor que la decisión de inscribirse en la Escuela de Derecho de la UCV había sido equivocada. Francisco Caballero aún puede reproducir las palabras de su hermano durante aquella conversación. “Manuel me dijo: ‘Oye, Francisco, tengo que decirte que te engañé. La verdad es que yo no quería estudiar Derecho porque a mí no me gusta esa vaina’”.

Corría el año de 1953 y Manuel Antonio se familiarizaba cada vez más con el francés. Al mismo tiempo presentó con éxito un examen de admisión —que sólo se aplicaba a los extranjeros— en el Instituto de Estudios Políticos de París, con el fin de comenzar los estudios de Ciencias Políticas. Así, bajo la tuición del reputado politólogo francés Maurice Duverger y del geógrafo de la misma nacionalidad Pierre George, inició a finales del 53 esta carrera, que tres años más tarde interrumpiría, pues de nuevo tendría que volver tras los barrotes.

Por los momentos se dedicaba a su preparación académica y cultural, sin descuidar su formación política, que había comenzado en Venezuela cuando era un adolescente. Se abocaba a la faena estudiantil, respiraba el ambiente cultural,

hurgaba con frecuencia en los anaqueles de las bibliotecas, consumía torres de libros, asistía a obras de teatro, presenciaba exposiciones de arte y disfrutaba de la vida de café, que era “absolutamente indispensable en Francia”. Todo ello armonizado, que no quepa la menor duda, con las actividades políticas y la dirigencia de la agrupación de París, pues, como se había dicho, Gómez tendría que volver a Venezuela por disposición del PCV.

A juicio de Ascanio, Caballero no sólo se mostraba comprometido con la cofradía, sino que además traía con su juventud “cierta cultura política” adquirida en Venezuela. “Con Manuel Caballero asistimos a los festivales que organizaban los jóvenes de Polonia, Bucarest, Moscú y los demás países del área socialista. Teníamos mucha facilidad de desplazamiento en Europa”.

De acuerdo con Izaguirre, quienes daban vida al grupo creían en “el nuevo humanismo preconizado por la izquierda marxista”, concurrían a los actos auspiciados por el PCF en la Mutualité y admiraban a Louis Andrieux —o Louis Aragón—, un novelista francés líder de los movimientos dadaísta y surrealista. Al mismo tiempo recibían periódicos, revistas y propaganda política clandestina que ellos debían empacar para reenviarlas a otros lugares.

A este respecto, Izaguirre refiere que en una ocasión Caballero quiso poner en práctica un sistema de trabajo aprendido del escritor ruso Máximo Gorki, “o de algún otro capitoste soviético”. La idea era combinar la mano de obra “con lecturas edificantes”; por lo cual, mientras los demás elaboraban pequeños paquetes con las publicaciones, él leía Materialismo y Empiriocriticismo, “o cualquier otro ladrillo ideológico”. El resultado era desastroso: nunca supieron qué quiso decir Lenin y los paquetes siempre quedaban mal envueltos.

De los camaradas venezolanos en París quien tenía mayor contacto con el PCF era Caballero, quien inmerso en sus diversas responsabilidades políticas, tuvo la oportunidad de relacionarse con Jacques Duclos —miembro del buró político del PCF— y Maurice Thorez —secretario general del PCF—, ambos mentores

políticos de los comunistas de entonces. En una ocasión recorrió el Museo de Louvre y conoció a su fundador, el antropólogo francés Paul Rivet. También, una vez vio por casualidad al filósofo francés Jean Paul Sartre, que se acercaba a los comunistas por coincidencias ideológicas, pero nunca conversó con él.

A pesar de que el propio Caballero reconoce que estudiaba con sobresaltos, puesto que su principal interés era la política, en Instituto de Estudios Políticos se destacó en el curso por su rendimiento. “Manuel tomaba en serio sus estudios. Era estudioso, muy reflexivo, cuestionaba todo y se la pasaba leyendo”. De esta manera lo recuerda el crítico de arte Perán Erminy, quien militaba en el PCV y formaba parte de *El grupo Villiers*.

Se vieron por primera vez en París. Erminy había llegado a Francia meses antes que el joven que venía de la Cárcel Modelo, de quien “sólo sabía que había tenido problemas políticos en Caracas y que tenía inclinaciones hacia el Partido Comunista”. Sin embargo, cuando Caballero se sumó al grupo el trato entre los dos se hizo familiar y pronto estrecharon vínculos de amistad. “Él era una de esas personas que desean entender el mundo y el origen de sus grandes conflictos. Detrás de sus reflexiones siempre venía una conclusión brillante. Eso sí, a veces su manera de pensar lo ponía a nadar contra la corriente o a entrar en pugnas. Hasta para las cosas más triviales tenía una posición crítica. Sus ideas eran ingeniosas, aplastantes y demoledoras, y no han dejado de serlo”.

“**M**anuel Caballero tenía y tiene una capacidad de retención fabulosa y una sólida formación literaria”, afirma Joaquín González, quien narra una experiencia con el joven que saludó por primera vez el 23 de agosto de 1952: “Un día fui a esperar a Manuel en el Instituto de Estudios Políticos. Cuando salió cruzamos algunas palabras y decidimos caminar y conversar un rato. Me comentó que acababa de presentar un examen y comenzó a recitarme de caletre, casi sin

titubear, todo lo que había escrito. No paraba de hablar. Había hecho un análisis como de seis cuartillas que le habría llevado por lo menos tres horas”.

Dado que González hablaba y escribía en correcto francés —aprendió el idioma desde su llegada a Francia en septiembre de 1950 y posteriormente cursó los últimos años del bachillerato en París—, en ocasiones Caballero le entregaba los textos que componía en su recién aprendida lengua gala para que los leyera y revisara la sintaxis. “Al principio Manuel no tenía buena pronunciación del francés porque lo había estudiado hacía poco, pero lo escribía bastante bien”.

En las remembranzas de González aparece entre 1953 y 1956 un Manuel Caballero delgado, de rasgos perfilados y con bigote moderado, antecedente del espeso mostacho que exhibiría en la edad adulta. “Era el mejor parecido del grupo. Mi hermana Enriqueta estuvo enamorada de él, pero era un amor platónico porque entre ambos había quince años de diferencia. ¡Hasta mamá comentaba lo apuesto que era Manuel!”. En realidad, la señora Margot de González consideraba a Caballero un hijo más.

El camarada Manuel era tan famoso por sus chistes malos como por el repertorio de piropos que componía para las damas, en los que vertía todo el ingenio de que era capaz y, según fuese el caso, lo mezclaba con una medida del más fermentado vinagre que su imaginación pudiera destilar. ¡Vaya emulsión! “Hacía piropos chocantes y malintencionados, pero los hacía para captar la atención de las muchachas”, refiere el físico Fernando González.

De esta manera, Caballero —que según Erminy “era desafortunado en levantarse a las compañeras, y a pesar de que salía con ellas al final no lograba empatarse con alguna”—, apostaba por la agudeza de sus frases e incluía la originalidad como principal ingrediente en sus planes de conquista. El adolescente que había vivido enamorado solo estaba despojándose de su timidez. Sentía que era tiempo de amar y de revolotear alrededor de las jovencitas, y de presentarse ante ellas con uno de sus singulares piropos, como tal vez lo hizo con Paulina Politoff, una

bailarina chilena que, en palabras de Izaguirre, “amó tan desesperadamente que estoy por creer que nunca ha dejado de amarla”.

Los piropos del mozo barquisimetano tenían éxito. No obstante, la chispa y el talento parecían abandonarlo cuando quería fabricar chistes. En París, sus amigos y camaradas le combatían su certeza de que fuese buen humorista. El crítico de teatro Nicolás Curiel, quien entonces militaba en el PCV con Caballero, lo asevera: “¡Manuel echaba unos chistes malísimos! ¡Teníamos que hacernos cosquillas para reírnos! Él no tiene sentido del humor sino un genio estupendo para jugar con las palabras y crear metáforas”. Con Curiel coinciden Izaguirre, Gómez y los hermanos González.

Es probable que quien haya quedado satisfecho con la comicidad de Manuel Caballero fuese Erminy, quien, en contraste con los anteriores, le atribuye la capacidad para hacer bromas incluso sobre los temas más serios, logrando que sus interlocutores le celebraran sus ocurrencias. “Él decía algo seriamente pero siempre concluía con un chiste. Hasta de las cosas más insignificantes, referidas a tragos y mujeres, él les daba la vuelta y le buscaba el lado jocoso. No había un momento en el que no nos riéramos de sus salidas y de su humor negro, que es muy corrosivo”.

Caballero tenía por costumbre inventar anécdotas con las que ponía a prueba la tolerancia de sus amigos, y era tan puntilloso con las bromas que a veces ellos no sabían cómo quitárselas de encima. Decía, por ejemplo, que cuando a Jacobo Borges le tocaba viajar en tren levantaba la mano y la sacudía para detenerlo. Ya en Venezuela sus amigos se ocuparían de devolverle las chanzas: cuentan que cierta vez Caballero salió de una fiesta con unos compañeros y, como tenía carro, les ofreció llevarlos hasta algún sitio. Él conducía su Volkswagen al tiempo que trataba de encender un cigarrillo. La maniobra le falló y el cigarro se le cayó. Mientras él lo buscaba, el vehículo seguía andando. “No sé si eso sea verdad. A lo mejor los amigos le estaban devolviendo la pelota”, apunta Erminy.

—Eso es absolutamente cierto. Regresábamos el poeta Luis Camilo Guevara, una muchacha y yo de una fiesta en El Hatillo, el día que conocí a García Márquez. Yo perdí dos dientes de abajo, el poeta se partió dos costillas y a la muchacha no le pasó nada. Ella le decía al poeta, que casi lloraba por el dolor: “¡No sea marico! ¡Mírelo a él, que tiene la cara llena de sangre!”. Fue cuando aprendí a manejar, a los cuarenta años, y lo hacía tan mal que me jactaba de ser el peor chofer de Venezuela.

El camarada Caballero también refería a su círculo de amigos que cuando bailaba en las fiestas solía decirle a quien fuese su compañera de sarao, excusándose por no saber bailar: “Perdone si la pisé”. Pero como hablaba entre castellano y francés —una suerte de castellano afrancesado, sea permitida esta hibridación— quizás haya ganado la antipatía de las damas en cuestión, si se toma en cuenta que *Pisser* —que se pronuncia pisé— se traduce en francés como orinar. Erminy asegura que sólo a Caballero se le ocurría “decir esa clase de cosas”, que, esta vez sí, provocaban un estallido de carcajadas entre el grupo.

**T**ranscurría 1956. Este mismo año, contra las leyes francesas que prohibían las organizaciones políticas de extranjeros sin autorización del Estado, Caballero capitaneaba un grupo de estudio y propaganda comunista venezolana que agrupaba a más de veinte coterráneos y que había organizado con el apoyo de Jacobo Borges, Nicolás Curiel, José Lira Sosa, Perán Erminy, Eduardo, Fernando y Joaquín González y Ricardo Ernst. Al mismo tiempo cursaba el segundo año de Ciencias Políticas, actividad que con el pasar de los meses se vería descuidada ya no sólo por los compromisos políticos.

—Como es normal, me enamoré y esas cosas lo hacen perder a uno bastante tiempo. Me enamoré de una chilena, que fue con la que estuve por más tiempo. Ella decía que era santiaguina, bailarina, judía y comunista.

Se llamaba Paulina Politoff y era un personaje de mundo, una mujer independiente. Tenía los ojos claros, el cabello castaño y derrochaba vitalidad a su paso. Curiel la mantiene entre sus recuerdos como “una niña grande, tan dinámica y enérgica que parecía la vida misma”, siempre al lado del bisoño Manuel, “enormemente tímido y muy poco dado a abordar a las damas, que de un momento a otro encontró en su camino a Paulina, que lo atacó a él”.

El joven Caballero era tímido, sí, pero no por ello desperdiciaba cualquier momento propicio para acercarse a alguna mujer que llamara su atención. Antes de Paulina había conocido de manera casual a Marguerite, de quien no tuvo tiempo de enamorarse, ni siquiera de ofrecerle uno de sus ácidos piropos. Era una morena de ojos azules con la que coincidió cierto día en un vagón del tren. Todo comenzó con un juego de miradas que no terminaría hasta que alguno de los dos llegara a su destino.

—Cuando ella se bajó yo me fui detrás de ella. Entonces nos sentamos a esperar el próximo tren. Mientras esperábamos le hablé con una excusa y ella me respondió: “Usted es extranjero, ¿verdad?”.

Y rompieron el hielo. Ella se presentó como Marguerite. Le comentó que era modelo de pintores y que cantaba en la coral popular de París, una agrupación influida por comunistas. La conversación se inició con buen ritmo. Él quiso invitarla a algún lado, pero como no tenía un centavo le propuso verse al día siguiente para almorzar juntos. Ella aceptó y acordaron la hora y el punto de encuentro.

—Por supuesto, a las cinco de la mañana salí a buscar a un amigo para quitarle plata, porque yo andaba limpio, como siempre. Llegué tumbándole la puerta y le dije: “¡Necesito que me prestes plata!”. Él me la prestó y me fui hasta el sitio donde habíamos quedado en vernos.

Estuvo allí desde las diez de la mañana. Pasadas las doce del mediodía aún guardaba la ilusión de verla llegar, pero ya a las tres de la tarde no tuvo más opción que darse por vencido. Pasaron cuatro años, y no volvió a saber de la atractiva mujer que lo había impresionado sino por casualidad: una tarde decidió entrar a un café a tomar algo mientras esperaba la llegada de un amigo. A su lado alguien se sentó a revisar un suplemento dominical en los que se reseñaban crímenes y noticias sensacionalistas. Después de leerlo, lo colocó sobre la mesa y se fue. Caballero, fastidiado por la espera, comenzó a ojearlo para distraerse. En la segunda página vio la fotografía de una mujer cuyo rostro reconoció de inmediato. El titular que acompañaba la imagen decía: *¿Quién fue el asesino de la hermosa Marguerite?*

—Resulta que cuatro años antes la habían asaltado, la habían violado, la habían matado, la habían cortado en pedacitos y la habían tirado al Sena. No pretendo decir que ella no asistió a la cita conmigo porque la mataron la misma noche que nos conocimos, pero ¿quién me dice a mí que no fue así?

**E**l 17 de diciembre de 1956 Manuel Caballero recibió en su habitación del hotel de la calle de La Sorbona, en el Barrio Latino, a una comisión de la División de Vigilancia de Territorio. Sabía que no se trataba de una visita de cortesía: estaba solicitado por haber organizado una célula del PCV en París. Los efectivos lo llevaron detenido, lo interrogaron y le prometieron liberarlo de inmediato si declaraba quiénes eran los demás integrantes del grupo.

—A partir de ese momento me calé cinco meses en la prisión de Fresnes, en las afueras de París.

Además de haber quebrantado las leyes francesas que prohibían la organización política de extranjeros, llegada la hora de comparecer en el juzgado se sumó otro

elemento en su contra, que no era precisamente el haberse negado a revelar los nombres de sus camaradas. Entre el hacerse cargo de la organización clandestina, coordinar la distribución de la propaganda política contra el gobierno venezolano y asistir a los festivales juveniles del bloque socialista, se había desentendido de su documentación.

—Me juzgaron y me condenaron a tres meses de cárcel, pero en realidad fueron cinco meses. ¡Mala suerte, pues! Porque me agarraron dos cosas: las vacaciones judiciales y el haberme descuidado con mis papeles. Como andaba prácticamente indocumentado no me podían dejar en libertad.

Su abogado defensor fue Jacques Vergès, que había sido dirigente de la Unión Internacional de Estudiantes (UIE) y Caballero lo había conocido en uno de los congresos que esta agrupación auspiciaba. Vergès fue el mismo que defendió a Klaus Barbie —jefe de la Gestapo de Lyon entre 1942 y 1944 durante la ocupación nazi en Francia—, al líder iraquí Saddam Hussein y al venezolano Ilich Ramírez, alias “Carlos El Chacal”.

Luego de su veredicto, el juez le propuso a Caballero ubicarlo en una de las celdas que disponían para los presos políticos, pero él no aceptó, pues ello habría significado reconocer que estaba involucrado en asuntos políticos, lo cual había negado con absoluta vehemencia desde que lo detuvieron. De modo que lo trasladaron a un calabozo común, que compartió con “Pierrot le Dingue” y “Henri la Belle Tête”, dos hombres mantenidos por mujeres dedicadas a la prostitución.

—Me enseñaron todos los trucos del oficio de *maquereaux* —o *chuloputas*, como se les dice en España—, pero con la irresponsabilidad de aquellos años nunca los puse en práctica. Me hice muy amigo de ellos. Había uno que siempre me defendía de los otros porque su hermano también era comunista y entonces, de cierta manera, me adoptó. Él un día me dio una tarjeta y me dijo: “Cuando salgas busca a mi mujer. Ya le he hablado de ti. Ella no te va a cobrar nada”. No le hice caso y ahora me arrepiento.

Durante este período de prisión, a diferencia de los seis meses que permaneció en la Cárcel Modelo de Caracas, el camarada Manuel no recibió visitas, y por decisión propia se mantuvo incomunicado, ya que al escribir a sus amigos y camaradas para informarles de su paradero —había desaparecido sin explicación— los habría denunciado. Éstos, por su parte, una vez enterados de la suerte que corría el cabecilla del grupo, supusieron que visitarlo sería una imprudencia: “Por eso nunca fuimos a verlo a la cárcel”, apunta Fernando González.

**A** finales de 1957 el gobierno francés expulsó a Manuel Caballero de su territorio. Para entonces, él y sus compañeros aseguraban que la deportación había sido solicitada por la administración de Marcos Pérez Jiménez, lo cual no pasaba de ser mera especulación. Lo único cierto era que, una vez más, el conflictivo venezolano debía recoger su oposición y echársela a cuestras, tomar su equipaje y partir en busca de otro destino, como cinco años antes había hecho.

—Me expulsaron inmediatamente después de haber cumplido cinco meses en la cárcel. Habría podido quedarme escondido, pero ¿qué iba a hacer así?

En esta ocasión fue Suiza el país que le abrió las puertas y lo mantuvo en su suelo desde septiembre de 1957 hasta un mes después del derrocamiento de Pérez Jiménez. El idioma, la cercanía territorial y la existencia de un Instituto de Ciencias Políticas, similar al que había encontrado en París, fueron los motivos por los cuales Caballero decidió instalarse en la ciudad de Lausana. Allí vivió limitado, pues se encontraba solo, aunque se comunicaba con sus familiares y amigos del grupo *Villiers*. En Suiza vio la oportunidad de continuar sus estudios sin contratiempos, pero ni siquiera tuvo tiempo de presentar el examen de ingreso a la universidad. Llegaba el momento de regresar a Venezuela: el 23 de enero de 1958 un movimiento cívico militar puso fin al gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

Ya para 1956 el régimen de Pérez Jiménez se tambaleaba. Al año siguiente se hizo costumbre para los caraqueños respirar, todas las tardes, en medio de la violencia provocada por las protestas estudiantiles en las cercanías de los liceos Andrés Bello y Fermín Toro. Los disturbios estimulados por éste último instituto y los producidos en los alrededores de la urbanización “2 de diciembre” —hoy “23 de enero”— a menudo generaban disparos. La violencia se incrementó los primeros días de diciembre de 1957, cuando los liceístas comenzaron a atacar con piedras a la policía. El desorden se extendía por todo el centro de la ciudad<sup>13</sup>.

Así llegó el primero de enero de 1958. Durante las primeras horas del día, aviones de guerra se veían desfilar bajo el cielo de la capital, despertando a los caraqueños que descansaban después de la noche de San Silvestre: se había puesto en marcha un levantamiento militar contra la dictadura. Era “el desafío más serio que había debido soportar el régimen desde el 24 de noviembre de 1948”, y, aunque fracasó, sería antecedente de un rápido proceso de descalabro político que terminó con el 23 de enero<sup>14</sup>.

—Ese mismo día alguien me preguntó: “Oye, ¿qué pasó en Venezuela? Parece que cayó Pérez Jiménez”. Le respondí: “¿Cómo va a ser?”. Entonces llamé a Juan Liscano, que también estaba en Suiza, y se lo pregunté. Me dijo: “Sí. Salió de Venezuela esta madrugada”.

La primera reacción de Caballero fue escribir un artículo sobre los acontecimientos del 23 de enero para publicarlo en *L'Humanité*. Ese mismo día comenzó a poner en orden sus documentos para regresar a su país, al tiempo que su familia hacía gestiones con el gobierno provisional para conseguir que lo repatriaran. El 23 de febrero de 1958 retornó a Caracas, y sin perder tiempo se incorporó a las filas del PCV para seguir “trabajando por el partido”. Y para que el próximo gobierno no quedara sin su oposición.

---

<sup>13</sup> Lázaro Quevedo, *Caracas nueva rica. Caracas...ayer y hoy*. Aragua, Villa de Cura, Editorial Miranda, 1998, p. 224, 225.

<sup>14</sup> *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, p. 133.

Cuando hoy se le pregunta a don Manuel Caballero por lo más difícil de los seis años que vivió en Europa, él contesta, sin un ápice de duda: “La cárcel”. Y es incuestionable que sea esa su respuesta. Ser reducido a prisión no sugiere, en ningún caso, circunstancias positivas. Sin embargo, de la experiencia carcelaria en Fresnes le quedó —además de un perfecto conocimiento del argot del hampa francesa—, una anécdota que, como diría él mismo, contaba de vez en cuando para darse pelota: después de Francisco de Miranda, Manuel Caballero es el segundo venezolano juzgado por razones políticas en Francia.

#### IV. LA HISTORIA CUENTA CON ÉL. Y EL PARTIDO (POR LOS MOMENTOS) TAMBIÉN

La organización de los revolucionarios debe englobar principalmente y ante todo gente cuya profesión es la acción revolucionaria.

*Lenin*

La historia es el progreso de la conciencia de la libertad.

*Hegel*

Un historiador es un profeta al revés.

*Ortega y Gasset*

Aquel 24 de noviembre de 1948 selló su ingreso a la política venezolana. Con diecisiete años, instintivamente afirmaba que detrás de un militar que gobierna hay una dictadura. Han pasado cincuenta y ocho años y su tesis se mantiene invariable: don Manuel Caballero sigue siendo un enemigo acérrimo de los gobiernos totalitarios. En general, todo cuanto signifique autoritarismo y dominación siempre lo ha encontrado como adversario. Hoy, mientras combate con su pluma lo que denomina una “cuasi dictadura militar”, conserva la ilusión de que la bota castrense deje de guiar los destinos de Venezuela.

—Toda mi vida he detestado a los militares y al militarismo en general. Cualquier gobierno militar que haya depuesto uno civil cuenta con mi oposición. Yo me inicié en la vida política el 24 de noviembre de 1948, cuando fue derrocado Rómulo Gallegos, peleando contra un gobierno militar. Y ahora, casi sesenta años después, sigo en lo mismo: combatiendo a un militar.

En una nota publicada el 16 de diciembre de 2001 en el diario *El Universal*, a propósito de la celebración de sus setenta años, Caballero expresaba lo siguiente: “Yo nunca tuve dudas de que Hugo Chávez era un hombre autoritario, de una pobreza intelectual impresionante, en suma, un bruto, nada más que tirador de paradas”. En la actualidad continúa definiéndolo con las mismas palabras y, en sus artículos de opinión de cada domingo, sarcásticamente se refiere a él como “el Héroe del Museo Militar”, en memoria de sus acciones aquel 4 de febrero de 1992, cuando se refugió en el Museo de Historia Militar durante el fracaso del

golpe de Estado que había comandado. “Es un hombre que da vergüenza ajena”. Así resume don Manuel su opinión del actual presidente de Venezuela, Hugo Chávez, a quien iguala con el militar que combatió en 1948.

—Pérez Jiménez era un tipo grosero, ignaro, autoritario, ladrón...el peor tipo de militar posible, igual que mi tercio éste, Chávez. La única diferencia es que Pérez Jiménez no era popular y éste sí lo es.

En relación con los gobiernos de ambos militares, Caballero señala un par de diferencias. En primer lugar Marcos Pérez Jiménez dirigió una dictadura militar, en tanto el ejército aglutinaba todos los poderes del Estado. En sus palabras, “era la dictadura de las Fuerzas Armadas”. El de Chávez es un gobierno militarista, “distinto a una dictadura militar”, pues además del poder estatal, trata de militarizar la sociedad y convertirla en un cuartel donde uno manda y los demás le obedecen. Otras diferencias radican en que el gobierno de Pérez Jiménez carecía de ideología y era más represivo contra la prensa libre, mientras que el de Chávez es ideológico (invoca la ideología bolivariana) y reprime a la colectividad de manera sutil. Un ejemplo de esto último es el despido de los trabajadores.

—Esta no es ya una democracia, pero todavía no llega a ser dictadura, en el sentido clásico de la palabra. Este es el gobierno al que me he opuesto con mayor vehemencia, porque ha durado mucho tiempo, es militar y el presidente da vergüenza ajena. Cuando salgo fuera del país siento pena de decir que soy venezolano. Es más, casi digo: “Soy venezolano, pero no tengo la culpa”.

Don Manuel parece haber nacido con el germen de la oposición en la sangre. De niño vivía llevando la contraria a todos en su casa, y de adolescente trasladó la semilla de la disidencia al terreno político, donde la sembró y abonó para que echara raíces: a partir del 24 de noviembre de 1948 no ha habido gobierno al que no se haya opuesto. Es indiscutible que el cuestionamiento al poder ha sido una constante en Caballero, pero sería erróneo afirmar que su condición de antagonista lo incita a declararse en contra de todo poder. Si bien ha sido anticapitalista y

enemigo de los grupos económicos y de la burocracia sindical, el centro predilecto de sus mayores ataques siempre ha sido el poder del Estado.

A pesar de su permanente enfrentamiento a los poderes político y económico, niega haberse convertido en anarquista. “Lo de oponerme al poder tiene que ver con mi carácter”, asegura, y al mismo tiempo reconoce que la idea de luchar contra todos los poderes es, en realidad, propia de quien enarbola la bandera de la anarquía. Es falso que Caballero sea un “completo anarquista, tirabombas y agitador”, aunque confiesa tener “mucho de eso”. Lo que sí es cierto es que nunca dejará de rebelarse contra el abuso de autoridad —como lo ha hecho desde muy joven—, en la misma medida que lo hace contra el militarismo.

—En mi casa no me rebelé. Generalmente uno se rebela contra el padre, y el mío era autoritario. Era lo que él decía y punto, pero yo lo adoraba y lo admiraba muchísimo. Murió siendo yo muy joven para rebelarme, y con mi mamá no lo hice. En la infancia llevaba la contraria en algunas cosas, pero eran tonterías mías. Por supuesto, de joven desafiaba a los curas que siempre quieren imponer asuntos de la religión, pero cuando se instala la dictadura militar en el 48 ya tengo dónde centrar mis ataques.

A partir del 24 de noviembre de 1948 la historia política venezolana experimentó cambios en los que don Manuel participó, con una permanente actitud beligerante, como espectador conciente y actor, primero en las calles —con el enfrentamiento a las autoridades, las protestas, la toma de la UCV en 1952, la distribución de propaganda política y la organización de una célula comunista en París— y después en el campo de la reflexión, con sus posturas y escritos. Es lógico considerar, entonces, que los cambios en la política venezolana han tenido influencia en su pensamiento. Sin embargo, en este planteamiento él advierte un filo político, a través del cual intuye que se le cuestiona su aparente salto de la izquierda hacia la derecha. Sin caer en explicaciones, insiste en que se inició en la vida política el 24 de noviembre de 1948 protestando contra un gobierno militar y que hoy está en lo mismo. “Entonces, ¿quién ha cambiado?”. Y nada se consigue

al preguntarle si se ubica en la derecha o en la izquierda. Inmediatamente responde: “Yo soy antimilitarista”.

Eso lo sabe muy bien su hermano menor, Pablo Caballero, quien tuvo la pretensión de estudiar una carrera militar una vez culminado el bachillerato. En efecto, se inscribió en un instituto y comenzó los estudios militares. Todavía recuerda las palabras que su hermano Manuel escribió a su madre en una carta que le envió desde Francia: “Yo no me siento a la mesa con un militar”. Poco tiempo después Pablo desistió de continuar en la institución y se dedicó a estudiar Administración de empresas, menos por la determinación de su hermano de no verlo en la mesa que por las exigencias propias de la formación castrense.

Ambos han sido muy unidos, incluso antes de que don Manuel fuera expulsado de Venezuela. Durante los años que vivió en Europa, Pablo era el encargado de mantener la comunicación con él. “Mamá no escribía corrido. Ella me dictaba lo que quería decirle a Manuel y yo lo escribía en una carta que luego le enviábamos”. La señora María Antonieta recibía, por lo menos, dos correspondencias al mes firmadas por su hijo exiliado. No obstante, desde el 23 de febrero de 1958 las cartas dejaron de hacer falta. Después de seis años de exilio, ese mismo día regresó a Caracas aquel enérgico mozo de boina azul que había participado en la toma de la UCV la mañana del 7 de febrero de 1952. “Cuando cayó Pérez Jiménez nos alegramos mucho porque ya Manuel podía volver con nosotros”, refiere la abogada Aglae Caballero, una de sus hermanas menores.

**E**l Caballero que descendió del avión la tarde del 23 de febrero de 1958 venía de Suiza, donde había pasado cinco meses, tras haber sido expulsado de Francia por razones políticas. En el aeropuerto de Maiquetía fue recibido por su madre y su hermano mayor, Francisco, acompañado de su esposa, Ofelia, quienes le organizaron una reunión de bienvenida en la noche. En la recepción, el camarada

Manuel se reencontró con sus amigos más cercanos, entre los que se contaban los hermanos Cadenas, Rafael y José María, y un grupo de estudiantes comunistas.

El psicólogo José María Cadenas cuenta que desde 1952 su hermano Rafael y Manuel Caballero se habían convertido “en casi unos personajes de leyenda” para algunos de los integrantes más jóvenes del PCV, pues no sólo se habían enfrentado a la junta militar de gobierno y conocido la prisión, sino también por su condición de exiliados y conocedores de otras realidades. “Mientras tanto nosotros estábamos en el país en plena dictadura, estudiando bachillerato y con las pocas posibilidades de motorizar acciones de protesta, porque vivíamos una dictadura extrema donde los pocos que manifestaban sabían que arriesgaban el pellejo”.

Esa era la Venezuela que dejaron los tomistas Manuel Antonio Caballero, Rafael Cadenas, Jesús Sanoja Hernández y los demás jóvenes expatriados. El período que va desde 1952 hasta 1958 fue sombrío para la historia de Venezuela. Si por un lado los ciudadanos fueron testigos del proceso de urbanización de la capital —se construyó un número considerable de obras públicas— y del impulso de los proyectos industriales en sectores de la economía nacional, por otra parte vivieron bajo un manto de silencio, con restricción de libertades de prensa, de manifestación y de partidos políticos.

Todo lo anterior contrastaba con los espectáculos musicales que ofrecían las pantallas cinematográficas, que representaban para los caraqueños una opción de entretenimiento en medio de tantos temores y limitaciones. Ya desde finales de la década de los cuarenta y durante los años cincuenta veían en la pantalla grande a las célebres rumberas cubanas y mexicanas, entre quienes destacaban Amalia Aguilar, Blanquita Amaro, Aidita Artigas, “Meche” Barba, Rosa Carmina, Mappy Cortés, “La Tongolele”, María Antonieta Pons, Lilia Prado y Ninón Sevilla. También disfrutaban de la mejor época del cine mexicano, en cuyas películas aparecían los cabarets como protagonista de las tramas. Ellas proyectaban el rostro romántico de Toña La Negra, el verso melódico y despechado de Agustín

Lara, la voz trepidante y sentimental de Pedro Vargas, la cadencia voluptuosa de Ninón Sevilla y de tantas piernas que despertaban la atención del espectador<sup>15</sup>.

Durante las celebraciones de Carnaval la dictadura concentraba sus esfuerzos en revivir el esplendor de los desfiles de carrozas, los bailes y jolgorio propio de la fecha. “Los caraqueños callaban, pero bailaban y gozaban”<sup>16</sup>. En Barquisimeto también callaban. José María Cadenas recuerda el temor con el que vivían los barquisimetanos: “Nadie se atrevía a hablar de política en su casa. Cuando los estudiantes nos reuníamos en una plaza a estudiar y llegaba una camioneta de la Seguridad Nacional nos temblaban las piernas”.

Cadenas permaneció en Barquisimeto hasta 1957. Ese mismo año terminó el bachillerato y se trasladó a Caracas para cursar estudios superiores en la UCV. Ya para 1956 se había reencontrado con su hermano Rafael, que retornaba al país luego de cuatro años de exilio en Trinidad. A partir de entonces aguardarían al camarada Manuel, que tenía la firme voluntad de regresar a Venezuela tan pronto como terminara la dictadura.

Los hermanos Cadenas sólo esperaron dos años. José María todavía recuerda la impresión que le causó aquel 23 de febrero de 1958 el Caballero que después de seis años volvía de Europa: “Apenas llegamos a casa de su hermano Francisco Manuel salió a recibirnos y me sorprendió la manera como nos saludó. Hablaba con el tono típico del barquisimetano, como si estuviera llegando de Barquisimeto y no de Europa. No recuerdo qué dijo, pero su forma de hablar nos llamó la atención. Era el mismo bromista y conversador de siempre”. Y continuaba con la boina sobre la cabeza. Conservaba, además, el tímido bigote de la adolescencia. Seguía delgado. La frugalidad de su aspecto contrastaba con el abultado equipaje que cargaba sobre sus hombros: traía el cúmulo de experiencias de quien se había nutrido de un ambiente cultural estimulante.

---

<sup>15</sup> Emilio Santana en *Caracas nueva rica. Caracas...ayer y hoy*, p. 209.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 210.

**E**l camarada Manuel llegaba a un país que, tras emanciparse de un decenio de dominio militar, firmaba su ingreso a la era democrática. En lo sucesivo, Venezuela viviría bajo un sistema de gobierno caracterizado por la libertad de expresión, la libre participación de los partidos políticos, la celebración de elecciones libres, un juego cada vez más equilibrado entre los poderes públicos y una creciente preocupación por los derechos humanos<sup>17</sup>.

Luego de la caída de Marcos Pérez Jiménez se instaló una junta patriótica —constituida por los partidos políticos AD, Copei, URD y PCV y los jefes militares que habían comandado el movimiento de las Fuerzas Armadas contra el ex presidente—, encabezada por el contralmirante Wolfgang Larrazábal, quien hasta entonces había dirigido el Círculo Militar y el Instituto Nacional de Deportes. Una vez establecida en la presidencia, la junta legalizó los partidos proscritos por la dictadura, abrió las puertas del país a los exiliados e hizo público su propósito de llamar a elecciones presidenciales.

El 31 de octubre de 1958 los principales partidos políticos que enfrentaron la dictadura de Pérez Jiménez —AD, Copei y URD—, con el beneplácito de las elites económicas, religiosas y militares de entonces, suscribieron el Pacto de Punto Fijo, que intentaba consolidar las fuerzas comprometidas con la creación de una auténtica democracia representativa en Venezuela. Entre las disposiciones del acuerdo figuraban “el respeto a los resultados de las elecciones programadas para diciembre de 1958, cualesquiera que estos fueran, ciertas normas de convivencia democrática, y un relativo balance de poder que evitase su excesiva concentración en manos de un solo partido”<sup>18</sup>.

Dos meses después, el 7 de diciembre de 1958, Rómulo Betancourt resultó electo presidente constitucional de Venezuela para el quinquenio 1959-1964, que se caracterizaría por una profunda inestabilidad política. Como consecuencia del establecimiento de las pautas del nuevo sistema político, contenidas en el Pacto de

---

<sup>17</sup> *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, p. 148.

<sup>18</sup> María Teresa Romero, *Política exterior venezolana*, Caracas, CEC, CA, 2002, p. 32.

Punto Fijo, se inició contra la gestión recién instaurada una ola de rebeldía — luchas guerrilleras, divisiones partidistas e intentos de derrocamientos— por parte de las fuerzas y los partidos excluidos del acuerdo, entre los que se encontraban los militares de la administración de Pérez Jiménez y miembros del PCV<sup>19</sup>.

Con este escenario de fondo, como ya se apuntó, Manuel Caballero se reinsertaba a una sociedad que, en lo sucesivo, viviría signada por los ideales de libertad de la recién conquistada democracia. Desde el 23 de febrero de 1958 se estableció en Caracas, donde habría de pasar la mayor parte de su vida. Al llegar se reunió con sus familiares, amigos y camaradas, y también con aquellos estudios de Historia que sólo pudo cursar por tres meses, pues en 1951 fueron interrumpidos por la clausura de la UCV.

—Todavía no había escuela de Estudios Políticos en la UCV, entonces me inscribí en la Escuela de Historia, donde me equivalieron algunas materias que yo había cursado en Ciencias Políticas, en París. No fui un estudiante *summa cum laude*, pero tampoco de diez. Me destacué poco porque estaba muy metido en la actividad política, además tenía que trabajar para ganarme la vida.

Así, pues, en 1959 la recién constituida Escuela de Historia de la UCV contaba entre sus estudiantes a Manuel Antonio Caballero Agüero. Su pasión por el estudio de la historia había nacido durante su adolescencia, al sumergirse en las lecturas sobre el marxismo. En esta etapa veía en la historia un terreno de reflexión política. Por ahora estaba cerca de los 27 años y no tenía tiempo que perder: mientras se dedicaba al estudio sistemático de la historia continuaba trabajando para el Partido Comunista; fundó junto a un grupo de jóvenes intelectuales la revista literaria *Tabla Redonda* y era el responsable de la jefatura de Redacción del diario *El Mundo*, cuya primera edición circuló el 3 de febrero de 1958.

---

<sup>19</sup> *Ídem*

En este año el camarada Manuel escribía para la publicación comunista *Tribuna Popular* —por entonces semanario— una página dedicada a la sección internacional llamada *Por mil caminos, el mundo...*, por la que no podían ofrecerle remuneración alguna. Dado que necesitaba un empleo que le permitiera sostenerse, en 1959, al tiempo que colaboraba con el órgano informativo del PCV, comenzó a trabajar para el diario *El Mundo*, donde fungió como jefe de Redacción hasta el año siguiente.

—Decían que los Capriles me tenían becado. Mi horario de entrada era a las siete de la mañana, y yo llegaba a las diez o a las once, medio atarantado porque bebía bastante, pero el trabajo que ellos hacían en cuatro horas yo lo hacía en media hora y no tenían quejas mías. En el 60 me botaron porque el Partido Comunista se peleó con los Capriles y desde entonces comencé a “matar tigres”, como se dice.

Al mismo tiempo se formaba en un espacio que propiciaba el desarrollo intelectual de los estudiantes. “Se respiraba un ambiente grato, de altura intelectual, en el que todo funcionaba muy bien. La UCV era una universidad institucionalizada donde existía un respeto reverencial hacia las autoridades”. De esta manera describe el historiador Germán Carrera Damas el campo universitario que encontró al final de la década de los cincuenta. Regresaba al país luego de diez años de destierro en México y, de inmediato, se incorporó como profesor del preseminario *Técnicas de investigación documental* en la Escuela de Historia.

A través de jóvenes expatriados en Europa que viajaban a México, Carrera Damas había tenido referencias del estudiante bohemio, de aspecto austero y bigote moderado que asistía a sus clases y que, negado a permanecer en silencio ante la discusión de un tema de la cátedra, a menudo “había que mandar a callar”. Ya lo había conocido en Sabana Grande, en una visita que hizo a la librería Cruz del Sur, que editaba la revista del mismo nombre. En esa ocasión le presentaron a Caballero como el autor de la columna sobre política internacional, y estrechó su mano sin saber que, más temprano que tarde, lo vería en un salón de clases, sentado frente a él, objetándole algunos planteamientos.

Caballero fue el único estudiante con quien Carrera Damas quebrantó uno de los principios que regían su función como docente: mantener la debida distancia con sus alumnos, a fin de evitar interpretaciones erróneas sobre las decisiones que, según fuese el caso, tomara con respecto a uno de ellos en las evaluaciones. De manera que, si bien los trataba con respeto y cordialidad, se cuidaba de “fraternizar” con sus estudiantes dentro de las aulas y fuera de éstas. “Manuel fue la excepción, porque él y yo compartíamos muchos puntos de vista ideológicos y culturales, además de la circunstancia del exilio. Mi trato con él fue realmente estrecho”.

Hasta que la relación de profesor y alumno se convirtió en una amistad. “Una vez viajamos juntos a Barquisimeto y conocí a su mamá, una persona encantadora, que lo envolvía y lo protegía porque Manuel era su hijo favorito. Estaba muy orgullosa de él”. Sin embargo, Carrera Damas y Caballero se distanciarían por un tiempo prolongado durante la renovación universitaria de los años sesenta, pues tuvieron diferencias personales por “cuestiones de carácter”. Estas no serían las primeras discrepancias que tendrían.

En 1959, mientras Manuel Caballero fundaba junto a un grupo de jóvenes intelectuales la revista literaria *Tabla Redonda*, Germán Carrera Damas, en compañía de su hermano Gustavo Luis Carrera, Antonio Pasquali, Pedro Duno, Rafael Di Prisco, Orlando Albornoz y Juan Nuño, crearon la revista *Crítica Contemporánea*. Ambas publicaciones tenían propuestas distintas con respecto a la manera como concebían la labor del intelectual. “Los integrantes de *Crítica Contemporánea* tal vez éramos vistos como acartonados, como los académicos clásicos; en cambio en *Tabla Redonda* había intelectuales jóvenes creativos, poetas y literatos que, al lado nuestro, aparecían como bohemios. Manuel nunca intentó incorporarse a *Crítica Contemporánea* y yo tampoco intenté acercarme a *Tabla Redonda*”, apunta Carrera Damas.

Como profesor, le preocupaba el valor que Caballero daba a la amistad con quienes no favorecían la vocación del historiador, sino más bien la del periodista o

la del escritor cuyo fin último es impresionar con su discurso, “lo cual no era negativo, porque sus amigos de *Tabla Redonda* eran intelectuales como él, pero yo veía en él a un historiador en potencia, y me habría gustado verlo concentrado más en la historia. Después lo ha logrado, sin duda, pero en aquel momento era menos aplicado y eso me preocupaba”.

Carrera Damas afirma que nunca vio en Manuel Caballero a un alumno, sino a “alguien que venía al curso a pulir una formación que venía trabajando por cuenta propia desde hacía tiempo. En ese sentido, y no porque fuese autosuficiente, poco le enseñé porque poco tenía que aprender”. Caballero asistía a sus clases de *Técnicas de investigación documental* e *Historia contemporánea de Venezuela*, cátedra que heredaría al inicio de su carrera docente.

**T***abla Redonda* reunía escritores y artistas defensores de la línea del PCV. Era una revista literaria fundada por jóvenes que habían enfrentado la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, habían vivido la cárcel y el exilio y aún no cumplían los treinta años de edad. Ellos eran Rafael Cadenas, Jesús Enrique Guédez, Arnaldo Acosta Bello, Darío Lancini, Jacobo Borges, Régulo Pérez, Ligia Olivieri, Samuel Villegas, José Fernández-Doris, Manuel Caballero y Jesús Sanoja Hernández, quien propuso el nombre de la revista (*Chevalliers de la Table Ronde*) para complacer el afrancesamiento de Caballero<sup>20</sup>.

—Éramos escritores, con la creencia de que escritor es el que escribe poesía o narrativa. A mí nunca me interesó que me dijeran escritor. Jamás me he inscrito en la Asociación Venezolana de Escritores, entre otras cosas, porque tiene fama de ser muy pavosa.

---

<sup>20</sup> *El orgullo de leer*, p. 237.

La revista había surgido cuando el grupo comenzó a darse cuenta de que su vida no sería “la de una pelea por el poder, que es el centro de toda política, sino la de un combate por las palabras, que es el de toda escritura”<sup>21</sup>. Circuló todos los meses durante un año aproximadamente, y los textos que se publicaban bajo su sello eran literarios con matices políticos. El primer fruto que dio la revista fue la publicación de *Los cuadernos del destierro*, originalmente llamado *Cuadernos de un desterrado*, un poemario en el que Rafael Cadenas narra su experiencia como exiliado en Trinidad.

Las reuniones de pauta se concertaban cada semana y se realizaban en *El Olimpo*, un hotel restaurante ubicado en la calle Los Estadios de Los Chaguaramos. Se sentaban a la mesa, comían, bebían y fumaban mientras la tertulia se extendía durante varias horas. Luego de una faena etílica, a menudo Manuel Caballero quedaba sobre la silla rendido por el sueño y, con la cabeza relajada hacia atrás, no se preocupaba más que por roncar. En una ocasión fue sorprendido en tal circunstancia por Lancini y Acosta Bello, que aprovecharon el momento para introducirle un tabaco en la boca. Es casi seguro que la ocurrencia haya provocado un estallido de carcajadas entre los presentes, si se toma en cuenta que, al recordar la broma, hoy Sanoja Hernández la celebra con una risa contagiosa.

Cuenta el poeta Jesús Enrique Guédez que en las reuniones de pauta de *Tabla Redonda* el camarada Manuel aseguraba que estaba escribiendo una novela. “Él escribía fundamentalmente ensayos literarios, pero siempre amenazaba con que iba a sacar una novela para la revista. Él nos decía eso para mantenernos a la expectativa. Nosotros nos preguntábamos: ‘Oye, ¿y la novela de Manuel?’ Y hasta ahora no sabemos de ella. A lo mejor la tiene escondida y en algún momento la saca”.

Para la época existía una agrupación artística-literaria llamada *Sardio*, conformada en 1957 por jóvenes de izquierda y por adecos, entre quienes estaban Adriano González León, Salvador Garmendia, Guillermo Sucre, Rodolfo Izaguirre, Ramón

---

<sup>21</sup> *Memoria de una amistad*, p. 89.

Palomares, Gonzalo Castellanos, Perán Erminy y Elisa Lerner. De acuerdo con Sanoja Hernández, este grupo, a diferencia de *Tabla Redonda*, no tenía participación en el periodismo político de la época. En palabras de Caballero, se trataba de una juventud políticamente menos comprometida, considerada por *Tabla Redonda* como una representación del “elitismo literario”. En 1962 *Sardio* formaría *El techo de la ballena*.

—Nosotros fundamos *Tabla Redonda* para oponernos a *Sardio*, pero fue una tontería. Al final nos dimos cuenta de que pensábamos de la misma manera. Estábamos muy cercanos en política y en los planteamientos estéticos. Nos dimos cuenta de que era fundamental lo que queríamos decir, pero también era importante cómo lo decíamos, porque nos veían como escritores y no como dirigentes políticos.

*Tabla Redonda* carecía de una propuesta estética definida. Sus colaboradores tenían el único propósito de expresar sus inquietudes literarias. A pesar de que eran militantes comunistas, mantenían su labor literaria al margen del partido, pues no deseaban que éste tuviera ingerencia en la revista, la convirtiera en una publicación especial del PCV y, por consiguiente, sus escritos resultaran intervenidos por la ortodoxia comunista.

—Yo pertencí a una generación comprometida políticamente, integrada por contemplativos que una decisión moral llevó a la acción.

Si bien el grupo seguía fielmente la línea del PCV no por ello sus integrantes eran incapaces de cuestionar los principios comunistas. Caballero reconoce que nunca fueron “muy ortodoxos”, aunque hasta entonces ninguno de ellos tenía mayores diferencias con el partido, que respetaba sus actividades en *Tabla Redonda*, ya que eran vistos como jóvenes intelectuales que daban prestigio a la organización. La confrontación llegaría casi diez años más tarde, hacia 1968.

Mientras tanto, Manuel Caballero y Jesús Sanoja Hernández, conformados en una “llave política”, se ocupaban de las labores propagandísticas a favor del partido, escribían para *Tribuna Popular* y colaboraban en otras publicaciones de izquierda y periódicos comerciales. Con la excepción de Sanoja Hernández, que era de los más comprometidos con la política del PCV, entre los miembros de *Tabla Redonda* se respiraba lo que Caballero denomina “un cierto tufillo heterodoxo” en relación con las tesis del partido.

—En otras palabras, Sanoja Hernández era más militante y nosotros más dejados: nos arriesgábamos, cumplíamos con todas las tareas que nos proponían, hacíamos todas las locuras que se podían hacer, pero lo veíamos como un deber.

En mayo de 1962 la administración de Rómulo Betancourt proscribió el PCV, envió a la cárcel a sus principales dirigentes y clausuró el semanario *Tribuna Popular*. De esta manera, los comunistas se refugiaron en la clandestinidad y continuaron desde allí con sus actividades en pro del partido. No obstante, una reducida fracción del PCV, encabezada por Sanoja Hernández y Caballero, quedó eximida de la ilegalidad que cubría a la organización.

A juicio de Héctor Rodríguez Bauza, quien militó en el PCV al lado de Caballero, tras la inhabilitación del PCV Manuel Caballero estuvo entre los comunistas que participaron de manera diligente en las actividades permitidas del partido: “Cuanto periódico tenía el Partido Comunista, que en esa época le suspendían uno y creaba otro, allí estaba Manuel, escribiendo cosas terribles contra Betancourt”.

En efecto, en 1963 Caballero se hizo cargo de la dirección de la revista del partido, una publicación legal llamada *Documentos Políticos*, cuyo director, Pompeyo Márquez, quien era secretario nacional del PCV, había sido reducido a prisión. Márquez era el mismo personaje que había llegado clandestino a París en enero de 1956 y que sus camaradas llamaban Santos Yorme. Con Caballero se había presentado ante Jacques Duclos —miembro del buró político del Partido Comunista Francés— y había recorrido las calles de la capital francesa, con la

precaución de evadir a cualquier venezolano que pudiese verlo y delatarlo ante las autoridades.

La propuesta de dirigir *Documentos Políticos* llegó a Caballero en la Escuela de Historia de la UCV. Estudiaba quinto año de la carrera y se encontraba en uno de los cubículos de profesores, seguramente preparando alguna clase. Se presentó frente a él Luisa Barroso, una estudiante de Periodismo que pertenecía a la Juventud Comunista y que conocía desde hacía un año. A Barroso le habían confiado la búsqueda de un director para *Documentos Políticos* ante la ausencia de Márquez. Ella, de inmediato, le propuso a Guillermo García Ponce —líder ideológico del PCV y responsable de la publicación de la revista— el nombre de Manuel Caballero para continuar con las funciones de Pompeyo Márquez.

García Ponce aceptó la iniciativa de Barroso, y ella, convencida de que sus gestiones resultarían favorables, se dirigió a la Escuela de Historia en busca de su candidato. Lo encontró y le dijo: “Manuel, vengo de parte de García Ponce. Necesitamos que siga circulando *Documentos Políticos* y queremos que tú seas el director”. La respuesta de Caballero fue tal como ella lo suponía: “Cuenten conmigo. El partido cuenta conmigo para lo que sea”. Barroso había saludado por primera vez al camarada Manuel en 1961, en los pasillos de una universidad que era el centro de la política del país: “De allí salían los guerrilleros, que eran los propios estudiantes; se elegía a los candidatos a diputados, se reunían las cúpulas de los partidos políticos a dictar las líneas de acción y se debatía la situación del país. En todas las facultades había grandes dirigentes universitarios. La política estaba en todos los rincones de la UCV”.

La joven comunista había egresado del Liceo Andrés Bello y comenzado sus estudios superiores en la Escuela de Historia en la UCV, donde permaneció hasta que, en 1962, decidió trasladarse a la Escuela de Periodismo. Sin embargo, desde que conoció a aquel Caballero que cursaba el cuarto año de Historia, “del que se sabía que había tenido una vida política muy agitada”, surgió entre ambos una relación amistosa cuya base era la actividad política. “Manuel era bastante

reconocido en la Escuela de Historia. No fue un dirigente universitario sino un estudiante que militaba en el PCV y trabajaba en coordinación con gente del partido”.

La amistad que nació en los albores de 1961 se ha mantenido hasta la actualidad. Barroso cuenta que el Manuel Caballero que recorría los pasillos de la Facultad de Humanidades y Educación sigue siendo el mismo: “Un hombre inteligente, con buen sentido del humor y con una mente joven y abierta. La diferencia es que ahora está insoportable porque es muy ególatra, y a veces se empeña en que las cosas son como él las dice y punto”. Tampoco ha dejado de ser el personaje cuyas bromas despertaban comentarios entre sus compañeros en París, aunque en ocasiones, según Barroso, “tiene juegos muy pesados”. Para el momento en que conoció a Caballero ella era una joven “bastante delgada”. A los pocos meses quedó en estado de un joven que por entonces era su compañero sentimental. Han pasado 45 años y ella no olvida las palabras de su amigo Manuel: “Luisa, tú lo que tienes en la barriga no es un bebé. Es un mamón”.

**H**asta 1963 Manuel Caballero estuvo “matando tigres” como redactor en la revista *Mundo Económico*. Ese año le ofrecieron un empleo como coordinador de comisiones en la fracción comunista del Congreso y pudo terminar su carrera sin contratiempos. Además, en 1962 se había incorporado como colaborador al diario *Clarín*, creado por URD y dirigido por José Vicente Rangel y Luis Miquilena, dirigentes del partido.

A juicio del escritor Adriano González León, *Clarín* se constituyó, desde su fundación en 1962, en “el gran diario de oposición al gobierno de Rómulo Betancourt, y era cerrado cada tres días por las insolencias que publicaba”. Uno de los redactores más irreverentes escribía una columna diaria llamada *Música de cámara* y firmaba con el seudónimo *Hemezé*, que, al pronunciarlo, traduce las iniciales de su nombre.

Se trataba del mismo personaje que en 1948, siendo jefe de los adecos en el Liceo Lisandro Alvarado de Barquisimeto, había creado *Boina*, aquel periodiquito que él y sus compañeros utilizaban como vehículo para manifestar su rechazo contra la recién instaurada junta militar. Por los momentos, la administración del Presidente Betancourt tomaba medidas oficiales contra *Clarín*, pero antes de que una nueva orden de clausura tocara a sus puertas, en diciembre de 1963, Manuel Caballero aprovechaba cada ocasión para dedicarle al gobierno una *Música de cámara*, y ya no como *Hemezé* sino como *Helmismo*.

Al mismo tiempo se unió al equipo del semanario *La Pava Macha*, al lado de José Vicente Rangel, José Herrera Oropeza, Luis Alfredo López Méndez, Luis Miquilena, Kotepa Delgado, Aquiles y Aníbal Nazoa, Claudio Cedeño, “Chun” Morales Urbano, Higinio Yépez, Luis Britto García, Pedro León Zapata y Jaime Ballestas (“Otrova Gomas”), todos unidos por “el odio contra Betancourt”. Aunque ninguno de ellos llegaba a la redacción de *La Pava Macha* “con su FN-30 al hombro y sus granadas en el bolsillo, el periódico quería ser apenas la expresión por la pluma y con la hiel de la guerrilla y de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN)”<sup>22</sup>.

—Tanto *Clarín* como *La Pava Macha* estaban con la guerrilla y contra Betancourt. Eran voceros oficiosos de la extrema izquierda insurrecta. *La Pava Macha* funcionó hasta que Betancourt salió del poder, en 1963, porque su único alimento era el odio hacia él.

Fundado a principios de 1960, *La Pava Macha*, *El semanario que dispara primero y averigua después*, era producto del trabajo de unos nombres que utilizaban el humor como arma política para enfrentar a Rómulo Betancourt. Si bien Caballero asistía a todas las reuniones del semanario, sus escritos aparecían de manera esporádica y eran celebrados, como todos los demás, por la virulencia y el ingenio que destilaban: “Manuel componía textos humorísticos muy agudos e

---

<sup>22</sup> *El orgullo de leer*, p. 129.

incisivos, pero en una conversación echaba unos chistes detestables que no tenían nada de gracia. Todavía es malo contando chistes”, asegura González León.

*La Pava Macha* circuló hasta que su principal colaborador cedió la silla presidencial a Raúl Leoni, en quien Caballero veía la continuación de su antecesor, y lo declaró, por tanto, su adversario. En verdad, Rómulo Betancourt era la pieza clave en la redacción del semanario: “Cada semana una frase suya va a ser comentada y ridiculizada en las más diversas formas. Su estilo churrigueresco, su pipa, sus anteojos, las huellas del acné juvenil (¿o de la viruela?) en su rostro, todo era ocasión de satirizarlo, de insultarlo”<sup>23</sup>. La imagen anterior quedaría incompleta sin añadir que se le cubría con epítetos que ponían en tela de juicio su masculinidad. Algunos de ellos debidos a su tono de voz.

—En un discurso ante la CTV Betancourt atacó a los comunistas diciendo que el PCV no tenía clase obrera porque ella lo apoyaba a él, y dijo: “Permítanme la frase: un partido comunista sin clase obrera es como un arroz con pollo sin pollo”. Entonces le respondí, desde mi columna en *Clarín*, que su gobierno era como un pato a la naranja sin naranja.

Betancourt estaba en lo cierto. Desde principios de la década de los sesenta la mayor cantidad de cuadros que se desarrollaron en el PCV estuvieron compuestos por jóvenes estudiantes, cuyo compromiso y abnegación se traducían en el desempeño de sus actividades en las distintas líneas de acción dictadas por la organización, con la que habían estrechado vínculos por medio de la Juventud Comunista. En consecuencia, mientras se solidificaba la relación entre los estudiantes y el partido éste comenzaba a desvincularse de la clase obrera, lo cual se reflejaba en la escasa dirigencia de origen proletario y constituía una importante debilidad del PCV, que, además, descuidaba la realización de una gestión educativa orientada a desarrollar las aptitudes dirigentes de los activistas de procedencia obrera y campesina<sup>24</sup>. Así, pues, comparar al Partido Comunista

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 130,131.

<sup>24</sup> Rafael Guerra Ramos, *La discusión en el PCV es un proceso necesario. Deslinde*, 15 al 30 de abril de 1970, p. 5.

sin respaldo popular con el arroz con pollo sin pollo, después de todo, no resultaba tan disparatado. En todo caso, el símil era lo que menos importaba al camarada Manuel. Su verdadera intención era ridiculizar a quien lo había construido.

Para el historiador Gustavo León, los mejores textos de Caballero versan sobre los personajes que más ha adversado. Sus lectores encuentran un ejemplo de ello en *Rómulo Betancourt, político de nación*. “Si alguien adversó duramente a Betancourt fue Manuel Caballero, lo que no significa que, como historiador, no pueda estudiarlo. Existe una diferencia entre las afinidades personales y la labor del historiador. Rómulo Betancourt es una figura que ha atrapado a Caballero, sin lugar a dudas”.

La mordacidad y la osadía son dos rasgos definitorios de Caballero que se han manifestado en sus escritos a través del tiempo. Así, con su pluma incisiva y provocadora, apareció su nombre en las distintas publicaciones de izquierda del país en los años sesenta. De igual manera ha continuado hasta el presente, cuando su irreverencia se concentra en los artículos dominicales que escribe para el diario *El Universal*. Manuel Caballero no es hombre de medias tintas; tampoco de los que “doran la píldora”. Es, por el contrario, polémico, beligerante y azuzador: un soberano tábano.

El crítico de cine Rodolfo Izaguirre sostiene que, como *Hemezé*, Caballero “aterrorizaba a sus adversarios políticos” a principios de los años sesenta. Héctor Rodríguez Bauza cuenta que en esa época Caballero escribía “cosas peores de las que dice hoy contra Hugo Chávez. En la columna que firmaba como *Hemezé* era muy punzante. No sé cómo no le dieron unos palos en aquella época y no sé cómo no se los dan ahora. Yo con él no ando en el centro de Caracas ni loco”.

El aguijón de Manuel Caballero parece haberse fortalecido con el transcurso del tiempo. León, quien fue su alumno en 1978 y ha seguido sus escritos hasta la actualidad, lo define de una manera particular: “Caballero es sumamente

irreverente y feroz con su enemigo. Él es como un pitbull: muerde, arranca el pedazo y hay que abrirle la boca con una mandarria porque no lo suelta. A Chávez no lo suelta ningún domingo”.

—En *Clarín* y en *La Pava Macha* yo era mucho más alborotado que hoy porque era joven. Siempre he sido muy vehemente, pero, a diferencia de ahora, que despliego argumentos, en aquellos periódicos lo que hacía era mentar la madre. En *La Pava Macha* echaba vaina y mamaba gallo. En *Clarín* le echaba pestes el gobierno.

A finales de 1963 *Hemezé* echó la última peste sobre el presidente Rómulo Betancourt desde las páginas de *Clarín*. Era inminente la clausura del diario. El mismo Caballero recuerda que “las cosas se estaban poniendo feas” y el PCV temía que lo apresaran, pero a pesar de sus provocaciones y de la virulencia de sus escritos, quedó exento de cualquier sanción: gozaba “de cierta inmunidad” debido a su condición de “periodista conocido”.

Pese a que conservaba la misma energía de sus primeras manifestaciones en Barquisimeto y en Caracas, el camarada Manuel no participó de la lucha armada aunque estuvo interesado en formar parte de su conjunto, puesto que como guerrillero tendría otra manera de fustigar a la administración de Betancourt. Sabía que empuñar las armas con el fin de derrocar al gobierno y acceder al poder era una muestra del autoritarismo que tanto ha aborrecido, pero manifestaba su apoyo a la guerrilla porque representaba un ataque a la autoridad.

—Veía la lucha armada como una pelea que se le daba al gobierno y escribí bastante a favor de la guerrilla. Al final nunca fui a echar plomo, pero colaboré trasladando armas de un lado a otro y escondiendo gente.

Tal sería su interés por tomar las armas que Guillermo García Ponce —entonces jefe militar del PCV en la lucha armada— lo invitó a unirse a los combatientes y le señaló el día en que debía integrarse para comenzar con la faena guerrillera,

pero cuando Pompeyo Márquez y los demás miembros de la dirección del partido lo supieron se negaron a incorporarlo, mientras se decían entre sí: “¿Está loco?! ¡A ese lo matan antes de llegar a la carretera! ¡Si es incapaz de disparar un fusil!”.

El 23 de noviembre de 1963 —precisamente el día en que asesinaron a John Kennedy—, luego de haber obtenido el título de licenciado en Historia por la Escuela de Historia de la UCV, Caballero regresó a Europa después de cinco años. Viajó a Italia por encargo de la dirección del PCV y se estableció en Roma durante un año, en ocasión de estrechar vínculos con el Partido Comunista Italiano, participar en las discusiones que se generaban en su seno, lograr la solidaridad de los camaradas italianos con los presos políticos venezolanos y comprar armas para la guerrilla.

**M**anuel Caballero regresó a Venezuela en 1965, tras haber cumplido con la misión que le había encomendado el partido. Establecido de nuevo en Caracas, participó de manera activa en todas las discusiones del PCV, trabajó en la propaganda política de la organización comunista, fundó y codirigió la revista de arte, literatura e ideas *En letra roja* y se ocupó de la jefatura de Redacción de *El Siglo*, un diario dirigido por José Vicente Rangel que desaparecería después de cuatro meses de circulación por falta de recursos económicos. Y todavía le esperaba otra labor, que se prolongaría por 33 años.

Dado el desempeño que tuvo como estudiante, en distintas oportunidades la Escuela que lo graduó le había solicitado su postulación como docente en el área de Historia. Al principio, Caballero se mostraba renuente ante la petición, ya que entre sus aspiraciones no estaba precisamente dedicarse a la enseñanza, pero poco tardó en ceder. En 1965 volvió a las aulas de clase con la responsabilidad de formar historiadores. Durante la presentación ante sus alumnos el primer día de clases solía decir: “Me llamo Manuel Caballero y soy barquisimetano. La Divina

Pastora es la mejor virgen y Los Cardenales de Lara son el mejor equipo de béisbol. Si ustedes están de acuerdo, podemos empezar a trabajar”.

Inició su trayectoria docente como profesor adjunto de la cátedra de *Historia Contemporánea de Venezuela*, que se dictaba en el quinto año de la carrera y tenía como titular al profesor Germán Carrera Damas. La historiadora María Elena González, quien estuvo entre sus primeros alumnos en 1965, apunta que para entonces Manuel Caballero “era un profesor muy formal, que ya se perfilaba como el académico en que se convertiría con el paso de los años”.

Hacia 1966 la *Historia Contemporánea de Venezuela* quedó a cargo del profesor Caballero, cuya fama de severo empezaba a correr por el pasillo de las aulas infundiendo temor a los estudiantes. La historiadora Rosalba Méndez, quien fue su alumna por aquellos días, lo recuerda como “un docente respetado por sus estudiantes, pero muy temido por sus exámenes porque era inquisidor. En ellos nos planteaba problemas complejos que debíamos resolver con una interpretación y un análisis muy bien sustentado, no con un caletre”.

Si dentro de la Escuela de Historia el perfil de Manuel Caballero distaba de ser el de un docente flexible y simpático, dentro del Partido Comunista su figura se alejaba del militante cuyo objetivo fundamental fuese el enfrentamiento político. Su interés por la actividad política había trascendido el plano del combate para situarse en el terreno de la reflexión. Él mismo se consideraba “un intelectual muy comprometido con el partido”, pero mientras sus camaradas peleaban por razones inherentes a la política interna venezolana y a la orientación del PCV, él empezaba a tejer reflexiones en torno a las discusiones teóricas sobre política que se generaban dentro y fuera de Venezuela.

Ya en 1962, las dirigencias políticas del PCV, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y del Partido Republicano Venezolano (PRV) habían optado por la lucha armada como forma de derrocar al gobierno del presidente Rómulo Betancourt y tomar las riendas del país. Sin embargo, tres años más tarde

los dirigentes del PCV Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Freddy Muñoz manifestaron su decisión de abandonar la lucha guerrillera rural.

Después del repliegue, en el año 65, en el seno de la organización comunista se produjeron fricciones entre los máximos líderes del partido, pues algunos de ellos estaban en desacuerdo con el cese de los movimientos guerrilleros. El camarada Manuel, que en un principio había apoyado las acciones de la lucha armada, estuvo entre los militantes que respaldaron la decisión de replegarse.

—Me pareció una soberana locura la propuesta del MIR y del PRV de seguir la lucha armada. Después ellos mismos se dieron cuenta de que era un disparate, entre otras cosas, porque Venezuela ya no era un país campesino sino urbano. Entonces, ¿qué iban a hacer en un chiribital por allá donde no había ni campesinos? Era una locura estimulada y financiada por Cuba en aquel momento.

En 1959 Fidel Castro y las fuerzas guerrilleras que enarbolaban la bandera de la revolución y luchaban contra la dictadura de Fulgencio Batista tomaron las riendas de Cuba. La Revolución Cubana representaba “el ideal de libertad de los países sumidos en la injusticia y desigualdad que deciden liberarse a partir de sus propias fuerzas. Icono de los sueños de emancipación de los pueblos oprimidos y de lucha antiimperialista, orienta [e] incide en el rumbo de las gestas libertarias de la mayoría de las corrientes humanistas, marxistas y revolucionarias del continente americano”. Así, en la década de los sesenta Cuba era vista por los países tercermundistas como un referente político-moral. Para la época, el triunfo de la fuerza insurgente en la isla caribeña tuvo influencia en los grupos izquierdistas venezolanos, lo cual se comprobó con el surgimiento de la relación histórica entre la Revolución Cubana y la izquierda venezolana<sup>25</sup>. De allí que en Venezuela los años sesenta estuvieran signados por la proliferación de las guerrillas.

---

<sup>25</sup> Luis Bonilla-Molina y Haiman El Troudi, *Historia de la Revolución Bolivariana. Pequeña crónica. 1940-2003* (libro digital). Caracas, Ediciones Gato Negro, 2004, p. 32.

La vida urbana en esta década se caracterizó por la frecuencia de huelgas estudiantiles, el surgimiento de los hippies y las patotas delincuentes, la llegada del twist y el rock and roll y los primeros estragos de la droga. En estos años la paz y la tranquilidad de los venezolanos comienza a desaparecer y la seguridad no volverá ser la misma. Desaparece el mercado principal de la esquina de San Jacinto, se obliga a la población a comprar en las calles por porciones de dos y tres kilos y en los supermercados todo se consigue empaquetado en bolsas de uno y dos kilos. Hasta los plátanos y las naranjas se venden por kilos. Las autoridades municipales emplean agentes de policía que lo primero que aprenden es a martillar buhoneros y a cuidar los supermercados cobrándoles el servicio. El área metropolitana avanza a sus anchas, específicamente hacia el Este, cubriendo los espacios vacíos existentes entre Sabana Grande, Chacaíto, Chacao, Los Palos Grandes, Los Dos Caminos, Boleíta y Petare<sup>26</sup>.

En 1967 Manuel Caballero residía en la Parroquia Altagracia, de Canónigos a Santa Bárbara, en el noveno piso de un edificio cuyo nombre prefirió olvidar luego del 29 de julio de aquel año. Entre las 8 y 9 de la noche de ese día un violento terremoto de magnitud 6.0 en la escala de Richter sacudió a Caracas, Los Teques, Maracay, Valencia, Puerto Cabello, Barquisimeto, Cumaná y San Cristóbal. Tras los primeros movimientos de la tierra, la gente salió de los edificios y se echó a la calle. Manuel Caballero, espantado, hizo lo mismo; y al día siguiente, apenas vio la oportunidad, viajó a Barquisimeto con la intención de olvidar los embates del sismo. Volvió a Caracas después de que todo regresó a la normalidad, pero jamás pisó de nuevo aquel edificio. A pesar de su fama de aguerrido y temible, don Manuel ha sido toda la vida un miedoso: lo atemorizan los perros, los aviones, los terremotos y, sobre todo, las mujeres, “que siempre terminan imponiendo su voluntad”.

Como decía don Manuel, en los años sesenta Venezuela dejó de ser un país de chiribitales. Desde principios de la década se produjo un éxodo poblacional del campo hacia la ciudad que convirtió al país en un conglomerado de ciudades.

---

<sup>26</sup> *Caracas nueva rica. Caracas...ayer y hoy*, p. 238, 239.

Caracas recibe nuevos habitantes y se expande. La capital es otra. Los venezolanos, en general, también han cambiado. La juventud tiene nuevas inquietudes, distintas expectativas. Y con este escenario de fondo, el Partido Comunista se ha puesto viejo.

**C**orre la segunda mitad de 1968 y sobreviene la crisis en el mundo socialista. La repercusión en el PCV es instantánea: se genera una crítica interna dentro de la organización, que viene cargando con el pesado lastre del fracaso de la guerrilla. La consecuencia de la autocritica en el seno comunista se verificará en la práctica, cuando en diciembre de 1970 ocurra la escisión que conduzca a la formación de un nuevo organismo político.

La división del partido tuvo su origen en un debate que se produjo como consecuencia de la derrota insurreccional sufrida por la izquierda venezolana — comprometida con el derrocamiento de los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni— durante los años 60. De acuerdo con Pompeyo Márquez, por entonces dirigente del PCV y hoy presidente de la Fundación Gual y España, para el momento se dieron cuenta de que “más que un fracaso militar era un fracaso político, y cuando buscamos sus causas nos encontramos con que había también una derrota ideológica. Entonces había que revisar el marxismo y sus dogmas”.

Los golpes recibidos por el partido y su Juventud Comunista, además del escaso respaldo popular a la lucha guerrillera, originaron un acompasado proceso de rectificación política entre 1967 y 1968, cuando los cuadros dirigentes semilegales del PCV formaron el partido Unión Para Avanzar (UPA) con el fin de participar en las elecciones presidenciales de 1968, que ganaría Rafael Caldera, candidato por Copei. En este escenario de revisiones y disquisiciones “se inició y desarrolló una apasionada discusión teórica sobre numerosos temas relacionados con el destino de la revolución y el movimiento socialista internacional. Problemas como la caracterización de Venezuela, las vías para la construcción del socialismo, y el

tipo de partido para la revolución, fueron algunos de los temas centrales que ocuparon la atención de los comunistas en aquellos tiempos”<sup>27</sup>.

A lo anterior sumaba otro motivo: la invasión militar soviética a Checoslovaquia en agosto de 1968, que sacudió el ya desestabilizado bloque socialista. Para algunos miembros del PCV —entre quienes se encontraban Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Freddy Muñoz, Germán Lairet, Antonio José Urbina, Luis Bayardo Sardi y Manuel Caballero— la irrupción en Checoslovaquia había significado el derrumbe del socialismo real, “de rostro humano” —que proponía el líder del Partido Comunista Checo, Alexander Dubcek— en el que ellos creían, y que, según Márquez, se traducía en una democracia con contenido y justicia social. “Cuando se analiza la primera etapa del comunismo, que es el socialismo, se demuestra que a lo largo de 70 años de la Unión Soviética no hubo socialismo. Y no sólo eso: estaba implícita la dictadura del proletariado, que sentaba las bases para el totalitarismo y para la liquidación de una sociedad plural”.

El órgano que recogió las grandes discusiones teóricas en torno al PCV fue *Deslinde*, un quincenario que circularía hasta 1971 y que estuvo bajo la dirección de Héctor Rodríguez Bauza, quien era visto como una suerte de “comisario ideológico” entre los militantes de la organización. En una página completa, nombres prominentes de la organización —Eduardo Machado, Pompeyo Márquez, Jesús Faría y Teodoro Petkoff, entre otros— exponían sus posturas en relación con los conflictos internos y externos del PCV, con lo cual abonaban el terreno donde se produciría la división del partido. Y, con ello, el distanciamiento ideológico entre Sanoja Hernández y Caballero, que habían funcionado como una “llave política” inseparable desde 1958, y también tomaban parte en el debate.

—Hay un artículo que publiqué en *Deslinde*, y que tuvo fama en su momento, en el que me metía con Jesús Faría. Era la primera vez que a alguien se le ocurría meterse con él. Yo había publicado algunas cosas y él escribió un artículo contra mí. En realidad su intención era atacar a Teodoro, que era miembro del comité

---

<sup>27</sup> Freddy Díaz. *MAS apuntes sobre la historia del MAS*. Caracas, Secretaría Nacional de Propaganda del MAS, 1992, p. 3.

central del PCV, pero por no atacarlo a él me atacó a mí, y le salí muy cargado en un texto que llamé *Una respuesta innecesaria*, porque sabía que él no iba a leerlo.

Simultáneamente, Petkoff publicó en 1969 el libro *Checoslovaquia: el socialismo como problema*, en el que cuestionaba la intervención soviética y criticaba el socialismo real y su lado represivo. El texto causó malestar entre los líderes ortodoxos del PCV, lo cual le valió, a finales de 1970, la expulsión de las filas de la organización. Con él se retiraron, entre otros militantes, Márquez, Muñoz, Lairret, Urbina, Sardi y Caballero. Así, mientras Sanoja Hernández continuaba al lado de las figuras dogmáticas del partido —Jesús Faría, Guillermo y Antonio García Ponce, Pedro Ortega Díaz, Héctor Mujica y Eduardo y Gustavo Machado, éste último su padre político—, Caballero siguió la línea de los disidentes. A pesar de ello, la amistad que habían cultivado en los corredores de la antigua UCV se mantendría intacta.

Para entonces, la idea de quienes se habían separado de la organización comunista era dar el salto hacia un nuevo partido. En este contexto, la revista *Cambio*, fundada en 1968 por los camaradas disidentes, fue fundamental para dar ese salto, pues ella reflejaba la revisión teórica y la crítica en torno a los tradicionales esquemas dogmáticos que seguía el PCV como una suerte de catecismo. Al mismo tiempo, *Cambio* resultaba una experiencia fructífera para Caballero, quien desde sus páginas publicaba la columna *Esto será noticia en el mundo* y largos ensayos emancipados del estilo periodístico que entonces caracterizaba su pluma.

—Empecé a escribir ensayos largos, algunos con mucha vehemencia, tratando de no quedarme en lo superficial. Allí dirigí el combate abierto contra el estalinismo y el análisis de la figura de Stalin. Publiqué un trabajo llamado *La sombra de Koba*, que era el seudónimo de Stalin, donde hacía crítica a fondo contra el estalinismo y proponía la manera de liberar al partido de eso. Por cierto, Sanoja decía que ese artículo mío era pura coba.

**E**l desmembramiento del PCV no fue el único hecho que vivió Caballero en 1968. Ese mismo año la UCV fue escenario de un movimiento estudiantil que perseguía reformas académicas y administrativas dentro del campo universitario, y que se manifestó de distintas formas en cada facultad. Este hecho pasaría a la historia con el nombre de renovación universitaria.

El psicólogo José María Cadenas explica que el movimiento de renovación universitaria tuvo una vertiente política y una académica. La primera es consecuencia de la derrota militar de los movimientos guerrilleros de izquierda, entre cuyos activistas había profesores y estudiantes universitarios comprometidos con la política nacional, “y ese compromiso tan grande se volcó hacia la Universidad”. A esto se unió al cuestionamiento sobre la formación académica que recibían los estudiantes de la época, y que había comenzado a plantearse en el seno de la Universidad. “Los nuevos decanos hablaban de la necesidad de transformación de la Universidad, de la corrección de sus fallas internas y, sobre todo, del retraso en la educación superior de la UCV con respecto a la educación superior del resto del mundo”.

La renovación tuvo características distintas según las facultades, e incluso en las escuelas. En la Escuela de Historia el movimiento tuvo como propulsores a Germán Carrera Damas, María Elena González, Manuel Caballero y Josefina Gavilá, y se vivió como un proceso conflictivo que estuvo penetrado por la confrontación política. Así lo afirma González: “La renovación creó muchas fricciones, que llegaron al terreno personal, entre los estudiantes y las autoridades de la Escuela. Fue un movimiento muy problemático, parcialmente académico pero también político”.

Para el momento, la Escuela estaba bajo la dirección del profesor Germán Carrera Damas. En su opinión, el proceso de renovación universitaria degeneró en un reflejo político de los movimientos guerrilleros. “A pesar de que la Escuela de Historia fue pionera en el proceso de renovación, estábamos de acuerdo con una

renovación académica, científica y profesional, no con un sucedáneo político de la guerrilla, que fue en lo que terminó”.

El entonces rector de la UCV, Jesús María Bianco, tampoco veía con buenos ojos la excesiva intromisión de la política en el campo académico, si bien estaba conciente de que la renovación era un proceso que movía diversos intereses, y que expresados políticamente repercutían en la vida de la UCV. No obstante, desde las páginas de *Deslinde* exhortaba a las fuerzas políticas “para que no permitan que motivaciones circunstanciales puedan incidir en un asunto de tanta trascendencia para el país como lo es la reorientación de la actividad universitaria”<sup>28</sup>.

En cuanto a las reformas académicas, la historiadora Josefina Gavilá sostiene que, en la Escuela de Historia, el planteamiento medular era la creación de un plan de estudios orientado a formar profesionales “que no fuesen únicamente profesores, sino investigadores en un país donde la historia estaba por escribirse. Se trataba de incluir materias donde hubiese menos cuento de la historia y más análisis”. Los resultados fueron favorables: se creó un nuevo pensum de estudios con un carácter más científico y menos positivista, que incorporó, entre otras, las cátedras de *Historia contemporánea de los Estados Unidos* y *Demografía histórica*, y que continúa vigente.

De acuerdo con Caballero, la renovación universitaria es un proceso de largo alcance que, en la actualidad, está pendiente, pero no obedece únicamente a la estructura universitaria, como se creía a finales de los años 60. También se refiere a la calidad de estudiantes que ingresan, algunos de los cuales entran a las aulas de clases arrastrando fallas en su formación básica y media.

—No se puede enseñar Historia a quienes de casualidad saben cómo se llaman y cometen faltas de ortografía hasta por teléfono. La renovación universitaria comienza por debajo y es de largo alcance. En el momento en que estábamos

---

<sup>28</sup> *La renovación será impulsada en la UCV* en *Deslinde*, mayo de 1969, p. 8.

haciendo la renovación la gente quería que fuera para ya. Eso siempre pasa y es nuestra desgracia, porque queremos todo para ya.

La renovación universitaria no sólo trajo como consecuencia reformas académicas y administrativas. En 1969, año en que comienza el primer período presidencial de Rafael Caldera, la UCV fue intervenida y cerrada por más de un año debido al descontrol ocasionado por la penetración de la política en el campo universitario. Con el allanamiento a la Universidad vino la expulsión de un grupo de profesores que había participado en el movimiento reformista. Entre ellos figuraba Manuel Caballero.

—Yo no era partidario de la intervención del gobierno en la Universidad, pero tampoco estaba de acuerdo con la gente de la ultraizquierda, representada por el MIR y el PRV, que había embochinado la Universidad y la quería destruir, porque así lo decían.

Antes de la clausura de la UCV, las autoridades rectorales habían impuesto la figura de Félix Adam como decano de la Facultad de Humanidades y Educación. Tras el cierre, la Escuela de Historia se propuso continuar con sus actividades académicas y para ello consiguió en alquiler una quinta en Los Caobos, donde funcionó hasta la reapertura de la Universidad. Sin embargo, Caballero, en desacuerdo con la imposición del decano Adam, quien por cierto era adeco, se negó a asistir a la sede provisional de la Escuela de Historia, al mismo tiempo que continuaba reprobando las acciones de los grupos de izquierda que habían iniciado las acciones en la Universidad.

—Por un lado me oponía a la gente de la ultra y por otro me oponía al decano, porque a través de él me estaba oponiendo al gobierno. Como estaba en medio de los dos bandos, me declaré en huelga y dije que no volvía más a esa vaina. Yo decía que me habían atacado la extrema izquierda, la extrema derecha y el extremo centro. Me expulsaron de la Universidad por un año, hasta que eligieron

nuevas autoridades, me llamaron, borraron eso de mi expediente y me devolvieron mi plata.

Así ocurrió. Se realizaron las elecciones de las autoridades universitarias, en las que resultó electo José Rafael Neri como rector. Al mismo tiempo, el decanato de la Facultad de Humanidades y Educación quedaba a cargo de Edmundo Chirinos y la dirección de la Escuela de Historia pasaba a manos de Oscar Abdala. De esta manera Caballero pudo reintegrarse a la plantilla de profesores de la Escuela de Historia, que en 1975, durante el primer período presidencial de Carlos Andrés Pérez, estaría bajo su gestión. Por los momentos se dedicaba a impartir sus clases. Y, sin duda alguna, a la reflexión política.

Como resultado del cisma que separó las filas del Partido Comunista de Venezuela cuando finalizaba la década de los sesenta, el grupo de comunistas disidentes fundó un partido político sobre la base de la creencia en el socialismo como la más alta forma de democracia. Así nació el Movimiento Al Socialismo (MAS), cuyo Congreso Constituyente se instaló el 14 de enero de 1971 en el Club de Solaz, en Caño Amarillo, Caracas.

Cuatro días más tarde se aprobó la declaración política de la nueva organización y se presentó ante el país su primera dirección nacional, integrada, entre otros, por Eleazar Díaz Rangel, Germán Lairret, Argelia Laya, Freddy Muñoz, Luis Bayardo Sardi, Eloy Torres, Héctor Rodríguez Bauza, Antonio José Urbina, Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez y Luis Evaristo Rodríguez<sup>29</sup>. Estos dos últimos fueron designados secretario general y presidente del partido, respectivamente. Entre los militantes de la organización se encontraba Manuel Caballero, quien en 1979 se incorporaría como miembro de la dirección nacional y sería —durante un día— diputado suplente por el estado Lara ante el Congreso nacional.

---

<sup>29</sup> *MAS apuntes sobre la historia del MAS*, p. 10, 11.

El MAS aparecía definido como “una organización política que se propone la transformación socialista de la sociedad venezolana, desde una perspectiva de justicia, democracia profunda y libertad. En esa aspiración se expresa el ideal de una sociedad en la cual sean suprimidas progresivamente las bases de la dominación económica, y que marche en el sentido de la superación de las desigualdades en la distribución de la riqueza”. El ideal de sus fundadores era lograr la vinculación del nuevo partido político con las clases populares. Así, el MAS debía “ser intérprete de las aspiraciones y necesidades de los obreros, campesinos, empleados, profesionales, técnicos y demás trabajadores manuales e intelectuales, de los pequeños y medianos productores de la ciudad y del campo; de las mujeres y de los jóvenes; de los marginados, de las comunidades indígenas y demás minorías oprimidas y, en general, de todos aquellos que deseen una sociedad más justa”<sup>30</sup>.

En agosto de 1972 el periodista y escritor Gabriel García Márquez obtuvo el premio literario *Rómulo Gallegos* que le hizo merecedor de 22.500 dólares, que donó íntegros a la nueva organización, con lo cual se fundó *Punto*, su órgano informativo<sup>31</sup>. Cada domingo *Punto* circulaba acompañado de un suplemento llamado *Punto en domingo*, cuyos directores eran Luis Bayardo Sardi y Manuel Caballero, a quien en una ocasión incoaron un juicio —que no pasó a mayores— por la publicación de unas barajitas hindúes eróticas, que estaban proscritas por su contenido sexual.

Caballero contribuyó a la fundación del nuevo partido con su primer libro, *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*, publicado en 1970, cuyos planteamientos envuelven una crítica en torno a las tesis de Lenin sobre el desarrollo desigual como ley absoluta del capitalismo, que justifican, por consiguiente, un desarrollo desigual del socialismo. Ya en las primeras páginas el autor advierte que éste “no significa simplemente avance de los países donde primero triunfó la clase obrera sobre los que se incorporaron después al área socialista, sino la independencia que supone una interdependencia socialista,

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 36, 37.

<sup>31</sup> Teodoro Petkoff, *Doz izquierdas*. Caracas, Alfadil, 2005, p. 16.

siendo como debe ser esta sociedad el contrario de la capitalista cuyo sistema presupone lazos de sujeción”<sup>32</sup>.

—La fundación del MAS permitió ampliar mis horizontes intelectual, político e ideológico. A partir de ese momento yo comencé a escribir y a reflexionar teóricamente con mayor constancia. De esa inquietud, y de mi formación histórica en la Escuela de Historia de la UCV, provienen todos mis trabajos posteriores.

Manuel Caballero abandonó la organización en 1998, cuando el partido decidió respaldar la candidatura a la presidencia de Hugo Chávez. Sin embargo, su retiro ya parecía haberse anunciado quince años antes. A partir de 1983 empezó a distanciarse de la organización, pues ésta, que se proclamaba como una fuerza de cara al país, “había comenzado a mirarse sólo el ombligo, y cuando uno está en esa incómoda posición, lo que muestra al país no es precisamente la cara, como se había jactado de hacerlo el MAS en sus inicios”<sup>33</sup>. Su alejamiento se produjo de manera gradual, hasta que en 1998 rompió definitivamente su vinculación con el partido naranja.

—Cuando decidieron apoyar a Chávez los mandé para la mismísima. En el artículo que escribí sobre mi retiro les decía: “De mí no esperen que me convierta en un lameculo de los militares”.

---

<sup>32</sup> *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*, p. 18.

<sup>33</sup> Manuel Caballero, *Con saliva de loro*. *El Universal* digital, 5/10/1997, Opinión.

## V. EL MATRIMONIO CON LA ESCRITURA. Y CON LA POESÍA

No se es escritor por haber elegido decir ciertas cosas, sino por la forma en que se digan.

*Sartre*

La más noble función de un escritor es dar testimonio, como acta notarial y como fiel cronista, del tiempo que le ha tocado vivir.

*Camilo José Cela*

(Escritor español)

El amor que nace súbitamente es el más tardo de curar.

*Jean de la Bruyère*

(Escritor francés)

**S**on casi las diez de la mañana. Don Manuel Caballero acaba de ponerse al día con las informaciones que reseñan los periódicos que acostumbra leer cada mañana y, sólo después de haber enviado su artículo dominical para *El Universal* a través del correo electrónico, se dispone a escribir las líneas finales de su nuevo vástago de papel, la compilación de trescientos ensayos sobre historia, literatura y relatos personales que ha decidido titular *No más de una cuartilla*, pues ninguno de ellos excede de una página.

Se ha propuesto concluir el libro esta mañana. Busca entre sus archivos digitales, abre el documento y relee la última cuartilla. Tras escasos minutos, retoma el argumento central del texto y su mente comienza a engranar las reflexiones que harán funcionar sus dedos sobre el teclado. Después vendrá lo que él llama “la carpintería”: “Vamos a quitarle esto. Vamos a ponerle aquello”. Para él, esta ha resultado la tarea más gratificante y productiva del oficio de escribir. También la que lo ha enamorado más de la escritura. Entre tachaduras y correcciones deja de ser periodista y se convierte en escritor.

Manuel Caballero debe su formación periodística a la labor que desempeñó en los distintos diarios comerciales y partidistas de los años sesenta, en los que fungió como jefe de Redacción y columnista de opinión. Quienes fueron sus alumnos, y no sólo durante la década de los sesenta, lo recuerdan como un profesor que

compartía la actividad docente con el trabajo político y periodístico. De esta manera lo conoció Gustavo León: “Caballero escribía una columna de humorismo y sátira política que dejaba una reflexión. Lo interesante era que, siendo bastante satírico, no llegaba a la ofensa ni a la descalificación. Ha sido una de las mejores columnas humorísticas que ha existido en la prensa”.

León se refiere a *O sea*, una columna que en 1979 le valió a Manuel Caballero el Premio Nacional de Periodismo (Opinión). Se trata de un artículo semanal que publicó el diario *El Nacional* entre 1976 y 1978, y en el que su autor se expresaba a través de un personaje al que dio vida y bautizó como *Sebastián Elchamo*, un jovencito que no entendía el mundo de los adultos y se quejaba por ello.

Ya desde 1961 Caballero era columnista del diario *El Nacional*. Antes de la aparición de *Sebastián Elchamo* —el nombre hacía referencia a Sebastián Elcano—, cada semana escribía una sátira política que firmaba con el mote de *Jasón*. Para la época circulaban periódicos comerciales en cuyas páginas de opinión escribían distintas plumas que se suscribían a un mismo concepto: representaban a un anciano que se quejaba por lo incomprensible que le resultaba el mundo de los jóvenes, lo cual a Caballero le parecía una tontería. De manera que un día imaginó la contraparte de este personaje y la forma de contrastar su lenguaje con el del contrariado viejecito. Así nació *Sebastián Elchamo*.

—El nombre de la columna era por burlarme de los chamos, que decían “o sea”. Al principio sólo escribí dos, pero a los lectores les gustó tanto que empezaron a reclamarla todas las semanas y seguí escribiéndola. Entonces ya no sólo tenía la de *Jasón*.

Don Manuel sostiene que el verdadero escritor es el periodista, y el narrador, o quien se considere escritor, debería llamarse tachador y, por tanto, está obligado a mutilar sus textos en función de lograr la concreción de la palabra. Aunque nunca le ha gustado decirlo, hoy él mismo se siente escritor, y esta condición la atribuye a su preocupación por la pertinencia de las palabras en la construcción de sus

escritos. Ya a partir de 1959, con la creación de la revista literaria *Tabla Redonda*, su interés trascendió lo que quería decir y se concentró en cómo decirlo. Cuando supo que sus artículos captaban cada vez más lectores de la prensa en general, descubrió que la gente no sólo se fijaba en lo que escribía, que entonces era lo fundamental para él, sino también en cómo lo hacía. Con los años se ha vuelto “sumamente maniático” con la utilización del lenguaje.

Caballero, que tiene facilidad para escribir —según dice, desgraciadamente—, reconoce que a menudo se deja seducir por alguna frase y ha llegado a creer que es correcta porque está bien escrita. Entonces recuerda que el impacto de León Trotsky sobre los intelectuales comunistas se debía, precisamente, a la manera como estaba concebido su discurso, y que “la barrabasada más grande que pudiera decir estaba tan bien dicha que a todo el mundo se le salía la baba”. En todo caso, el qué y el cómo son concomitantes en la escritura. “Una cosa no va sin la otra”, piensa don Manuel, al mismo tiempo que se pasea por las líneas finales del ensayo número trescientos y coloca un punto final. *No más de una cuartilla* está listo para “la carpintería”.

**H**acia 1974 Manuel Caballero se perfilaba como sucesor de Oscar Abdala en la dirección de la Escuela de Historia durante el período académico 1975-1978. La responsabilidad de nombrar al próximo director de la Escuela recaía sobre Edmundo Chirinos, decano de la Facultad de Humanidades y Educación. Como era la norma, los profesores de la Escuela, agrupados según su tendencia política, se reunieron con Chirinos con el propósito de presentarle sus aspirantes a director. Uno de estos grupos apuntaba a Manuel Caballero como candidato natural y lo postularon. No obstante, surgió un detalle en contra de quienes lo promovían: él mismo se negaba a asumir la dirección. Pasaron algunas semanas y la lucha por convencerlo parecía cada día más inútil.

—Y yo escondiéndomele a Chirinos porque sabía que él quería nombrarme director, hasta que un día me llamó a las tres de la mañana a mi casa. Ya no me le pude seguir escondiendo. Me convenció y tuve que decirle: “Está bien, acepto”.

Se acordó una segunda reunión con los docentes de la Escuela y el decano Chirinos. Cada uno de los grupos docentes —conformados, entre otros, por copeyanos, adecos y ultraizquierdistas— continuaban insistiendo en sus candidatos. Algunos de los presentes aseguraban que ninguno de sus aspirantes había accedido a postularse y, por esta razón, se propusieron ellos mismos. Fue entonces cuando Chirinos tomó la palabra y manifestó tener un candidato, que además ya había aceptado la dirección de la Escuela. Al pronunciar su nombre, en la sala se escuchó casi al unísono: “¡¿Qué?! ¡¿Ese carajo?!”.

—Y entonces me cayó todo el mundo encima, pero no me fue mal. Me acataban, pero también me respetaban. Los muchachos siempre me escuchaban. Y casi no me ocupaba de cosas administrativas, porque eso me fastidia mucho.

En efecto, León comenta que Caballero “era un excelente profesor, pero un pésimo administrador. Cuando él era director, la Escuela de Historia vivía cerrada. Él detesta los trabajos de carácter administrativo. Tampoco le gusta la rigidez en la academia. Eso de estar cumpliendo horarios, de tener que estar en un lugar a determinada hora, de que lo tengan amarrado. Él no se cala eso”. En cuando a lo último, Josefina Gavilá, quien para entonces trabajaba como coordinadora en la Escuela, coincide con León: “Manuel no soportaba las cuestiones burocráticas, las reuniones, la organización de actividades, todas las labores propias de una escuela”.

Así, pues, en la parcela académica Caballero estaba al frente de la Escuela de Historia y comprometido con la labor docente. Ya no sólo era el profesor de *Historia contemporánea de Venezuela* en quinto año; también dictaba clases de *Historia de las ideas políticas* en tercer año. Si bien fue un profesor respetado por sus estudiantes, también es de reconocer que provocaba miedo. O al menos lo

inspiraba en María Soledad Hernández, quien se contaba entre sus alumnos para 1977 en el curso de *Historia de las ideas políticas*: “Yo sentía por él muchísimo respeto, y hubo un momento en el que llegué a tenerle miedo. Él metía miedo, o por lo menos a mí me metía miedo. Era gruñón”. Hernández era una joven tímida, incapaz de acercarse al profesor Caballero, en quien no encontraba receptividad. “No era una persona simpática, cálida, sino más bien distante, y eso no me ayudaba en lo absoluto, por mi timidez. No me ofrecía confianza para acercarme a él y nunca lo hice en aquel momento. Me acerqué a él después, pero cuando fui su alumna jamás”.

No obstante, señala que fue uno de los docentes que dejó huellas en su vida profesional. “Lo admiré desde el primer día de clases y lo sigo admirando. Manuel Caballero fue para mí un modelo de academia, de venezolanidad, porque él era uno de esos venezolanos integrales, esas personas como las que el estudiante buscaba. Sus clases eran un ejemplo de academicismo. Uno estaba sentado frente a un académico de la historia y eso para mí era lo más importante”.

Y era severo en las evaluaciones. De acuerdo con Hernández, los exámenes que aplicaba Caballero generaban presión a los estudiantes, pues les reclamaba precisión y pertinencia en los planteamientos. Con él no valían las aproximaciones: “Nada de irse por las ramas. Más que exámenes eran composiciones, en las que teníamos que hacer esquemas mentales y después escribirlos con coherencia. Había que tener mucho cuidado con los juicios de valor, porque a él no le gustaba que los hiciéramos si no era con propiedad”.

El profesor Caballero también acostumbraba evaluar a sus alumnos de forma oral. Aunque Hernández no conoció esta metodología, sabe, por las referencias que tenía de los compañeros de años superiores, que estas evaluaciones “eran de terror”. Más que los escritos, los exámenes orales de Caballero hacían cundir el pánico entre los futuros historiadores. De ello da fe León: “Aquellos exámenes eran terribles y, como éramos cursos de cincuenta estudiantes, duraban como tres semanas, lo cual era prolongar un sufrimiento porque ninguno quería entrar de

primero. Si los que entraban contestaban bien se iba sintiendo cómodo, y eso lo sabíamos por las preguntas nos hacía después; pero si, por el contrario, los anteriores habían puesto la torta, se iba molestando y se ponía peor”.

León cuenta que en una oportunidad quedó “petrificado” ante el planteamiento que Caballero le formuló en una evaluación oral. Sin embargo, de inmediato pensó: “Nada. La única manera de que me raspe es matándome”. De manera que le contestó y dejó el aula con la certeza de que había respondido bien, aunque su cara todavía reflejaba la tensión que sintió cuando escuchó la pregunta. Al verlo salir, una compañera, que era la siguiente en orden de entrada, se asustó tanto que comenzó a llorar y se negaba a pasar. “Entonces la metí en el salón y cerré la puerta. Quedó ella sola con Caballero, que la veía llorar a moco tendido y la ignoraba, y en la medida en que él le preguntaba ella lloraba más. Al final salió aterrorizada. Y, por supuesto, con un 01. No recuerdo su nombre, pero cuando me ve me dice que soy el responsable de todo su estrés y de sus nervios de aquel momento, porque hice que se inscribiera con Caballero. Ella volvió a tomar *Historia de las ideas políticas* cuando supo que él se había ido al exterior. Más nunca lo quiso ver”.

A juicio de León, Caballero “era un profesor muy bueno y exigente, sobre todo con sus alumnos de *Historia contemporánea de Venezuela*, pero como evaluador era muy duro y tardaba semanas en entregar las notas de los exámenes. Sus clases eran impecables y dominaba muy bien las ideas. Era fascinante escucharlo hablar de *El Príncipe* y de los socialistas utópicos. Cada clase era una conferencia”.

Manuel Caballero está lejos de ser un profesor recordado por su bonhomía y simpatía. Todo lo contrario: en clases era irónico y ante una pregunta tonta se mostraba intransigente, pero fuera de las aulas mantenía un trato amable con los estudiantes, en quienes despertaba respeto y admiración, además del respectivo temor.

—Yo era muy severo corrigiendo. Mis alumnos estudiaban mucho para mis exámenes porque me tenían terror, pero eso no fue tan malo. Después los mejores estudiantes me buscaban para que fuera su tutor en los trabajos.

No cabe la menor duda: Caballero era un acicate para los estudiantes. De esta manera lo define el historiador Elías Pino Iturrieta, quien por entonces era su colega de labores docentes. “Los exámenes que aplicaba no eran elementales. Por el contrario, era temido porque planteaba preguntas y problemas complejos, no para fastidiar a los alumnos sino para estimularlos y despertar su curiosidad por el estudio de la historia. No se conformaba con que repitieran de caletre los textos: quería que leyeran los documentos históricos y los interpretaran”.

Manuel Caballero era un profesor inflexible, sí, pero no por ello injusto. Si un estudiante le manifestaba inconformidad con su calificación, atendía su inquietud y discutía con él sus observaciones, y sólo si recibía argumentos válidos consideraba su evaluación. Pese al temor que despertaba en los estudiantes, durante los 33 años de su actividad docente sus cursos fueron muy concurridos, y con frecuencia dictaba conferencias y seminarios en las escuelas de Letras y Filosofía de la UCV.

La imagen que León conserva del Caballero del año 78 es el de un profesor de aspecto bohemio, cabello largo y bigote poblado, que exhibía sobre su cabeza una boina vasca de color azul oscuro y vestía ropas anchas: usaba blue jeans y guayaberas, en cuyos bolsillos sobresalía “cualquier cantidad de bolígrafos”. El cuadro lo completa Hernández: “Ya para aquel tiempo era regordete. Lo recuerdo entrando al salón con su montón de libros. Los ponía sobre el escritorio y comenzaba sus clases, muy precisas, en las que no se dispersaba ni divagaba. Por el contrario, concatenaba todas las ideas”.

Para la historiadora Inés Quintero, quien fue compañera de clases de León, Caballero era un docente que, como todos, tenía tardes buenas y malas. Rememora que sus clases respondían a un plan de trabajo preparado y organizado. Cuando no se guiaba estrictamente por su esquema, iba de una idea a otra, pero

luego retomaba la propuesta inicial. “Tengo recuerdo preciso de algunas de sus mejores clases: por ejemplo, las lecciones sobre *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, las clases sobre la Teoría del Partido Político en Lenin y la exposición sobre Alexis de Tocqueville”.

Quintero coincide con León en que las evaluaciones de Caballero eran exigentes, y considera que las correcciones que les hacía significaban una nueva lección: Caballero exigía que sus alumnos dejaran un margen amplio adicional al del folio de examen para colocar sus observaciones al momento de corregir. “Él dedicaba tiempo a corregir las pruebas y a discutir las con nosotros. Sus observaciones terminaban siendo, muchas veces, tan aleccionadoras como las clases”, asegura Quintero.

Era un profesor de referencia en el ámbito universitario. Si se presentaba algún inconveniente académico o político vinculado con la Escuela de Historia, las autoridades y los estudiantes, por lo general, se dirigían a Manuel Caballero, quien, de acuerdo con Pino Iturrieta, “tenía una influencia importante en la rutina de la Escuela y en las distintas dependencias de la UCV. Por entonces militaba en la cúpula del MAS, y los decanos de las facultades o eran masistas o tenían el apoyo del partido, entonces se extendía un puente hacia la política en el que la figura de Manuel resaltaba. Pero independientemente de eso, desde el punto de vista académico, siempre llamó la atención de la escuela”.

El Caballero de los años setenta daba la impresión de quien está pagado de sí mismo: “Daba la sensación de tener un ego enorme que limitaba la cercanía de sus colegas, lo cual todavía persiste. Al principio él marca cierta distancia con la gente porque se presenta como estrella y hace algún comentario con el cual quiere decir: ‘Un momento, carajito. Aquí está el maestro. Primero Manuel Caballero y después el diluvio’. Eso es una fachada que hay que atreverse a traspasar para encontrar a un tipo espléndido y bromista”, manifiesta Pino Iturrieta.

Mientras Caballero estuvo al frente de la Escuela de Historia contribuyó a la reforma del pensum de estudios y formó generaciones de historiadores que lo

recuerdan como un profesor respetado, admirado y temido. Él mismo asegura que, además, colaboró con la pacificación de la Escuela, “parándoles el trote a algunos profesores que querían meterse a embochinarla” diciéndoles: “Si quieren, presenten concursos para ingresar, pero no van a entrar aquí porque les dé la gana o por componenda”, con lo que ganó antipatías que se mantienen después de treinta años.

—Cuando se terminó mi período volvieron a ofrecerme la dirección de la Escuela y les dije: “¡Ni lo sueñen! Yo soy a la mexicana, ‘Sufragio electivo, no reelección’”.

**E**n octubre de 1979 falleció en Barquisimeto la mujer más importante para Manuel Caballero: su madre, quien desde hacía algún tiempo padecía de cáncer. La señora María Antonieta Agüero era una personalidad sencilla, receptiva, discreta y muy sagaz. Era, además, muy católica. Tanto que cuando leyó la carta donde su hijo Manuel le decía que había ingresado al Partido Comunista no hizo otra cosa que llorar. Desde pequeño tuvo un trato especial con él, que era su adoración y le correspondía de igual manera. Si la señora María Antonieta fue una presencia fundamental en la vida de Caballero, él significó lo mismo para ella.

Días después de la muerte de su madre, Caballero solicitó ante el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación un año sabático para realizar un doctorado en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Su petición fue concedida y en octubre tomó un avión con destino a la ciudad de Londres, donde inicialmente permaneció por dos meses: en diciembre hizo de nuevo su equipaje y se dirigió al aeropuerto, esta vez guiado por la intención de conocer Grecia. Llegó a Atenas con la certeza de que se reuniría con un grupo de venezolanos que, como él, había viajado por vacaciones. Sabía, además, que descubriría aquellos lugares por los que había paseado a través de las lecturas acumuladas. Lo que nunca imaginó era que encontraría a quien un año más tarde se convertiría en su esposa.

Manuel Caballero había visto a Hanni Ossott en los pasillos de la Facultad de Humanidades de la UCV, pero hasta el momento en que se encontraron en Atenas no habían cruzado palabra. Ossott —cuyo nombre destacaba entre los poetas venezolanos de entonces, y había recibido en 1972 el Premio de Poesía de la Bienal “J. A. Ramos Sucre”— dictaba clases de *Poesía y poetas, Necesidades expresivas y Literatura y vida* en la Escuela de Letras, pero había decidido ir a Grecia con el propósito de establecerse definitivamente y estudiar a los filósofos griegos en su lengua original.

Hija de padres de origen alemán, Hanni Ossott Lipfert era una caraqueña de treinta y tres años edad, amante de la poesía y la filosofía, elegante, sensible, introvertida y de hablar parsimonioso. Le gustaban los trajes de muselina, las canciones de María Callas, la navidad, la noche y la playa. Hablaba con pasión de los pensadores Nietzsche y Heidegger y del poeta Rainer María Rilke, a quien tradujo del alemán al español. Tenía la voz ronca, el cabello rubio, los ojos azules y un trauma que arrastraba desde la tierna infancia: la temprana pérdida de la madre y el duelo eterno del padre por la ausencia de su compañera. Así lo dejaría ver en 1985 en un extenso poema que tituló *Del país de la pena*:

—tres años y medio de edad son suficientes  
 para entenderlo todo  
 vida, muerte, abandonos, distancias<sup>34</sup>

Y en abril de 1991 le dedicaría a su madre *Ella era bella y de ella aprendí este horror...*

*A Lena, mi madre*  
*A Arlette Machado*

¿De qué hablaré hoy?  
 ¿de su rostro?  
 ¿su traje?  
 ¿de sus ojos?

---

<sup>34</sup> Hanni Ossott, *El reino donde la noche se abre*. Caracas, Mandorla, 1987.

hubo y la vi  
 una pleamar...  
 hubo pasado  
 trajes hermosos colgados en un clóset  
 alcanfor...  
 y la música  
     para apaciguar  
 ¿De qué hablaré hoy?  
     de ustedes?  
     que no me conocieron?  
     de ustedes?  
         que no me conocerán...?

soy sólo hoy un pedazo de luna  
 el rasgo de una playa  
 el arañazo de un gato  
 el beso de uno que se creía violento  
     y a quien mordí

Ella

era bella.

Y de ella aprendí este horror<sup>35</sup>.

En Atenas, entre la poesía, el aprendizaje del griego y las tertulias con los coterráneos, conoció al Caballero que en Caracas “ya le había echado el ojo” y comenzaba a enamorarla. Bastaron contados encuentros y escasas conversaciones para que vivieran un rápido noviazgo que terminaría el 10 de septiembre de 1980 en Londres, cuando decidieron contraer matrimonio. Por el momento era la época de invierno, y se dedicaban a conocer el Peloponeso, Monasterakis y la isla Corfú. También estuvieron en Holanda, Francia, Italia y Portugal.

---

<sup>35</sup> Hanni Ossott, *El circo roto*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.

El profesor de *Historia de las ideas políticas e Historia contemporánea de Venezuela* se casó tres meses antes de cumplir 50 años. Su amiga Josefa Elena Carrillo, pediatra, cuenta que cuando a don Manuel se le preguntaba el motivo de su soltería contestaba: “No he encontrado a la mujer ideal para casarme”. Quienes pensaban que éste era un Caballero muy exigente se equivocaban. Su mujer ideal era sencilla y sólo debía cumplir con tres requisitos. El primero, no debía ser mucho menor que él: se negaba a salir con una pavita de veinte años fanática de *Los Menudo*. El segundo, no podía ser cocinera: se adueñaría de la cocina y este lugar ya estaba reservado para él. Por último, no debía ser señorita: si después de los treinta años se conservaba virgen era, en verdad, una tonta.

Antes de que llegara a su vida la poeta Ossott, a Manuel Caballero se le conocieron unas cuantas novias. La periodista Luisa Barroso asegura que “era un hombre muy enamorado y tenía su harem de mujeres, aunque algunas de ellas sólo fueron sus amigas. Se casó mayor, pero tuvo muchísimas novias, con las cuales aún mantiene la amistad. Todas guardan buenos recuerdos de él”. Al menos una vez al año organiza una reunión con “sus mujeres” y les cocina.

—Me encantan las mujeres y nunca lo he podido ocultar. Y no tengo discriminación: Negras, blancas, rojas, azules...me gustan todas. Soy muy sensible a la belleza femenina. A mí me dijo una amiga feminista: “¿Pero tú no le ves a la mujer otra cosa que no sea la belleza?” Y le contesté: Mira, el espíritu, por su condición efímera, se evapora. No hay ser en el mundo que derroche más espíritu que la mujer que lo quiere atrapar a uno, entonces es preferible que sea una mujer bonita la que lo haga, para que cuando el espíritu se le vaya al menos no quede uno con un esperpento... (es broma).

Sin duda, aquel tímido Chicho que se conformaba con amores platónicos y vivía enamorado solo quedó en Barquisimeto. El que llegó a Caracas en 1950 conoció el primer amor de la mano de la joven comunista Raquel Reyes; durante su estadía en París mantuvo una relación sentimental con la chilena Paulina Politoff, con quien hoy mantiene comunicación por correspondencia; al regresar de Europa se

ocupó de la política sin descuidar las conquistas y, finalmente, en Atenas coincidió con la poeta que veía de vez en cuando en la UCV, que lo enamoró con su belleza, inteligencia y juventud —era quince años menor que él— y que nueve meses después esperaba su propuesta de matrimonio.

—¿Qué le iba a pedir matrimonio?! ¡Yo estaba muy viejo para pedirle la mano y darle un anillo! Ella fue la que se empeñó e impuso su voluntad.

Don Manuel ni siquiera pudo manifestar que recibía a Hanni Ossott por esposa. En Inglaterra las bodas se celebran sin preguntar a los novios si se aceptan como marido y mujer. Ellos sólo deben expresar que no existe impedimento legal para la realización del acto que los involucra, sin que se les haya dicho en qué consiste. Una vez que los contrayentes han declarado la legalidad del acto en cuestión, les solicitan firmar un certificado. Al instante lo introducen en un sobre y lo entregan a la novia, quien al momento de recibirlo ya se ha convertido en esposa.

De esta manera se despidió de la soltería don Manuel Caballero, quien solía “mamar gallo” con respecto a la circunstancia en que se había casado. Relataba que su estado civil cambió cuando, el 10 de septiembre de 1980, la poeta lo llevó ante unos supuestos representantes bancarios con la excusa de que necesitaba un préstamo. Ellos le preguntaron si había algún impedimento legal para la realización del acto y, dada su respuesta, le hicieron firmar un documento, mediante el cual imaginó que concedía el crédito a su novia. Es una anécdota que cuenta siempre entre risas.

—Yo le decía a Hanni: “No creo en el acto civil del matrimonio porque mi palabra vale más que eso. Tú sabes muy bien que a mí un papelito no va a impedir que me vaya para cualquier lado. Tampoco es que voy a abandonar a una pobre mujer cargada de hijos”. De hecho, cuando nos peleamos y nos separamos por ocho meses ella se quedó en la casa y era yo quien andaba realengo por ahí.

**P**ermanecieron en Inglaterra hasta 1981. Residieron en un pequeño apartamento en Hampstead, una prestigiosa zona residencial de Londres, donde tenían por vecinos a los intelectuales más prestigiosos de la ciudad. Era la época en que el dólar estaba a 4,30 bolívares y tanto Caballero como su consorte recibían un sueldo de 9.000 bolívares mensuales, cada uno. Vivían, pues, más que holgados. Don Manuel tenía un inmenso jardín que recorría de mañana: un gran parque, más o menos del tamaño del Parque del Este, situado a escasos metros del edificio donde vivían. Sus días allí transcurrieron entre las investigaciones en la biblioteca, la poesía de su esposa, las idas al cine, a los conciertos, a los *pubs* (para echarse unos tragos) y al teatro. Una vez fueron a ver una obra de teatro y se descubrieron sentados al lado de Margaret Thatcher. “¿Y dónde está la guardia nacional?”, se preguntaba don Manuel.

Durante su estadía en la capital inglesa, y con el apoyo de su consorte, Manuel Caballero realizó un PhD en Filosofía en la Universidad de Cambridge (recibió el título de doctor en Filosofía, pero realizó la investigación en la sección de Historia). Bajo la tuición de Leslie Bethell, catedrático de Historia de América Latina en esta universidad, desarrolló una tesis doctoral con la que pretendía conocer la importancia de América Latina para la Internacional Comunista —o el Comintern. El trabajo llevó por nombre *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana. 1919-1943*, y su publicación en 1986, bajo el título de *Latin America and the Comintern. 1919-1943*, lo convirtió en el primer venezolano publicado por la Cambridge University Press en 450 años.

—La investigación me permitió concluir que en la preocupación de la Internacional Comunista, América Latina estaba situada muy abajo, superada tal vez por África. La prueba de ello es que la Internacional Comunista se funda en 1919 y fue en 1928 cuando descubrió a América Latina.

Manuel Caballero es poco nostálgico. Sin embargo, si alguna vez siente añoranza por algún país es precisamente por Inglaterra. A él, que se considera un “vago

perdido”, le ha resultado inolvidable el tiempo invertido en Londres, pues, “como no tenía nada más que hacer”, se vio obligado a dedicarse por completo al trabajo: pasó días enteros en la British Library, la Senate House Library, las bibliotecas del University College y la London School of Economics, preparando su tesis doctoral.

A partir de 1981 los recién casados se reincorporaron a sus labores docentes en las escuelas de Historia y Letras —que abandonarían al ser jubilados, él en 1998 y ella en 1999. Al igual que su esposo, Ossott era una profesora exigente y severa en las evaluaciones. También era temida por sus estudiantes, con quienes solía mantener un trato distante. Sólo con algunos fue más cercana, pero todo dependía de que “le cayeran en gracia”. Tenía un sentido del humor muy fino y ante una pregunta absurda o un comentario tonto respondía con alguna ironía. En el fondo era una mujer tímida, que difícilmente sonreía.

Si algo tenían en común Caballero y su consorte, además del amor que se manifestaban y que los mantuvo unidos por 23 años, era el gusto por la lectura, la escritura, los viajes y la cocina. En relación con esto último solían reñir de vez en cuando, porque ambos eran muy buenos cocineros y nunca faltaba uno que quería imponer el menú del día. Por lo demás, cada uno tenía un estudio donde desarrollaba sus propias actividades. Eran dos profesionales distintos que con frecuencia tenían disidencias en el terreno intelectual, pero ello no impedía que conversaran sobre sus trabajos y se hicieran aportes al respecto.

Rara vez compartieron el momento de la escritura. Mientras don Manuel era un escritor diurno —como sigue siéndolo—, su esposa era una escritora nocturna. De manera que cuando él se disponía a dormir a ella comenzaba a llegarle la musa y caminaba hacia su estudio, y, a las cuatro de la mañana, cuando se iba a la cama, su compañero acababa de levantarse para comenzar escribir. Lo que no compartieron fue el gusto por la playa. A don Manuel nunca le ha gustado el mar —lo conoció por primera vez a los 20 años y no le quedaron ganas de volver a verlo—, y a su esposa, en cambio, le encantaba tomar sol en la playa. Su

fascinación por el mar era tal que de buenas a primeras hacía sus maletas y tomaba un avión hacia Margarita. Al día siguiente volvía a casa trayendo en la piel todo el sol que había encontrado.

—A mí me encantaría ir a la playa si no hubiese sol, si no existiera esa arena que se le mete a uno por todos lados y si no tuviera esa gran cantidad de agua salada, que es inútil, porque uno no se puede beber un whisky con agua de mar.

Los fines de semana tenían por costumbre salir a comer. Sólo en contadas ocasiones iban al cine, pues su esposa “no podía estar cinco minutos sin fumar”. Otra razón para evitar este lugar eran las opciones de la cartelera cinematográfica: las únicas películas que ve Caballero son aquellas donde la protagonista es la violencia. Si después de los primeros quince minutos de la función no había, por lo menos, un par de asesinatos y unos cuantos “tiros y coñazos”, se relajaba sobre la butaca y se disponía a roncar.

A pesar de que disfrutaban de la vida en pareja, los viajes, las salidas a almorzar, las reuniones con los amigos, el gusto por la cocina y las demás actividades que realizaban juntos, la convivencia les resultó complicada durante los primeros años, pues cada uno estaba acostumbrado a su independencia. Un día se liaron en una fuerte discusión y don Manuel, alterado, dijo: “¡Maldito sea el día en que se me ocurrió casarme!”. Al instante sonó el teléfono. Era su cuñada Magdalena de Mayer, que llamaba para felicitarlos porque cumplían el primer aniversario.

—¡Nosotros ni cuenta nos habíamos dado! Entonces Hanni dijo que el año siguiente no se nos olvidaría y que haría una tronco e’ fiesta para celebrar el segundo año de casados. Llegó septiembre y el 12 se acordó de que el aniversario había pasado hacía dos días. La historia es peor: el 10 estuvimos legalizando los papeles del matrimonio y no nos percatamos de que ese era el día en que nos habíamos casado.

**T**ranscurrían los meses. Si por un lado se adaptaban a la vida en común, por el otro persistían desacuerdos que al principio parecían irreconciliables. Uno de ellos era, por ejemplo, la idea de traer al apartamento una mascota. A Caballero nunca le han gustado los gatos, y su consorte se empeñó en tener uno, pero él ya le había hecho una advertencia al respecto: “Si entra un gato por esa puerta, por allí mismo salgo yo”. Su esposa se negó a tomar en serio sus palabras y en una ocasión se presentó ante él con una caja. Le preguntó qué traía y ella respondió que se trataba de un gato que había recogido en la calle. Una vez más alguno debía ceder.

Lo llamaron Ulises. Tenía los ojos verdes, era negro y muy inquieto. Con el correr de los días don Manuel se encariñó con él hasta el punto en que se hicieron “grandes amigos”. Y el gato, para demostrarle a quien al principio lo miraba con desdén que correspondía al afecto que ahora recibía de su parte, lo perseguía por toda la casa. Incluso se convirtió en su compañero de labores: mientras Caballero permanecía en su estudio escribiendo la presencia de Ulises era constante. Y lo fue durante varios años, hasta que al pequeño animal se le ocurrió lanzarse del sexto piso. Don Manuel sintió mucho su muerte.

Entre los distintos gustos personales, cierta incompatibilidad de caracteres y las disputas ocasionales —a su esposa le indignaba que llegara a almorzar a casa a las tres de la tarde— los primeros dos años del matrimonio Caballero Ossott fueron normales, según los define el propio don Manuel, pero a partir de entonces su compañera comenzó a sufrir de crisis maníacas (ya había tenido la primera en Londres). La convivencia se tornó cada vez más complicada, los viajes que planificaban juntos se hicieron menos frecuentes, los conflictos se agudizaron y surgieron fricciones que provocaron la ruptura temporal de la pareja. Era el inicio de una etapa difícil, que sería imposible de superar.

—No tuvimos hijos, entre otras cosas, porque Hanni enfermó inmediatamente después de que nos casamos. Otro motivo era que ella tenía mucho miedo a tener

hijos porque había sufrido mucho en la infancia, entonces pensaba que podría reproducir eso si tenía hijos.

Durante los ocho meses que estuvieron separados Ossott decayó: las depresiones y los desvaríos se hicieron frecuentes como consecuencia de una psicosis maníaco depresiva. Además, bebía alcohol y fumaba de manera compulsiva. Cuando Caballero supo de su estado de salud, de inmediato regresó con ella y se dedicó a procurarle los cuidados necesarios. Desde ese momento la convivencia de ambos se tornó complicada, pero lo más difícil llegaría seis años después. Aún Hanni Ossott podía continuar dictando clases y escribiendo poesía.

**L**os años ochenta fueron prolíficos para Caballero en el ámbito de la escritura. En esta época —si bien continuaba interesado por la política y haciendo oposición a los gobiernos de Luis Herrera Campíns y Jaime Lusinchi— se dedicó a escribir *La pasión de comprender. Ensayos de historia (y de) política* (1983), *El discurso del desorden* (1987), *Las Venezuelas del siglo XX* (1988), *El nombre de la cosa. (Crónicas satíricas)* (1988), *El orgullo de leer* (1988) y *Entre Gómez y Stalin (La sección venezolana de la Internacional Comunista)*. Cuando finalizaba la década le fue concedida la beca Fulbright, otorgada por la fundación del mismo nombre, que le permitió escribir *Gómez, el tirano liberal* en Washington, EEUU. En esta ciudad vivió durante ocho meses con su esposa, que se aburría en el apartamento que habían alquilado mientras él permanecía en los National Archives y en la Sección Hispánica de la Library of Congress. Unos meses antes habían estado en Italia, donde Caballero se desempeñó por tres meses como profesor contratado de la Universidad de Nápoles.

Durante estos años lo fundamental para don Manuel fue su “evolución doctrinaria” y el desarrollo de su “oficio de *escribidor*”, soberbia aparte. También se dio cuenta de que tenía un punto a su favor: la cercanía entre la historia y la

literatura. Para él, la historia es, al mismo tiempo, ciencia y arte. “Trato de comportarme como un científico en busca de una verdad que sé que es inalcanzable, pero por lo menos trato de buscarla”. El escritor, por el contrario, debe mentir. “Procuró ser lo más objetivo posible, actuar con criterio científico, pero hay huecos demasiado grandes que no puede cubrirlos el conocimiento”. Entonces es necesario dar un salto cuidadoso. “Pero uno sabe que está en el aire”. Caballero dio ese salto con *Gómez, el tirano liberal*, escrito con rigor científico de historiador e imaginación de escritor, pues tildar a Juan Vicente Gómez de “tirano liberal” es contradictorio. “Yo di ese salto y está bien fundado. No me he caído hasta ahora”.

Al regresar a Venezuela, Manuel Caballero continuó escribiendo en *El Nacional*, ya no como *Hemezé*; tampoco como *Enrico Kramer-López* ni *Jasón*, sino como *Nihil Obstat*, otro de los seudónimos que popularizó con sus comentarios satíricos semanales. Posteriormente comenzó a escribir, esta vez sin mote, en la página C-1 del mismo diario, junto a Juan Nuño, Juan Liscano, Isaac Chocrón, José Ignacio Cabrujas, Earle Herrera y Rubén Monasterios. En 1991, este espacio, que llevaba por título *Papel literario*, fue eliminado y Caballero emigró a *El Diario de Caracas*, cuyo director, Diego Bautista Urbaneja, le ofreció la última página del diario.

—En *El Diario de Caracas* escribía cada sábado una página de opinión. En 1995 me quitaron la última página y dejé de escribir allí. Ese mismo año me contactó *El Universal*. Les puse mis condiciones y empecé a cobrar de acuerdo con lo que consideraba mi derecho, por no decir mi estatus.

En este diario ha permanecido hasta la fecha. Su relación con los periódicos comerciales en los que ha escrito ha sido fructífera. Una de sus mayores satisfacciones ha sido comprobar que escribir no es una loquera ni una *boutade*, y que la facilidad para escribir es la bendición del periodista y la maldición del escritor, como lo dijo Mario Vargas Llosa. En este sentido, la experiencia le ha permitido a don Manuel afirmar que si una frase tiene soltura y se escucha bien no

por ello es siempre correcta. Él ha tenido que luchar con esta premisa: hoy es periodista cuando escribe y escritor cuando tacha.

## VI. A DIOS ROGANDO... Y CON EL AGUIJÓN PUNZANDO

La escritura es el arma de los intelectuales.

*Mario Benedetti*

Ningún gobierno puede mantenerse sólido mucho tiempo sin una oposición temible.

*Benjamín Disraeli*

(Estadista inglés)

Es insoportable el espíritu militar en el mando civil

*Simón Bolívar*

**H**ace ya una hora debió comenzar la sesión semanal que convoca a los miembros de la Academia Nacional de la Historia. Son las once de la mañana y el sillón F se encuentra desocupado. Y así permanecerá este jueves. No es la primera vez que se nota la ausencia de don Manuel Caballero, quien el 28 de julio de 2005 fue incorporado como Individuo de Número. Acaso tampoco sea la última. “Fueron ellos los que me metieron en eso. Si no voy, que se la calen”, dirá, mientras advierte que también ha pasado la hora de ir al gimnasio. Y menos se lamenta por eso. Él puede decir lo mismo que Winston Churchill respondió cuando le preguntaron cuál era el secreto de su larga vida y su buena salud: “Se lo debo a los deportes. Nunca ha practicado ninguno”.

Lleva poco más de dos meses asistiendo en las mañanas al *Spa La Alameda*, donde cumple una rutina de cuarenta y cinco minutos de ejercicios cardiovasculares sugerida por el médico, quien además le ordenó seguir un régimen alimenticio para controlar la diabetes que lo aqueja desde 1983. Con el paso de los años don Manuel se ha vuelto un hombre sedentario, a cuya humanidad se ha incorporado, al mismo tiempo que las canas propias de la edad otoñal y el fecundo bigote, una gran barriga que confirma la fama pantagruélica que lo cubre. Del espigado Manuel Antonio sólo queda el nombre. El adjetivo hace mucho que desapareció.

Abandona el estudio y va a la cocina por un vaso de agua. Termina el último trago cuando de pronto suena el teléfono. *Ceeeeniaaaa... Ceeeeniaaaa...* Ha cesado el

repique, la señora Cenia ha salido y quien llamaba desistió. Sin perder tiempo, aprovecha la ausencia de la señora Cenia para procurarse algunas cucharadas de granola. Los dulces siempre le han gustado y, a pesar de la diabetes, es incapaz de resistirse a ellos. Aún no se ha inventado la dieta capaz que logre hacerlo renunciar al placer de comerlos. Y si así fuera, para eso existe la *Splenda*, ¿no?

Por el momento se conforma con la granola. Destapa el envase, introduce una cucharilla que saca con una cantidad satisfactoria y cuando está a punto de abrir la boca para saborearla suena el teléfono. ¡Vaya, qué contrariedad! Aguarda un segundo timbre con la esperanza de que el inoportuno se retracte, pero qué va. Se da por vencido con la granola y toma el teléfono. Contesta enérgicamente y como de costumbre: *¡Usted dirá!*

Es la periodista que le realiza una semblanza, y que por lo menos una vez al mes le solicita “otra entrevista” para continuar escarbando en su vida. Después de un rápido saludo: “¿Don Manuel, cree que podamos reunirnos esta tarde?” “¿Cómo a qué hora?”. “¿Le parece bien después de las cinco?” “Sí, está bien. A esa hora ya habré roncado la siesta”. Esta será la última entrevista. *Manuel Caballero, militante de la disidencia* pronto estará en “la carpintería”.

Don Manuel retorna a la cocina con la firme intención de continuar la tarea que dejó pendiente. Y logra concluirarla. Coloca el recipiente de la granola en su lugar y se dirige al estudio. Mientras aguarda la llegada de la señora Cenia, y con ella la posibilidad de almorzar al mediodía, decide imprimir los trescientos ensayos para comenzar con “la carpintería” lo antes posible y enviarlos al editor. Es estimulante la idea de verlos en los anaqueles de las librerías, al lado de la tercera edición de *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica* y de la quinta edición de *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana. 1919-1943* que aparecerá en septiembre. ¿Qué vendrá después? Más de lo mismo. Manuel Caballero es un escritor por decreto.

En su cuarto de trabajo se respira una atmósfera de conocimiento tan densa como el desorden que salta a la vista. Sobre su escritorio, libros, libritos, librotos y un par de libros más, papeles por aquí, fotocopias más allá, la impresora, un portalápices atestado de marcadores y bolígrafos, dos fotos suyas, un almanaque con la imagen de la Divina Pastora, el resultado de los exámenes de laboratorio, dos grandes lupas que compró a los buhoneros “y que no sirven para nada”, un artículo titulado *Manuel Caballero, o cuando se llega a viejo pendejo* (publicado por [aporrea.org](http://aporrea.org) el 27 de julio de 2006) y otra marejada de libros detrás de la fotocopiadora. Su escritorio aguanta todo: “Es que soy muy desordenado”. Se nota. Y a él sólo le importan las páginas que le devuelve la impresora.

Ochenta y cinco, ochenta y seis, ochenta y siete...noventa, noventa y nueve... Toma la nota publicada en el popular sitio web y se acomoda en la silla para descubrir los motivos por los cuales un profesor de Física y Matemáticas de la Universidad de los Andes, de nombre José Sant Roz, lo califica de *viejo pendejo*. En este portal digital pululan escritos en los que se le critican a Caballero sus artículos de opinión dominicales, la férrea oposición que hace a la gestión del presidente Hugo Chávez —y a él en particular— y el lenguaje con el que se refiere a la ideología bolivariana.

Ya el 20 de agosto de 2005, a propósito de su incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, un señor de nombre Jorge Mier Hoffman escribió desde [aporrea.org](http://aporrea.org): “Si de números se tratan los miembros de la honorable Academia de la Historia, Manuel Caballero ostenta el número diabólico 666 que anuncia la llegada de Satanás según el Apocalipsis... y precisamente eso fue lo que llegó a la Academia de la Historia, un testafarro del imperialismo, que tiene como misión aniquilar la Sociedad Bolivariana, a los seguidores del Ideal Bolivariano, y hasta la propia historia para desvirtuar la gloria del Libertador”. En las líneas que siguen, Mier Hoffman reproduce parte de un artículo en el que, según él hace veinte años, Caballero habría denunciado “al Libertador como una ‘ladilla’ y ‘persona detestable’”. Y concluye: “Es una obligación de la Comisión de Política Interior de la Asamblea Nacional abrir una investigación para

interpelar a Manuel Caballero y pedir su destitución de la Academia Nacional de la Historia”.

El 7 de junio de 2006, las autoridades del Colegio Universitario Francisco de Miranda publicaron a través del diario *Últimas Noticias* un comunicado titulado *Ante el ataque de un “Caballero”*, en el que don Manuel fue declarado *Persona non grata* para el CUFM, luego de una nota que escribió el 28 de mayo en su columna de *El Universal*, a propósito de la apertura de un expediente de investigación a un profesor de Historia de la institución, cuyos alumnos le reprocharon tres afirmaciones que hizo en clase en relación con la historia de la independencia de Venezuela. En el tercer párrafo de su artículo, *Bolívar único*, Caballero expresa: “(...) esas afirmaciones tan banales han sonado sacrílegas a los ojos de algunos jóvenes inquisidores de boina roja, boca sucia, lustradas botas y tacones chocantes”. Las líneas siguientes están escritas con igual tono. En respuesta a sus apreciaciones, el 7 de junio la junta directiva del instituto publicó: “Como máximas autoridades de esta casa de estudios repudiamos públicamente el lenguaje irrespetuoso y soez del Sr. Manuel Caballero, que atenta contra la dignidad de la comunidad universitaria e incluso contra la investidura del presidente de la República”.

—¿Que utilizo un lenguaje soez? Lo que pasa es que para mí no hay nada intocable, pero todo lo que digo trato de razonarlo.

Quien sea asiduo lector de las columnas de opinión de don Manuel conoce muy bien su estilo de escritura. Su tono polémico y acerado le ha valido no pocas antipatías, incluso de quienes en un momento se contaron entre sus amigos y camaradas. Este es el caso del pintor Régulo Pérez, quien en la década de los cincuenta pertenecía al grupo venezolano residente en París encabezado por el camarada Caballero. “Manuel Caballero traicionó aquellos años de amistad y me acusó de una calumnia horrible”. Pérez se refiere a un comentario que escribió Caballero en su artículo *Un enojo tardío y otras equivocaciones*, aparecido el 20 de noviembre de 2005 en *El Universal*, un año después del asesinato del fiscal

Danilo Anderson: “A propósito de Danilo Anderson, quiero desde aquí elevar mi protesta por la última y descarada hazaña de José Vicente Rangel. Le encargó a Régulo Pérez un retrato de Danilo Anderson para su despacho. Conozco a Régulo desde hace medio siglo y sé que es un pintor realista socialista hasta el detalle. Como tal pintó a Anderson con todos sus atributos, incluida la maquinita de contar billetes; pero Rangel la hizo borrar y sustituirla por una paloma”. A Pérez le causaron gran malestar las palabras de Caballero, no sólo porque, según él, lo calumnió, sino porque además “atacó” al vicepresidente Rangel, a quien dice estimar “muchísimo” y considera su amigo.

Ya lo decía el historiador Gustavo León: “Hay quienes dicen que quien lee a Caballero o lo ama o lo odia”. Y parecen estar en lo correcto. Caballero es un hombre polémico, irreverente y contestatario. De ello puede dar fe el periodista Jesús Sanoja Hernández, para quien Caballero es un gran provocador. “Él desata críticas y levanta inquietudes en cada uno de sus libros y artículos. No es de los que escriben para que el comentario se quede en el día, sino para que trascienda y se discuta. Como historiador, por ejemplo, ha creado una polémica en torno al culto a Simón Bolívar frente a las tesis oficiales del gobierno”.

En efecto, cuando por un lado el presidente Hugo Chávez hace un permanente llamado a rescatar la historia patria y a sus personajes significativos, como lo ha hecho con la figura de Bolívar, por el otro Caballero asegura que “los venezolanos nunca lograremos hacer nada digno de recordación mientras continuemos invocando a Simón Bolívar, pretendiendo actuar como Bolívar, ser como Bolívar; mientras nos pretendamos mejores bolivarianos los unos que los otros”<sup>36</sup>.

En otras palabras: el culto a Bolívar, para don Manuel, “apela a lo irracional, por ignorancia o por mala fe”. Frases como ésta, y también otras más atrevidas, son las que provocan la reacción de quienes —como Jorge Mier Hoffman— defienden la ideología bolivariana y con ella aplauden la gestión del presidente Chávez, quien encuentra en el profesor José Sant Roz uno de sus adeptos. Aquello de

---

<sup>36</sup> Manuel Caballero, *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*. Caracas, Alfadil, 2006, p. 22.

calificar a Manuel Caballero de *viejo pendejo* no es más que una manera de reprobar la supuesta exageración de Caballero en su artículo *Rodear el obstáculo*, publicado el 23 de julio de 2006, en el que se refiere al militarismo como “la bestia inmundada” y compara el gobierno con regímenes como los de Hitler, Stalin, Gómez o Pérez Jiménez.

**A** las doce del mediodía don Manuel abandona el estudio. Ha llegado su hora del almuerzo y después de ella se promete una larga siesta. Desde muy joven tiene la costumbre de dormir después de almorzar. ¡Hay que ver cómo disfruta durmiendo! “Manuel es muy dormilón. Si le dan 25 horas las duerme completas”, dice su amigo Florencio Sánchez, administrador e integrante del Consejo de Redacción de la revista *Principia* de la Universidad Centrooccidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto.

Pocas cosas logran despertar a este Caballero de un sueño profundo. Una de ellas es el repique del teléfono, tal como ha ocurrido ahora, justo cuando ronca plácidamente. Lo despierta su amigo Alberto Arvelo —el poeta—, el mismo que, con una llamada, lo despertó la madrugada del 4 de febrero de 1992 no sólo del sueño físico sino también del intelectual: lo llamó para decirle que se había producido un golpe de Estado. En aquel preciso instante Caballero no dio crédito a sus palabras, a pesar de que desde hacía un tiempo él mismo venía anunciado el golpe. Después tendría que creerlo.

El 3 de febrero en horas de la tarde había comenzado la insurrección militar que estalló la madrugada del día siguiente, cuando Carlos Andrés Pérez, por entonces presidente de Venezuela, regresaba de participar en el Foro Económico Mundial, en Suiza. En la asonada participaron las guarniciones militares de los estados Aragua, Carabobo, Miranda, Zulia y el Distrito Federal, agrupadas bajo el nombre de Movimiento Bolivariano MBR-200. Los insurrectos eran jóvenes oficiales del

Ejército de baja graduación, y estaban capitaneados por el mismo teniente coronel que asumiría la presidencia de Venezuela en 1998: Hugo Chávez Frías.

—A partir de ese momento supe que había un enemigo peor que el que yo estaba combatiendo. Desde entonces acuñé una frase que he estado repitiendo: el peor de los gobiernos civiles es mejor que el mejor de los gobiernos militares.

Sí. Había despertado: tuvo plena conciencia de que existía un peligro aún más grande que todas “las barrabasadas” de Carlos Andrés Pérez, a quien declaró públicamente su apoyo a pesar de que le había estado “mentando la madre” el día anterior, y quien, por cierto, en una ocasión lo presentó ante César Gaviria como uno de los “intelectuales más destacados de Venezuela y uno de los que más vaina echa”. Ya Pérez le había dicho una vez, a principio de los 80: “En este país, usted es de los hombres más peligrosos que hay frente a una máquina de escribir”.

Su respaldo a la administración de Pérez lo expresó a través de las páginas de opinión de *El Diario de Caracas*, cuatro días después de la asonada militar: “Quiero comenzar esta página manifestando mi apoyo sin ninguna reticencia al gobierno constitucional del presidente Carlos Andrés Pérez. Sólo Dios sabe cuánto me ha costado escribir una frase como la anterior. Me cuesta siempre hacerlo de cualquier gobierno. Me cuesta en particular hacerlo de uno con las características del actual. Y me cuesta muchísimo hacerlo con un gobierno presidido por Carlos Andrés Pérez”<sup>37</sup>.

—Me oponía a Pérez por las mismas razones que todo el mundo tenía para oponérsele. Nada más.

El segundo período presidencial de Pérez —quien resultó electo en los comicios presidenciales de 1988, nueve años más tarde de su primera presidencia— comenzó con mal pie. El 27 de febrero de 1989 se produjo el estallido popular que la historia conoce como “El Caracazo”, provocado por el aumento del precio de la

---

<sup>37</sup> Manuel Caballero, *El presidente aterrizó, y no se cambió de traje* en *El Diario de Caracas*, 8/2/92, Opinión, p. 4.

gasolina y, por consiguiente, de las tarifas del transporte público. Como resultado, la popularidad de la que gozaba el presidente Pérez al inicio de su segunda gestión declinó. Los días que siguieron a “El Caracazo” fueron difíciles. Se produjeron varias manifestaciones en su contra, que sumadas a las críticas administrativas que recibía por parte de los distintos sectores de la población, resquebrajaron el piso político sobre el que se sustentaba.

Con este escenario de fondo llegó 1992. Una semana antes de la intentona golpista del 4 de febrero una encuesta reflejaba que 74% de la población reprobaba la administración de Pérez<sup>38</sup>, quien nueve meses después, el 27 de noviembre, enfrentó otra insurrección en su contra, que, como la de febrero, fue sofocada. El descontento popular hacia el presidente se mantenía, hasta el punto en que perdió paulatinamente el apoyo del partido que lo había lanzado, y en 1993 se le ordenó un juicio por uso indebido de la partida secreta, lo cual condujo a su destitución, a sólo meses del fin de su período presidencial.

Lo más significativo del decenio de los 90, para don Manuel, es el golpe de Estado del 4 de febrero. A su juicio, si el éxito hubiese acompañado a los militares que se rebelaron ese día, en Venezuela se habría instaurado un gobierno cuyo fin último habría sido el establecimiento de una dictadura militar. De manera que aquella tesis que venía sosteniendo desde sus diecisiete años, según la cual detrás de un militar que gobierna hay una dictadura, se mantenía invariable. Su convicción de que “el peor de los gobiernos civiles es mejor que el mejor de los gobiernos militares” dio consistencia a todo lo que ha repetido a partir del 4 de febrero de 1992, cuando la llamada de su amigo Alberto Arvelo lo despertó de golpe, de la misma manera que acaba de hacerlo ahora, pero no por las mismas razones.

---

<sup>38</sup> *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, p. 182.

Conversaron durante veinte minutos, aproximadamente. Hablaron sobre el clima de Mérida, las lluvias en Caracas, los amigos en común, los últimos libros leídos, los trescientos ensayos, la carta que le envió Paulina hace unos días, los exámenes de laboratorio que se practicó, el disparate de la candidatura de El Conde del Guácharo, las elecciones presidenciales... “¿Sale en diciembre?”, escucha del otro lado del teléfono. Y él responde: “Todo hace pensar que no porque él tiene todo cuadrado, pero hay que seguir dando la pelea hasta el último momento”.

Se refiere “al locatario de Miraflores”, o “al Héroe del Museo Militar”, o “al nuevo Lenin de Sabaneta”; es decir, al presidente Hugo Chávez, el autor del fallido golpe del 4 de febrero del 92, quien seis años más tarde, el 6 de diciembre de 1998, sucedió al presidente Rafael Caldera al ser electo presidente de Venezuela. Una semana después de las elecciones presidenciales, Caballero expresaba en su columna de opinión del diario *El Universal*: “Queda en esas páginas muy claro que yo no pienso que el hoy presidente Chávez vaya a causar un gran daño al desarrollo de una sociedad civil democrática en Venezuela, sino que ya lo hizo: no creo que sea el único que tenga, en las Fuerzas Armadas, vocación de salvador de la patria. Lo negativo del ejemplo y peor, su sanción popular, nos puede encaminar, por la fuerza misma de las cosas (para decir lo menos) a un período no se sabe cuán largo y profundo de intranquilidad militar”<sup>39</sup>. Pero su oposición al nuevo gobierno, al que con mayor vehemencia se ha opuesto hasta ahora, no tuvo su punto de partida el 6 de diciembre de 1998: ya había comenzado la madrugada del aquel 4 de febrero.

De acuerdo con la tesis de Caballero, la dictadura, entonces, estaría por venir, pues se acababa de instalar en Venezuela un gobierno militar, presidido por un demócrata “en el mismo sentido en que lo fueron Hitler, Mussolini y Perón: no se opusieron a la marea popular, sino que la desviaron hacia su propio cauce autoritario y peor aún, totalitario. Y si no hubiese sido por el desarrollo que diera a la educación popular el régimen democrático, un arrapiezo de Sabaneta, llano

---

<sup>39</sup> Manuel Caballero, *En la oposición, como siempre*. *El Universal* digital, 13/12/98, Opinión.

adentro, no hubiese podido graduarse en una academia militar. Por último, los errores, los engaños y la corrupción de esos mismos regímenes democráticos pusieron a la población a soñar en el ‘escobazo’ de un salvador de la patria que barriese con la ‘suciedad política’ (...); el actual régimen no es *ya* una democracia; pero tampoco es *todavía* una dictadura”<sup>40</sup>.

La última frase es harto repetida por Caballero cuando se refiere a la gestión presidencial de Hugo Chávez, a quien, entre otros calificativos, considera “el más formidable demagogo que haya conocido la historia de Venezuela y, con Perón, América Latina (...) En todo caso, Chávez es lo que su auditorio quiere que sea: militarista o civilista, derechista o izquierdista, socialista o fascista. Su apelación a la fidelidad de hombre a hombre, pasando por encima de las instituciones, y su voluntad de establecer un régimen personalista y, hasta donde sea posible, vitalicio, le asimila mucho más a los viejos caudillos del XIX latinoamericano que a cualquier otro espécimen político”<sup>41</sup>.

Estos son, según Caballero, algunos de los trazos que conforman el retrato del actual presidente de Venezuela, a quien cada domingo combate, más que con una pluma, con un aguijón, a través de las páginas de opinión de *El Universal*. Pero su oposición no se limita al terreno periodístico, donde —según su amigo Rodolfo Izaguirre, crítico de cine— se destaca como “un polemista de garra que destila vitriolo comparable si se quiere con el Lenin de los difíciles años bolcheviques”. También lo hace desde el campo académico, aunque con menos virulencia que en cada artículo dominical, con los textos que publica. Basta leer, por ejemplo, el ensayo titulado *Las crisis de las instituciones*, en *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)* (1998); la tercera parte de *La pasión de comprender* (2005) y, de reciente data, *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica* (2006).

---

<sup>40</sup> Manuel Caballero, *La pasión de comprender. Nuevos ensayos de historia (y de) política*. Caracas, Alfadil, 2005, p. 193, 194.

<sup>41</sup> *Ibidem*, 207, 208.

En palabras del historiador Elías Pino Iturrieta, Manuel Caballero “es un extraordinario polemista y un periodista feroz. Sus columnas en la prensa son muy ácidas, tan ácidas como lo fue la que publicó en relación con el 4 de febrero del 92, cuando la gente comenzó a ver en él un punto muy importante frente a lo que se suponía que iba a ser el chavismo y el propio Chávez. En ese momento él dejó de ser el historiador que era para convertirse en un vocero político, de presencia casi ineludible en el país”.

La historiadora María Soledad Hernández lo define como un escritor directo y atrevido: “No se guarda absolutamente nada. Lo que escribe en sus artículos de prensa es lo que realmente quiere decir. En Manuel Caballero no hay un ápice de autocensura”. Para ella, en un historiador es fundamental el estilo directo, “porque el que se va por las ramas siempre decora, suaviza... y Caballero nunca lo ha hecho. Cuando lo quieren suavizar o matizar es como una fiera. Salta y dice: ‘No, no, no. ¡Eso no es así!’ y dice lo que quiere decir. Es muy sincero cuando escribe y cuando habla”. Si hay algo que recuerda cuando fue su alumna era el odio que Caballero sentía por Rómulo Betancourt: “En sus clases hablaba de él con mucha furia”.

Su furia ha permanecido con el correr de los años, si bien él mismo reconoce que antes —refiriéndose al gobierno de Betancourt— era “mucho más combativo” que ahora. En todo caso, los dos presidentes que han sido atacados con mayor fuerza por Caballero han sido Rómulo Betancourt y Hugo Chávez, y no porque los demás hayan sido la excepción. En su momento, los otros también sintieron el flagelo de su inmovible pluma. Desde que ingresó como actor al escenario político, Manuel Caballero no ha dejado de brillar como antagonista. Y tampoco tiene intenciones de hacerlo: es opositor hasta el tuétano. “A él le encanta la política”, como dice su amiga Magdalena de Mayer, quien cada tanto lo regaña y le insiste en “que deje de pelear, que a su edad ya no está para eso”, y él le contesta “que no lo va a dejar, que él se muere en eso”.

Con setenta y cuatro años, el vigor de don Manuel ya no es físico sino intelectual. En el año 2002, cuando sectores de la oposición recorrieron las calles caraqueñas

en señal de rechazo a la gestión presidencial de Hugo Chávez, Caballero no se conformó con dar la pelea desde una columna de opinión, sino que también se unió a las distintas manifestaciones convocadas. Como hizo tantas veces en sus años mozos, volvió a la calle, con el mismo coraje que lo acompañó en sus primeras protestas en Barquisimeto el 24 de noviembre de 1948, con la misma valentía que lo vio el 7 de febrero de 1952 agitar las campanas en la torre de la antigua sede de la UCV. Conservaba, sin duda, el espíritu del rebelde tomista que fue.

—Participé en todas las manifestaciones menos en la del 11 de abril. Ese día estaba con una crisis de columna y permanecí en cama porque no podía moverme. Una de mis grandes calenteras en aquel momento fue precisamente no haber podido participar en esa marcha, que fue la más importante de todas. Ese día habría salido Chávez por una marea popular si no se atravesaban unos militares a intentar dar un golpe de Estado.

Después del 11 de abril de 2002 los amigos más cercanos de Caballero temían por su vida. La periodista Luisa Barroso estaba entre ellos: “Pensábamos que le podían hacer una maldad, que le podían quemar la casa, en fin...él tenía por costumbre caminar en el Parque del Este y temíamos que pudieran hacerle algún atentado, pero afortunadamente no pasó nada. Le decíamos: ‘Manuel, cálmate, no sigas diciendo esas cosas, y él seguía’”. Sus hermanas le insistían, sin éxito, en que se quedara con alguna de ellas en su casa. Su amiga Josefa Elena Carrillo, pediatra, lo invitó a que “se escondiera por unos días en su casa, en Barquisimeto, por cualquier cosa”. Ante la cortesía de Carrillo, quien por cierto es chavista, respondió: “Serás tú quien se va a refugiarse en la embajada cubana. Yo no me voy a esconder”.

En diciembre sobrevino el paro nacional. Para entonces, Caballero formaba parte del comité asesor de la Coordinadora Democrática, el ente que aglutinaba todas las corrientes de oposición que hacían frente al gobierno, y que, a su juicio, fue un acierto pese a todas las críticas que se le hicieron en su momento.

—La Coordinadora Democrática cometió muchísimos errores, en gran parte porque había partidos y organizaciones que son las que se llaman de maletín, y sólo había uno de los más radicales, esos que gritaban ¡ni un paso atrás! y se representaban a ellos mismos. Eso condujo a los errores como la prolongación del paro y la estupidez de Altamira, donde, por cierto, jamás me quedé. ¡Con militares ni a misa!

**D**espués de la conversación con su amigo Alberto Arvelo apenas tuvo tiempo para dormir una pequeña siesta: se entretuvo con una serie policial que transmitió entre tres y cuatro de la tarde un canal de la televisión por suscripción. Desde los diez primeros minutos la trama lo cautivó: las escenas de violencia no se hicieron esperar y pudo contar unos cuantos asesinatos. Estaba embelesado con el tiroteo, los asesinos que luchan por evadir a la policía, el enfrentamiento entre un par de delincuentes, un gangster que se desploma de un balazo en la cabeza y la sangre que casi salpicaba la pantalla del televisor. ¡Qué carrizo! La siesta puede esperar.

—En eso sí soy claro, con perdón de la expresión: a mí lo que me gusta es tiro y coñazo. Donde hay plomo y muertos, allí estoy yo.

También es aficionado a la literatura policíaca. De joven leyó, entre otros relatos policiales del escritor estadounidense Edgar Allan Poe, *El doble crimen de la calle Morgue* y conoció las fechorías de Vautrin, un personaje de los bajos fondos presente en la obra del escritor francés Honoré de Balzac. Con el transcurso de los años ha alimentado su predilección por los relatos policiales, y hoy se ha convertido en un “lector adicto” a la novela negra, cuyos autores favoritos son los norteamericanos Dashiell Hammet y Chester Himes, el cronista de Harlem.

Pasadas las cinco de la tarde despierta. Frente al espejo, pone en su lugar algunas hebras del recio mostacho blanco, desordenadas tras el breve descanso, y se peina el lacio cabello entrecano que conserva sólo en la parte inferior de su cabeza.

Luego de un pronunciado bostezo se dirige hacia el perchero, donde cuelgan dos chaquetas y descansa media docena de boinas, entre las cuales jamás habrá una roja. Sin perder tiempo, elige la negra y regresa a su habitación para cuadrársela sobre la testa. Va a cambiarse de ropa cuando escucha la llamada del intercomunicador. Es su *biógrafa*, que está esperándolo a la entrada del edificio. “¡Caramba, me agarró usted en pijama! Déme un momento y bajo”.

Por fortuna don Manuel tardó poco en bajar. Como de costumbre, la saluda con un estrechón de manos y con la misma sonrisa cálida que le ofrece desde la primera vez que la conoció: “¿Cómo le va?”. “Bien, ¿y usted, don Manuel?” “Bien. Déjeme decirle que va usted a entrevistar a un hombre arrecho. Desde ayer estoy esperando a unos plomeros que vienen a hacer una remodelación en el baño y nada que aparecen. Ni siquiera han llamado”. Y vuelve a sonreír, tras haber percibido un asomo de desconcierto en el rostro de la periodista.

El ascensor se detiene en el sexto piso y él se adelanta para abrir la puerta. “Pase y siéntese. Ya vuelvo”. Y se enrumba por el pasillo que lo conduce al estudio (al mediodía ha dejado algo pendiente). Mientras regresa, su *biógrafa* aprovecha para pasarse, como de costumbre, por el amplio recibo y descubrir algún cambio desde la última vez que estuvo allí. Todo está igual, excepto el retrato de Ulises, que fue cambiado de lugar, y el panorama que se observa a través del amplio ventanal, que parece más hermoso cuando se acerca el ocaso del día.

De resto, todo continúa igual. La soledad sigue diluida por todas partes, saludando como siempre, en compañía del silencio. Los demás cuadros permanecen en su sitio, la hamaca sigue colorida e imponente en medio de la sala y al otro extremo se observa la pared de la que sobresalen las veinte caricaturas que destacan el gran bigote de don Manuel Caballero. ¿Habrá una más? No. Están las mismas de la otra vez.

Quien visita por primera vez este apartamento se lleva la impresión de que en él habita un coleccionista, lo cual es cierto. Don Manuel colecciona, además de sus

propias caricaturas y boinas, utensilios de cocina, discos de música clásica, de tangos y rancheras, animalitos de madera, adornos de arcilla (pintados de colores) y objetos en miniatura. También es comprador compulsivo de adminículos para el hogar, como los que se anuncian en la televisión (en una ocasión compró varios sacos de Ferrarina, aunque nunca ha tenido perros, sólo porque no podía perder la oferta). Pero sin ir tan lejos, basta con cruzar el umbral de la puerta de entrada para ser recibido por un despliegue de sesenta imágenes de la Divina Pastora, de distintos tamaños, formas, materiales y colores, y dentro de las cuales está, aunque menos destacadas que las demás, su predilecta: un sobrecito de azúcar *La Pastora*.

Que Manuel Caballero sea un hombre religioso está lejos de la realidad. Él mismo se considera ateo, y cada día agradece a Dios por haberlo hecho así. Por otro lado, la virgen de la Divina Pastora es un símbolo cultural, no religioso: “Lo único en que se reconocen los barquisimetanos como tales es en la Divina Pastora”. Un día a don Manuel se le ocurrió comprar una representación de esta virgen porque le pareció muy bonita, y a partir de entonces sus amigos comenzaron a regalarle otras imágenes. Con el tiempo fue adquiriéndolas de distintos tamaños hasta formar la colección que exhibe en la sala. Este Caballero es devoto de los Cardenales de Lara, así no haga milagros, y fanático de la Divina Pastora, aunque no anote carreras.

—Pero encienda la luz, para que se destaque mi colección. Ya sabe cuál es mi favorita, ¿no? La que está en aquella esquina.

Acaba de regresar del estudio. Ofrece una excusa por la breve ausencia y al instante se dibuja en su rostro una sonrisa de satisfacción. Le complace que sus visitantes se detengan a admirar su colección. Además, ya están impresos los trescientos ensayos. Con un gesto invita a su *biógrafa* a tomar asiento —ella elige el cómodo sofá vinotinto, como en las reuniones anteriores— y con una mirada le hace saber que espera el inicio de la entrevista.

Afuera llueve a cántaros. La congestión vehicular en la avenida Leopoldo Aguerrevere de Santa Fe Norte es a cada minuto más insufrible. Entre el transporte público y los vehículos particulares se ha formado una densa cola. En ella están atrapados quienes regresan a sus hogares después de una jornada laboral, los que salen a cenar a algún restaurante y los que desde temprano deciden disfrutar del jueves de *ladies night* en algún local del este capitalino. Han pasado veinte minutos luego de las siete de la noche. La entrevista comenzó hace más de una hora.

Es una noche húmeda y la lluvia promete acompañarla. A las 11:00 pm don Manuel estará durmiendo plácidamente, soñando que pronto serán las cuatro de la mañana y podrá empezar “la carpintería” de la escritura. Pero todavía es de noche. Noche de entrevista, de sueño, de silencio, de soledad, de recuerdos, de viudez, de amor, de tormento y de poesía. Su esposa quería la noche, tanto así que sólo se sentaba a hilvanar sus versos después de verla entrar a través del ventanal: quería que fuera testigo de cada palabra que escribía, que le hiciera compañía, que la arrullara.

Hanni Ossott dejó viudo a un Caballero y al mundo de la poesía el 31 de diciembre de 2002, a las 11 de la noche, poco antes de cumplir 57 años de edad. Sus últimos días transcurrieron en la Casa de Reposo San José, en San Antonio de los Altos, donde estuvo recluida a partir de 1988, cuando, debido a su estado de salud, le ordenaron cuidados médicos permanentes que sólo podían procurárselos en un centro especializado. Don Manuel iba a visitarla todos los domingos, la llevaba a almorzar a algún restaurante, compartía unas horas con ella y la devolvía a la casa de reposo. Sin embargo, a pesar de la psicosis maníaco-depresiva que padecía desde 1982, Ossott continuó aferrada a la poesía y a su labor docente en la Escuela de Letras de la UCV, de la que tendría que retirarse definitivamente en 1990, y que nueve años más tarde le otorgaría su jubilación.

En ocasiones tenía destellos de lucidez y manifestaba mejoría transitoria. Entonces los médicos le permitían volver a casa junto a su esposo, hasta que recaía y tenía que ser internada de nuevo. Esta situación se repitió en varias oportunidades, durante las cuales escribió *El circo roto*, una compilación de poemas escritos entre 1990 y 1993. Publicado en este último año, el poemario, según se lee en su portada, está catalogado como “un libro desgarrado y desgarrador, lacerante y lacerado; un libro escrito *con* el cuerpo de una manera tan radical que descalabra todos los límites de la medida poética. La autora ha dejado en sus páginas jirones de su carne, partes despiadadamente expuestas de su intimidad en cada poema (...)”<sup>42</sup>.

Debido a una cirrosis que la aquejaba, hacia 1995 fue intervenida quirúrgicamente. La operación se complicó y permaneció en coma por quince días, en los cuales los médicos no apostaban por su recuperación. Para sorpresa de todos salió del coma, pero ya no fue la misma: dejó de escribir y se convirtió casi en una niña. Desde entonces permaneció internada hasta el día en que murió. La tarde del martes 31 de diciembre de 2002 fue la última vez que recibió la visita de su esposo. Ese día don Manuel le llevó, además de los regalos de año nuevo, comida típica de la fecha y algunos dulces. En la noche, cuando estuvo sola, vio el momento de comerlos, pero tal fue la ansiedad que le provocaron que empezó a consumirlos rápidamente y se ahogó. Cuando llegaron a su habitación ya era tarde para auxiliarla.

Antes de morir don Manuel le hizo publicar un libro bajo el título *Cómo leer la poesía*, resultado de una compilación que logró armar con algunos de los ensayos de Ossott, entre los cuales había una autobiografía poética. Posteriormente Caballero en nombre de su esposa *Poemas selectos*, que reúne versos aparecidos en sus poemarios anteriores. “Manuel mantiene viva a Hanni. Ha hecho que ella siga presente como una manera de manifestarle su amor y su recuerdo”, comenta la hermana mayor de Hanni Ossott, Magdalena de Mayer, hoy docente jubilada.

---

<sup>42</sup> *El circo roto*, portada.

Durante la etapa crítica de su matrimonio —y de su enfermedad—, Ossott dedicó a don Manuel distintos poemas que forman parte de *El circo roto*. Este poemario es, a juicio de la poeta Beatriz Alicia García, un libro de confesiones, libre de cualquier intención literaria, “cuya sinceridad y desnudez sean quizá sólo comparables con las grandes poetas suicidas norteamericanas de los años sesenta, Sylvia Plath, Anne Sexton”<sup>43</sup>. Algunos de estos poemas se reproducen a continuación:

### *EL LIBRO QUE EXIGÍAS*

*A Manuel Caballero, mi marido*

Déjame ver  
 déjame ver lentamente  
 sobre qué será mi último libro...  
 Si sobre tus estertores o el fracaso en la caricia.  
 Déjame pensar  
 si será un ridículo Bolero  
     —o sólo una espina  
 de las buenas  
 de las clavadas *hasta lo último de la intimidad*  
 Mi alma ahora vuela  
     canta. Y está muerta.

Minotauro: me he deshecho al fin de ti.  
 Soy una sandalia, danzo, escribo  
 escribo todo el borde del Universo y los bordes de mi cuerpo,  
 soy universal  
     lo sé, lo sé...  
     ¡Tan profundamente!  
 Mi alma no tiene límites ni nombres

---

<sup>43</sup> Beatriz Alicia García, *Ella, la flor entera* en la Revista Nacional de Cultura. Caracas, CONAC - La Casa de Bello, 2003, p. 156.

sagrada  
me despliego  
hacia el eterno mar  
bañada.

Lloro, sí, lloro  
la luna es esplendente  
y yo lloro  
por ese absurdo libro que exigías.

“Mañana será otro día” —dice Scarlet O’Hara  
“Pasa la página” —decía mi padre  
Tocaré la tierra con mis puños  
besaré sus resquicios  
sus oquedades  
sola, con el gato,  
rezaré a un dios

Y elevaré mis plegarias  
por los amigos  
los raros  
los misteriosos  
los que no se entregan a mí  
los que me temen

Hay muchos libros que vendrán  
tanta palabra escrita!  
tantos personajes y sus mitomanías!  
tantos temas!

y la luna ilumina para plegar...  
—pero no me obligues a leer más...

Oh Dios, ¿qué soy?  
 ¿qué hijos daré?  
 ¿qué monstruos?  
 Sólo un grito lánguido  
 solitario  
 casi como una pena

se impone

Mis mañanas son tenues  
 en el perfil de mi ventana  
 hay un amor  
 rico  
 excelente  
 sin exigencia de libros.

No, hoy no quiero  
 leer ni escribir  
 sólo quiero nadificar  
 o *pensar* holgadamente y a nadificar de nuevo.

*Marzo, 1991*

### ***LAS PASTILLAS***

*A los médicos psiquiatras*

Una pastilla  
 dos pastillas  
 tres pastillas  
 seis pastillas  
 Dayamineral  
 Carbonato de Litio  
 Haldol  
 Neubión

Oranvit  
 Rivotril 2 mg  
 ¿y el médico?

Deambulando por ahí... ahí como en la Luna  
 Sin saber de la verdadera enfermedad

La enfermedad es el vivir  
 la única  
 La enfermedad es el cuerpo  
 y las pastillas no sirven de mucho

Sólo sirve el alma  
 haciendo cuerpo  
 y el cuerpo haciendo alma

¡Fuera el Lexotanil!  
 Ciao bambino...

*Desde mi experiencia en Londres 1980  
 hasta los actuales momentos  
 Caracas, 1993*

***POR SALIR DEL CHARCO***

*A Washington con Manuel*

En algún lugar del mundo  
 una mujer se sentaba todas las mañanas  
 a contemplar un viejo edificio.  
 Y había ventanas, sí  
 plenas de sombras  
 hombres, mujeres, monstruos.

Esa casa estaba deshabitada  
no había amantes, no.  
Sólo aves que a veces cruzaban el horrendo paisaje.

En algún lugar del mundo  
había una lámpara rota  
que no era de ella.  
También un diccionario.

Eso no podía resolver su soledad.  
Había tres árboles, cuatro árboles  
y ruidos, la calle, los automóviles.

En algún lugar del mundo ella  
no pudo hablar con quien podría  
ser su amante.  
El placer estaba vedado.  
Las ambulancias pasaban  
El fastidio cundía.

En algún lugar del mundo  
ella se detenía  
a ver un enchufe  
un sofá  
una mesa repleta de libros y de centavos  
y al marido: mustio, callado, leyendo...

También había pastillas, muchas pastillas  
y un avión que pasaba.  
Llevando a gente que sí tenía lugar.

En algún lugar del mundo

ella rezaba  
por salir  
por salir  
del charco.

*Washington, junio 1990*  
*Desde la próxima enfermedad...*

**MI AMOR YACE EN UN POZO**

*A Manuel*

Déjame escribir  
al menos escribir  
es lo mínimo  
que se pueda pedir

La noche está fresca  
y no hay casi carros por la calle

las flores están floreciendo a su manera  
pero es de noche  
y las flores también tienen un modo de florecer al anochecer

También  
—me imagino  
que hay “amores que matan”  
pasiones, grandes pasiones.

Mi amor, mi gran amor  
yace en un pozo  
allí florecen raras flores  
flores que no saben cantar ni bailar

todo es mustio allí  
 Me he entregado a un amor raro  
     sin nervios  
     sin locura  
     sin gritos  
     ni pasión  
     puro intelecto  
 Al menos déjame escribir  
 esta noche  
 un poema

Al menos se trata de una pasión.

*Julio, 1991*

***LA HORA EN QUE EL HOMBRE NO LLEGA***

*A Manuel, a los hombres infieles...*

Es la penumbra  
 el gato se ha escondido  
 las luces comienzan a encenderse  
 Del cielo no se sabe nada  
     sólo que es cielo  
     una extensión de espacio  
     hacia donde provoca el desnudo  
 Mañana será la claridad  
     la Luna valiente asomará sus faces  
     y el Sol, en conjunción con ella  
  
         dará sus notas de amor  
 mientras tanto, ahora, es la penumbra.  
     La hora en que el hombre no llega.

*Mayo, 1991*

Para la escritora Stefania Mosca, el verbo de Hanni Ossott se desenvuelve en un ambiente donde conviven el borde, lo extremo y lo oscuro. “El riesgo detalla la luz definitiva de sus imágenes. El padecer, el adolecer, la plegaria y la enfermedad (...); Hanni necesitaba del poema y el poema requería que ella se enrostrara con la vida en lo más duro e hiriente”<sup>44</sup>. Hanni Ossott necesitaba la poesía para consolarse. Tal vez para refugiarse y vivir a través de ella.

Era una poeta que escribía con el afán de conocerse a sí misma, de descifrar el enigma de su esencia. Sabía mucho de tristezas, de soledad y de olvidos, pero poco sabía de ella misma. Por esta razón en su poesía hay una constante: la búsqueda incesante de sí misma. “¿Quién soy?”, se inquiere en sus versos, mientras trataba de responderse observando sus álbumes de fotografías, escarbando en su historia y descubriendo, como tantas veces, su identidad vacía, entre un collage de abandonos y olvidos.

Sin embargo, estaba conciente de que no sólo escribía para sí, sino también para los demás. La fallecida poeta y escritora Esdras Parra aseguraba que Ossott deseaba transmitir con sus versos el dolor de su dulce “pena”. “De alguna manera quería huir del tiempo y de la memoria, de los fantasmas reales, no imaginarios, de su infancia y del temor cierto, como una amenaza concreta, de la enfermedad. Tratar de apoderarse del mundo a través de la poesía significaba encontrar en ese movimiento un apoyo para enfrentar la desgracia”<sup>45</sup>.

Entre los temas predilectos de la poesía de Hanni Ossott destacan la infancia, el hogar, la soledad, el amor, el cuerpo, la enfermedad, la noche, la memoria y la muerte. Así lo apunta Beatriz Alicia García, quien distingue, entre las anteriores, tres temáticas: el cuerpo, lo corporal, y la muerte. Esta última fue “motivo de inspiración de algunos de sus más hermosos versos”, pero también fue la causante de los sufrimientos y traumas que arrastraba desde antes de tener conciencia. La muerte de su madre “determinará su relación consigo misma, con su propia feminidad, y su relación con las circunstancias que le tocan vivir. Determinará su

<sup>44</sup> Stefania Mosca, *Hanni no ha muerto* en la Revista Nacional de Cultura, 2003, p. 133, 134.

<sup>45</sup> Esdras Parra, *Un recuerdo para Hanni. Ídem*, p. 139.

marcada relación con la enfermedad y la muerte, un modo trágico de ver la vida, su profunda soledad interior”<sup>46</sup>.

Hanni Ossott derramó su existencia en cada uno de sus versos, pero no porque entre sus pretensiones estuviese hacer una poesía autobiográfica. Escribía sus tormentos y oscuridades como si las sintiera por los demás, como si no le pertenecieran, como si las percibiera en su entorno. Vivió entre el afecto infinito de sus familiares, el cariño permanente de sus amigos y colegas, la admiración de sus alumnos y el amor de su esposo, y a pesar de ello era una mujer solitaria. Acaso sus únicos compañeros fueron, en verdad, sus pensamientos, sus disquisiciones; aquellas voces que venían de su interior y guiaban su pluma, las mismas que hoy permanecen indelebles en su poesía.

**H**a cesado la lluvia cuando faltan escasos minutos para las ocho de la noche. La entrevista se ha extendido más de lo acostumbrado. Entre las preguntas que contempla la agenda de la joven periodista, el teléfono que ha interrumpido un par de veces, las anécdotas de Barquisimeto, las baterías que han debido reemplazarse en el grabador, los chistes —ni tan malos— de Caballero, lo que le dijo Carlos Andrés Pérez cuando lo conoció, el aborrecimiento por el militarismo y los recuerdos de su matrimonio, el entrevistado debe estar aburrido, ¡pero hay que ver con cuanta caballerosidad lo disimula!

A don Manuel le agrada la cercanía con los jóvenes. Con mucha facilidad se acerca a ellos y llega a considerarlos sus amigos, lo cual se debe, quizás, a sus años de experiencia como docente. En 2001, tres años después de alcanzar su jubilación académica, recibió el Premio Bienal Simón Bolívar, otorgado por la universidad del mismo nombre, como reconocimiento a su trayectoria universitaria.

---

<sup>46</sup> *Ella, la flor entera*, p. 154.

Ahora él y su *biógrafa* conversan sobre historia. Don Manuel parece tener un romance con la historia venezolana del siglo XX: es una de sus pasiones. Es un historiador que observa la realidad venezolana y los presenta ante el lector a través de un texto analítico e interpretativo, salpicado con sus juicios de valor. Es un historiador de lo actual. De acuerdo con algunos colegas, hoy existe una carencia importante en el estudio de la historia contemporánea de Venezuela. Uno de los pocos que, precisamente, se dedica a esta vertiente es Manuel Caballero, quien en 1994 obtuvo el Premio Nacional de Historia por la publicación de *Gómez, el tirano liberal*, uno de sus textos más elogiados.

—Si digo que Manuel Caballero es mi escritor favorito de historia venezolana del siglo XX cualquiera pensaría que es una pedantería mía, pero no es así. De esta historia no hay casi autores. Yo soy uno de los pocos que se ocupa de ella, prácticamente el único que se ha ocupado de eso, porque los historiadores le huyen a esta parte de la historia.

De acuerdo con Gustavo León, a la historia contemporánea de Venezuela “se le tiene miedo”, y son contados quienes se atreven a escribirla. Manuel Caballero ha impulsado el estudio sistemático de la contemporaneidad y ha echado por tierra “ese vicio que tenemos los historiadores de esperar a que pase cierto tiempo para escribir la historia reciente, porque la mayoría de los sujetos y actores están vivos y es difícil hacer juicio de ellos. Si ha habido algún momento en el que se ha necesitado la pluma de los historiadores para hacer comprender a los venezolanos lo que está ocurriendo en el país es este. Y eso es precisamente lo que ha hecho Caballero”.

Con León coincide el escritor Rafael Arráiz Lucca —máster en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello—, quien afirma que existen sólo tres textos para el estudio de la historia política del país: *Evolución política de Venezuela*, de Ramón J Velásquez, *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*, de Manuel Caballero, y *La política extraviada: Una historia de Medina a Chávez*, de Andrés Stambouli. “Y ya. No hay mucho más. La historia venezolana del siglo

XX está un poco huérfana. Hace falta que otros nos dediquemos a ella, tal como lo ha hecho Caballero, y en este sentido su contribución con el campo de la historiografía ha sido importante”.

La dilucidación del siglo XX venezolano pasa por las obras de Manuel Caballero. En palabras de Elías Pino Iturrieta, la vida política del país se ha esclarecido a través de sus investigaciones: “Sus libros sobre las crisis continuas de la Venezuela contemporánea, sus investigaciones sobre Gómez y el gomecismo y su estudio de Rómulo Betancourt son imprescindibles para el entendimiento de todo lo que ha ocurrido en Venezuela desde 1900”. El aporte fundamental de Caballero ha sido, a su juicio, el descubrimiento de los rasgos esenciales de la sociedad venezolana, principalmente de la política venezolana del siglo XX.

Pino Iturrieta señala que algunos historiadores sostienen que el siglo XX aún no es historia porque está en desarrollo. “Los más meticulosos han guardado distancia con lo más cercano. Prefieren estudiar temas del siglo XIX y no meterle el dedo a la llaga, que nos toca muy de cerca”. Sin embargo, señala que en la actualidad el temor de los historiadores a escribir sobre lo contemporáneo se está reduciendo. “A raíz del fenómeno Chávez se ha despertado muchísimo interés. Los libros sobre la investigación contemporánea se publican cada día más y tienen más lectores. El último libro de Caballero —*Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*— voló porque los venezolanos están frente al enigma de su existencia, frente a las cosas que pasaron ayer y que están viviendo”.

Además del estudio de la contemporaneidad, don Manuel se distingue por su formación política y su condición de periodista. A diferencia de otros que se formaron como historiadores desde el primer momento, Caballero se hizo historiador cargando sobre sí una amplia trayectoria política, al mismo tiempo que ejercía el periodismo como oficio. Es por ello que en su manera de pensar la historia y de escribirla tiene un peso significativo su experiencia política y su destreza periodística. A este respecto, Inés Quintero —quien duda de la existencia de otro historiador venezolano que haya dedicado tanto tiempo y pensamiento al siglo XX como Manuel Caballero— apunta que, “sin duda, su labor como

periodista ha tenido un efecto positivo sobre la agudeza de sus escritos y la puntilliosidad con la cual se ha ocupado del siglo XX venezolano”.

Es cierto: el discurso de don Manuel ha estado impregnado de la tinta del periódico. Para Germán Carrera Damas, Caballero es un historiador en cuyo enfoque de la realidad histórica participa frecuentemente su espíritu de periodista. “Manuel tiene un fiel sentido de la historia que combina con su olfato periodístico. Por ejemplo, le gusta subrayar circunstancias espectaculares en la historia y coloca títulos atractivos, lo que no quiere decir que sea incorrecto. Es, simplemente, otro enfoque de la historia. Él tiene una prosa grata, aunque a mí a veces me choca, pero es cuestión de gustos”.

La sencillez y la amenidad que caracterizan la pluma de Caballero son, precisamente, los canales a través de los cuales ha logrado presentar una historia moderna comprensible, logrando captar cada vez más lectores. Sin embargo, la comprensibilidad del discurso no es el único rasgo meritorio de su trabajo. Arráiz Lucca lo define como un historiador en el que conviven “lo ameno de una escritura producto de la práctica periodística y el rigor científico de la historia”. La rigurosidad en la investigación es otro de los aspectos más destacados en su labor historiográfica, tal como reconocen Carrera Damas y Arráiz Lucca. También Pino Iturrieta lo considera así: “Caballero tiene un método de trabajo escrupuloso”.

Por otro lado, Guillermo Morón considera que Caballero es, además de historiador, sociólogo. “Él profundiza en la condición humana; estudia la historia política venezolana partiendo de la gente, de los actores políticos y de la interpretación de personajes, no de los archivos, de lo que ya está escrito”. Carrera Damas tiene una opinión similar: “En los libros de Manuel se refleja su tendencia a penetrar considerablemente en los tejidos humanos de los personajes. Trabaja la parte humana de la historia, lo que quizás sea consecuencia de su formación como periodista, porque no le basta con contar el testimonio sino que presenta el testigo”.

**D**on Manuel es un escritor infatigable, aunque él mismo dice ser “un vago perdido”. Sin duda que miente. Una evidencia de ello es la cantidad de libros que ha publicado desde 1970, cuando apareció *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*. A partir de entonces ha sido un intelectual las 24 horas del día. Es un ávido lector y un prolífico escritor. Además, tiene algo que caracteriza a los buenos escritores: un ego desmesurado. Quienes son sus amigos no pierden oportunidad para hacerle chistes por ello, e incluso él bromea al respecto.

Es también polemista y gran provocador. Es un escritor que reta permanentemente al lector con la intención de despertar su interés, provocarle incomodidad o incitarlo a reflexionar. En todo caso, lo hace para generar una respuesta. A este respecto, María Soledad Hernández asegura que Caballero cumple un rol significativo en la actualidad política nacional: “En un país donde lo que predomina es el olvido y la desmemoria, él ha logrado engancharnos, apegarnos a nuestra historia, y sobre todo lo ha hecho con las nuevas generaciones”.

Con cada libro que publica y cada artículo dominical, Manuel Caballero libra una batalla a favor de la historia —“la memoria colectiva de la humanidad”—, con el propósito de evitar que los venezolanos sigan cometiendo los mismos errores del pasado. En opinión de León, en cada línea que Caballero escribe hay una pelea por la libertad y un permanente cuestionamiento de los hechos que han motorizado la historia venezolana. “Él es un historiador militante que vuelve la historia un instrumento de combate por la libertad, y con la actitud beligerante que lo caracteriza se opone a un hombre, se levanta contra el autoritarismo y se enfrenta a cualquier culto a la personalidad. Y es un hombre que, a su edad, podría ser más bien conservador, pero su pensamiento está más irreverente que nunca”.

Desde hace algún tiempo don Manuel dejó de pensar que la historia evoluciona siempre positivamente: el ejemplo más claro que tiene lo encarna Hugo Chávez, quien, a su juicio, significa un gran cambio, “pero un gran cambio hacia atrás, una

involución”. Y hasta que Venezuela dé un giro distinto, el tábano que habita en don Manuel permanecerá al acecho, con el aguijón levantado e inmovible. Aquel enérgico Manuel Antonio Caballero que se inició en la vida política venezolana el 24 de noviembre de 1948, combatiendo a un régimen militar, y que a partir de entonces se ha opuesto a todos los gobiernos venezolanos, está cerca de los 75 años y continuará “dando la pelea hasta el último momento”.

Falta poco para las ocho de la noche y don Manuel continúa sentado frente a su *biografía*. Ha comenzado a aburrirse. Bosteza, se peina con una mano el denso bigote, vuelve a bostezar, voltea a un lado y a otro, se hace más parco ante una nueva pregunta y, mientras se le escapa un siguiente bostezo, está por creer que la entrevistadora no lo dejará dormir esta noche, pero así sigue mostrándose receptivo ante sus interrogantes. Ella ha notado su aburrimiento y le anuncia que resta una última pregunta. Y don Manuel le devuelve una sonrisa que delata la sensación de alivio que lo invade. ¡Ya era hora!

—La verdad es que no sé cuándo dejaré de oponerme a un gobierno. No creo que vaya al cielo, pero si voy allá seguro que me opongo a Dios, porque yo no soporto a ese señor, que es el todopoderoso. Y si voy al infierno... la verdad es que le tengo mucha admiración al diablo porque es el primer insurrecto de la historia y todo el mundo lo ha maldito, pero qué va... si lo veo tratando de meter a un pobre diablo en una paila me le voy a oponer así sea yo el que termine frito.

\*\*\*

## EPÍLOGO

**T**odos los días entre ocho y nueve de la noche don Manuel Caballero abandona su estudio, tras los primeros cabeceos, y entra en su habitación para descansar después de una productiva jornada de trabajo intelectual. Tarda escasos minutos en conciliar un sueño profundo y renovador que llega a su fin a las cuatro de la mañana; entonces sale de la cama, va a la cocina por un café muy caliente y se dirige de nuevo al estudio para satisfacer su vicio por la escritura. Así comienza un día suyo, regularmente, aunque cuando está por concluir algún libro su rutina diaria se descontrola y pierde la noción del tiempo. No se permite el descanso hasta que ha colocado el último punto final.

Entre un océano de lecturas —y también de recuerdos—, sus días transcurren en compañía de la soledad, pero a pesar de ella don Manuel está lejos de ser un hombre solitario. Al ser una referencia ineludible para el estudio de la historia contemporánea de Venezuela, a menudo participa en conferencias, foros académicos y, con cierta frecuencia, es convocado por los medios de comunicación. Por otro lado, es de los primeros invitados en las fiestas familiares y en las reuniones de su círculo de amigos, algunos de los cuales conoce desde la juventud.

Caballero perteneció a una generación despierta, llena de inquietudes e intereses políticos y comprometida con la situación venezolana. Fueron jóvenes cultores del gusto por la lectura, que se formaron analizando la realidad del país a la luz de los textos de política discutidos; se atrevieron a cuestionar el momento que les tocó vivir y, por llevar la contraria, conocieron la cárcel y el exilio en los años cincuenta y sesenta.

Estos intelectuales querían contribuir a cambiar el mundo, cada uno de ellos tomando acción desde el campo en el cual se consideraba más útil. Hoy son una

referencia, un modelo para las nuevas generaciones venezolanas, que en buena medida mantienen distancia con respecto al rumbo político del país. Al mismo tiempo son representantes de una postura ética definida, de una conducta reformista que los ha llevado a impulsar cambios en el país a través de la constancia, con el afán de hacer de ésta una sociedad con la suficiente fuerza como para regenerarse a sí misma. Sin embargo, esta generación ha arrastrado una frustración con el paso de los años: sus esfuerzos por promover el cambio radical en el sistema político venezolano con la implantación de un sistema socialmente justo fueron inútiles.

El Manuel Caballero político conocido en la actualidad conserva algo de esa derrota experimentada, pero a pesar de ella se ha mantenido fiel a sus ideales de cambio. De no ser así estaría negando los años de lucha de su generación y lo que él en algún momento fue: se estaría traicionando a sí mismo. Siempre ha sido un hombre terco. En la actualidad sigue perseverando en un ideal, apostando por el cambio en una sociedad también derrotada y sacudiendo su conciencia para redimirla de la creencia en los caudillos y fantasmas del pasado —los personajes de la historia patria— que permanentemente son invocados y llamados a vivir en el siglo XXI.

Quizás su mayor frustración la arrastra desde 1998, cuando los venezolanos eligieron a Hugo Chávez como presidente de Venezuela pese a que en 1992, tras el fallido golpe de Estado que el teniente coronel dirigió en febrero de ese mismo año, don Manuel ya se había encargado de reiterar el peligro que representaría para el país la llegada de Chávez a la presidencia. Sus palabras en aquel momento resultaron vanas y, a partir de entonces, no le quedó más alternativa que enfrentarlo, tal como lo hace a través de sus artículos dominicales, con los que, además, apela permanentemente a la conciencia colectiva venezolana para evitar repetir los errores pasados. O al menos para tratar de enmendarlos.

Caballero ha representado y representa una visión modernizadora de la democracia, al mismo tiempo que se ha convertido en un paladín de la libertad de

pensamiento. En una Venezuela formada por nuevas generaciones, donde predomina el olvido y la cultura política se ha envilecido, no quedan muchos como él. Desde el campo de la reflexión ha hecho de las ideas un instrumento de combate, por ello su pluma es irreverente y sus escritos resultan tan polémicos. Con su obra historiográfica y su particular forma de escribir y expresarse en sus artículos periodísticos, ha creado una corriente de pensamiento que le ha valido reconocimiento en otras latitudes y ha dado consistencia a su dimensión como intelectual. Bajo el sello de Alfadil —casa editorial que creó en el año 2002 una colección de nueve títulos que lleva por nombre “Manuel Caballero”—, publica sus libros más recientes.

Siempre ha sido un escritor polémico, que levanta ronchas e incita a la discusión política. En sus textos conviven el rigor científico del historiador que investiga concienzudamente los fenómenos históricos y la imaginación del escritor cuyo fin último es generar una respuesta en el lector. A sus 74 años está más creativo que nunca, y lo demuestra en sus textos cuando emplea términos paradójicos para dilucidar realidades y describir personajes (por ejemplo, tilda a Juan Vicente Gómez de tirano liberal).

Pero detrás del escritor reconocido hay un hombre contento consigo mismo, cuya autoestima es, a veces, motivo de comentario entre sus amigos. Nadie le quitaría la razón: don Manuel Caballero es uno de los intelectuales más destacados y respetados de Venezuela. Lleva una vida hedonista que le permite disfrutar a sus anchas de las reuniones sociales, la buena mesa, la lectura y los viajes. También del placer de escribir, un vicio que le ha dado tantas satisfacciones a lo largo de su vida y nunca ha dejado de quitarle el sueño.

## FUENTES DE INVESTIGACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, O. (2002). *Barquisimeto: eran otros tiempos*. San Cristóbal: Editorial Futuro.
- Arráiz, A. (1945, octubre 23). El golpe de Estado. *El Nacional*, 4.
- Ayer fue derrocado el gobierno de Medina Angarita. (1945, octubre 20). *El Impulso*, 1.
- Barquisimeto se suma a la revolución. (1945, octubre 20). *El Impulso*, 1.
- Benavides, J. y Quintero, Carlos. (1997). *Escribir en prensa: redacción informativa e interpretativa*. México: Alhambra mexicana.
- Bonilla, L., El Troudi, H. (2004). *Historia de la Revolución Bolivariana. Pequeña crónica 1940-2003*. Caracas: Ediciones Gato Negro. Recuperado en agosto 10, 2006, de <http://www.antiescualidos.com/img/03.%20Historia%20de%20la%20Revolucion%20Bolivariana%20-%20Bonilla%20-%20El%20Tro%20-%20Revolucion%20Bolivariana%20-%20Libros.pdf#search=%22%22En%20Enero%20de%201959%20llegan%20al%20poder%20Fidel%20Castro%20y%20las%20fuerzas%22%22>
- Borges, G. (2006). Cosas del CUFM: cronología de un problema doméstico, a pesar de la irracionalidad de Manuel Caballero. Recuperado en julio 10, 2006, de <http://www.aporrea.org/educacion/a22552.html>
- Cantavella, J. (1996). *Manual de la entrevista periodística*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Caballero, M. (1970). *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*. Caracas: Editorial Domingo Fuentes.
- Caballero, M. (1992, febrero 8). El presidente aterrizó, y no se cambió de traje. *El diario de caracas*, 4.
- Caballero, M. (1997). Con saliva de loro. *El Universal*. Recuperado en junio, 13, 2006, de [http://www.eluniversal.com/1997/10/05/opi\\_art\\_70569A.shtml](http://www.eluniversal.com/1997/10/05/opi_art_70569A.shtml)
- Caballero, M. (1998). *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*. Caracas: Alfadil.

- Caballero, M. (1998). En la oposición, como siempre. *El Universal*. Recuperado en junio 13, 2006, de [http://www.eluniversal.com/1998/12/13/opi\\_art\\_008.shtml](http://www.eluniversal.com/1998/12/13/opi_art_008.shtml)
- Caballero, M. (2003). *El orgullo de leer*. Caracas: Alfadil.
- Caballero, M. (2005). *La pasión de comprender. Nuevos ensayos de historia (y de) política*. Caracas: Alfadil.
- Caballero, M. (2005, Enero). Memoria de una amistad. *Principia*, Barquisimeto, Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, 24, 84, 88, 89.
- Caballero, M. (2005, julio 28). *Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 7.
- Caballero, M. (2005). Un enojo tardío y otras equivocaciones. *El Universal*. Recuperado en noviembre 20, 2005, de [http://www.eluniversal.com/2005/11/20/opi\\_art\\_opi1.shtml](http://www.eluniversal.com/2005/11/20/opi_art_opi1.shtml)
- Caballero, M. (2006). *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*. Caracas: Alfadil.
- Caballero, M. (2006). Bolívar único. *El Universal*. Recuperado en mayo 28, 2006, de [http://www.eluniversal.com/2006/05/28/opi\\_art\\_opini1.shtml](http://www.eluniversal.com/2006/05/28/opi_art_opini1.shtml)
- Caballero, M. (2006). Rodear el obstáculo. *El Universal*. Recuperado en julio 23, 2006, de [http://www.eluniversal.com/2006/07/23/opi\\_art\\_23A750757.shtml](http://www.eluniversal.com/2006/07/23/opi_art_23A750757.shtml)
- Capiello, M., Cuevas, A. (2005). *Oswaldo Vigas detrás del lienzo*. Trabajo de grado para optar al título de Licenciadas en Comunicación Social en la Escuela de Comunicación Social, UCAB, Caracas, Venezuela.
- Comunicado del golpe de Estado de 1948 contra Rómulo Gallegos (2006). Recuperado en febrero 13, 2006, de <http://www.analitica.com/Bitblbio/FAN/golpe1948.asp>
- Copple, N. (1968). *Un nuevo concepto del periodismo. Reportajes informativos*. México: Editorial Pax-México.
- Díaz Rangel, E. (1990). *Miraflores fuera de juego: de la entrevista y el reportaje*. (2da. Ed.). Caracas: Alfadil Ediciones.
- Díaz, F. (1992). *MAS apuntes sobre la historia del MAS*. Caracas: Secretaría Nacional de Propaganda del MAS.

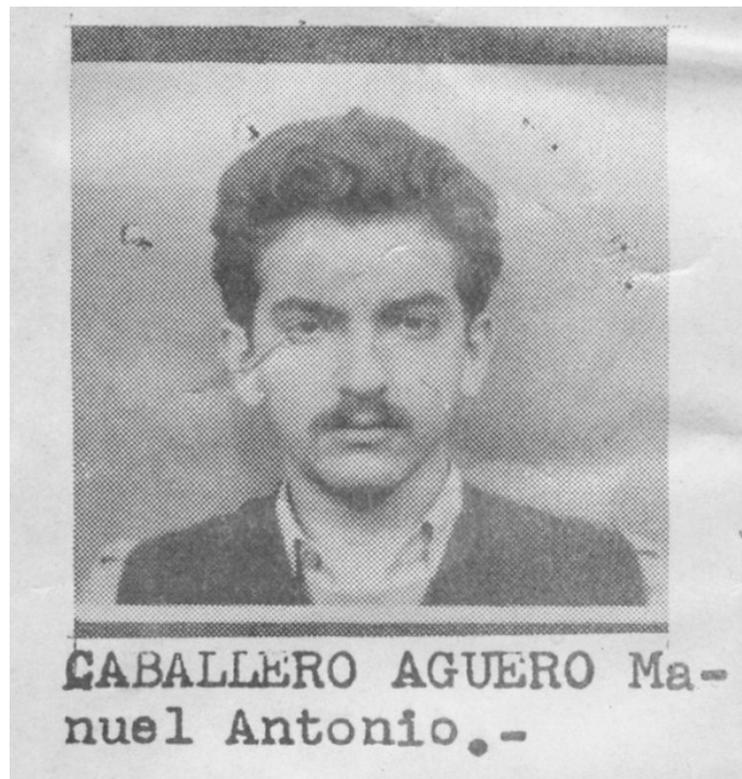
- Dragnic, O. (1993). *La entrevista de personalidad*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Ecuación. Universidad Central de Venezuela.
- García, B. (2003). Ella, la flor entera. *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, CONAC - La Casa de Bello, 327, 154, 156.
- Guerra, Rafael. (1970, abril 15 al 30). La discusión en el PCV es un proceso necesario. *Deslinde*, 5
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C., Baptista, P. (1998). *Metodología de la investigación*. (2da ed.). México: Mc Graw Hill.
- Herrera, E. (1983). *El reportaje, el ensayo. De un género a otro*. Caracas: Editorial Equinoccio.
- Hippolyte, N. (1993). *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción de la entrevista*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- La organización del Liceo “Lisandro Alvarado” está alcanzando puesto de vanguardia (1945, octubre, 20). *El Impulso*, 4.
- La renovación será impulsada en la UCV (1969, mayo 1° al 15). *Deslinde*, 8
- Martín Vivaldi, G. (1987). *Géneros periodísticos: reportaje, crónica y artículo*. Madrid: Paraninfo.
- Martínez Albertos, J. (1974). *Redacción periodística*. Barcelona: A.T.E.
- Mier, J. (2005). Manuel Caballero, la marca del diablo 666. Recuperado en septiembre 5, 2005, de <http://www.aporrea.org/dameletra.php?docid=16130>
- Mosca, S. (2003). Hanni no ha muerto. *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, CONAC - La Casa de Bello, 327, 133, 134.
- Ossott, H. (1987). *El reino donde la noche se abre*. Caracas: Mandorla.
- Ossott, H. (1993). *El circo roto*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Petkoff, T. (2005). *Dos izquierdas*. Caracas: Alfadil.
- Parra, E. (2003). Un recuerdo para Hanni. *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, CONAC - La Casa de Bello, 327, 139.
- Quevedo, L. (1998). *Caracas nueva rica. Caracas...ayer y hoy*. Aragua, Villa de Cura: Editorial Miranda.
- Real Academia Española. (1992). *Diccionario de la lengua española*. (21ª ed.). Madrid: Espasa.
- Reyes, G. (1996). *Periodismo de Investigación*. México: Editorial Trillas.

- Reyes, J. (2006). *Riszard Kapuscinski, el periodismo como conocimiento y divulgación de la historia*. Consultado el julio 5, 2006, en <http://www.tuobra.unam.mx/publicadas/030704231912.html>
- Romero, M. (2002). *Política exterior venezolana*. Caracas: CEC, CA.
- Ronderos, M., León, J., Sáenz, M., Grillo, A., y García, C. (2002). *Cómo hacer periodismo*. Bogotá: Aguilar.
- Sahmkow, R. (2005). *Ramón J. Velásquez, una vida alrededor del poder*. Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Comunicación Social en la Escuela de Comunicación Social, UCAB, Caracas, Venezuela.
- Sant, J. (2006). Manuel Caballero, o cuando se llega a viejo pendejo. Recuperado en julio 25, 2006, de <http://www.aporrea.org/oposicion/a23796.html>
- Santana, E. (1992). Referencia a la década de los cincuenta. En Quevedo, L. (1998), *Caracas nueva rica. Caracas...ayer y hoy*, (p. 209). Aragua, Villa de Cura: Editorial Miranda.
- Se intensificaron ayer los rumores de “golpe frío”. *El Nacional*, 1.
- Sherwood, H. (1976). *La entrevista*. Barcelona: A.T.E.
- Socorro, M. (2001). 70 años en oposición. *El Universal*. Recuperado en enero 10, 2006, de [http://www.eluniversal.com/2001/12/16/pol\\_art\\_16112AA.shtml](http://www.eluniversal.com/2001/12/16/pol_art_16112AA.shtml)
- Ulibarri, E. (1994). *Idea y vida del reportaje*. México: Editorial Trillas.
- Universidad Católica Andrés Bello (2006). Fases de un trabajo de investigación académico. Recuperado en agosto 05, 2006, de <http://www.ucab.edu.ve/ucabnuevo/index.php?load=modelos.htm&seccion=130>

**ANEXOS**



**Valencia, 1950. Manuel Caballero en compañía de Rafael Cadenas (ubicado a la izquierda), tras ser expulsados de Barquisimeto.**



**La ficha de Manuel Caballero aparecida en los registros de la Seguridad Nacional en 1952.**



**Puerto de La Guaira, 4 de agosto de 1952. Manuel Caballero (a la derecha, con el maletín) camina hacia *El Auriga* escoltado por un agente de la Seguridad Nacional, mientras su madre observa su partida.**



**Manuel Caballero a principio de la década de los cincuenta**



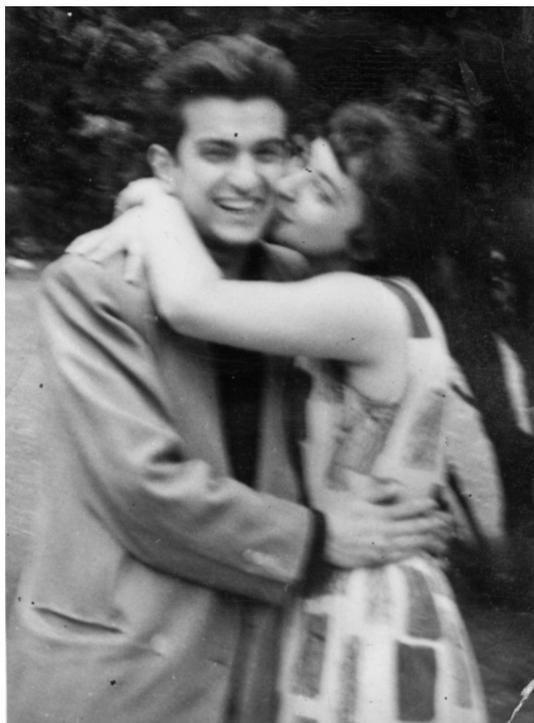
**París, Francia, 1952. Manuel Caballero en compañía de Porfirio Gómez (derecha).**



**De izquierda a derecha Rodolfo Izaguirre, Santiago Gerardo Suárez, Manuel Caballero y Edilberto Moreno frente a la tumba de Karl Marx, en el cementerio de Highgate, Londres, en 1953.**



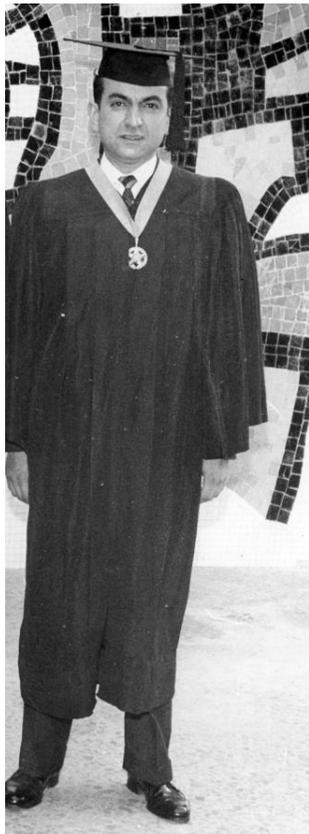
**Manuel Caballero en París, 1954.**



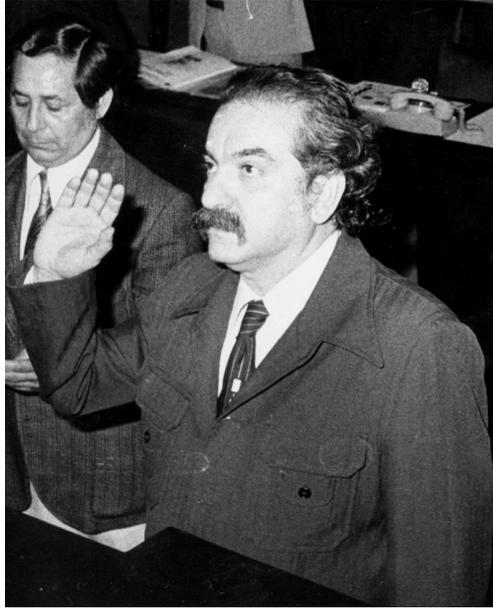
**París, 1954. Manuel Caballero en compañía Paulina Politoff.**



**Caracas, 1959. De izquierda a derecha Rafael Cadenas, Jesús Sanoja Hernández y Manuel Caballero, fundadores de *Tabla Redonda*.**



**Caracas, UCV, 1963. Manuel Caballero obtiene el título de Licenciado en Historia.**



**Principio de los años 70. Manuel Caballero se juramenta como diputado (Movimiento Al Socialismo) por el estado Lara ante el Congreso nacional.**



**Años 70. Manuel Caballero en un mitin del MAS**



**Hanni Ossott en la UCV, en los años 70 (Foto: Vasco Szinetar)**



**Londres, 1980. Manuel Caballero.**



**Manuel Caballero en compañía de su esposa, Hanni Ossott, en los años 80.**

**Libros publicados por Manuel Caballero:**

1.- Caballero, M. (1970). *El desarrollo desigual del socialismo y otros ensayos polémicos*. Caracas: Editorial Fuentes.

2.- Caballero, M. (1972). *Betancourt: populismo y petróleo en Venezuela*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

\*Una edición venezolana, corregida y aumentada, fue publicada en 1977 en Venezuela por el mismo autor bajo el título *Rómulo Betancourt*. Caracas: Centauro.

3.- Caballero, M. (1973). *El mundo no se acaba en diciembre*. Caracas: Centauro.

4.- Caballero, M. (1974). *Sobre autonomía, reforma y política en la Universidad Central de Venezuela. 1827-1958*. Caracas: UCV.

5.- Caballero, M. (1979). *Ve y toma el libro que está abierto en la mano del ángel. (Ensayos literarios)*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

6.- Caballero, M. (1983). *La pasión de comprender. Ensayos de historia (y de) política*. Caracas - Barcelona: Editorial Seix - Barral Venezolana.

7.- Caballero, M. (1986). *Latin America and the Comintern. 1919-1944*. Londres: Cambridge University Press.

\*Versión española: Caballero, M. (1987). *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*. Caracas - Buenos Aires: Nueva Sociedad - Punto Sur.

8.- Caballero, M. (1987). *El discurso del desorden*. Caracas: Editorial Alfadil.

9.- Caballero, M. (1988). *Las Venezuelas del siglo XX*. Caracas: Grijalbo.

10.- Caballero, M. (1988). *El nombre de la cosa. (Crónicas satíricas)*. Caracas: Pomaire.

11.- Caballero, M. (1988). *El orgullo de leer*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

12.- Caballero, M. (1989). *Entre Gómez y Stalin (La sección venezolana de la Internacional Comunista)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

\*Edición aumentada y corregida del libro anterior. Incluye nuevos capítulos, un diccionario biográfico, un apéndice documental y un índice analítico.

13.- Caballero, M. (1991). *El poder brujo. Ensayos de polémica y otras tintas*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana Editores.

14.- Caballero, M. (1993). *Gómez, el tirano liberal*. Caracas, Monte Ávila.

15.- Caballero, M. (1995). *Ni Dios ni Federación*. Caracas: Planeta.

16.- Caballero, M. (1997). *De la "Pequeña Venecia" a la "Gran Venezuela"*. Caracas: Monte Ávila.

17.- Caballero, M. (1997). *Carta a un joven desilusionado que detesta la democracia*. Caracas: OCI.

18.- Caballero, M. (1998). *Defensa e ilustración de la pereza*. Caracas: Alfadil.

19.- Caballero, M. (1998). *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992)*. Caracas: Monte Ávila - Contraloría General de la República.

20.- Caballero, M. (1998). *Contra el golpe, la dictadura militar y la guerra civil*. Caracas: Centauro.

En el año 2002, la editorial Alfadil fundó la Colección "Manuel Caballero", que hasta ahora ha publicado ocho títulos, algunos reediciones, otros inéditos. Ellos son:

(1) 21.- Caballero, M. (2002). *Revolución, reacción y falsificación*. Caracas: Alfadil.

(2) 22.- Caballero, M. (2003). *El orgullo de leer*. Caracas: Alfadil.

(3) 23.- Caballero, M. (2003). *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. (Cuarta edición). Caracas: Alfadil.

(4) 24.- Caballero, M. (2003). *Gómez, el tirano liberal (Anatomía del poder)*. (Quinta edición). Caracas: Alfadil.

(5) 25.- Caballero, M. (2004). *El desorden de los refugiados*. Caracas: Alfadil.

(6) 26.- Caballero, M. (2004). *Dramatis personae (Doce ensayos biográficos)*. Caracas: Alfadil.

(7) 27.- Caballero, M. (2004). *Rómulo Betancourt, político de nación*. México – Caracas: Fondo de Cultura Económica - Alfadil.

(8) 28.- Caballero, M. (2005). *La pasión de comprender. Nuevos ensayos de historia (y de) política*. Caracas: Alfadil.

(9) 29.- Caballero, M. (2006). *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*. Caracas: Alfadil.

**En colaboración:**

30.- Caballero, M. (1966). *El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

31.- Caballero, M. (1974). *La izquierda venezolana y las elecciones de 1973*. Caracas: Síntesis Dosmil.

32.- Caballero, M. (1975). Selección prólogo y notas a las *Cartas hiperbóreas* de José Rafael Pocaterra. Caracas: Centauro.

33.- Caballero, M. (1977). *Presencia y crítica de Mario Briceño Iragorry*. Caracas: Comisión presidencial para el centenario del nacimiento de Mario Briceño Iragorry.

34.- Caballero, M. (1977). *Los Estudios Históricos en América Latina*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

35.- Caballero, M. (1979). *Venezuela 1979: examen y futuro*. Caracas: *El Nacional*.

36.- Caballero, M. (1984). *1984: ¿A dónde va Venezuela?* Caracas: Planeta.

- 37.- Caballero, M. (1987). *Gómez, Gomecismo y Antigomecismo*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades.
- 38.- Caballero, M. (1988). *Juan Vicente Gómez y la Venezuela de su tiempo*. Caracas: Monte Ávila.
- 39.- Caballero, M. (1989). En el *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar. Colaboró con los siguientes artículos: “18 de octubre de 1945”, “Bianco, Jesús María”, “Caracas, batalla de”, “Castro, Julián, gobierno de”, “Chela, Raimundo”, “Congreso de 1873”, “Doctrina Betancourt”, “Junta de Gobierno”, “Junta Militar de Gobierno”, “Junta Patriótica”, “Junta Revolucionaria de Gobierno”, “López, Casto Fulgencio”, “Oropesa, Juan”, “Quinquenio, el”, “Rangel Garbiras, Carlos”, “Revenga Pereira, José Rafael”, “Rodríguez, Tomás”, “Romero, Telmo”, “Torres Cárdenas, Julio”, “Urbaneja Alayón, Diego Bautista”, “Francisco de Paula Aristeguieta”, “Congreso del 19/4/1936”, “La primera batalla de Carabobo”, “Las huelgas petroleras”, “Mariano Fortoul”, “Juan Bautista Pérez, gobierno de”, “Eduardo Gallegos Mancera”, “Federaciones estudiantiles”, “Alfredo Maneiro”, “Jaime Lusinchi, gobierno de”.
- 40.- Caballero, M. (1989). *América Latina en el umbral del siglo XXI* (en colaboración con Felipe González, Carlos Andrés Pérez, Jimmy Carter, Jaime Paz Zamora, Darcy Ribeiro, Arturo Uslar Pietri, Leopoldo Zea, Gonzalo Barrios). Caracas: Presidencia de la República, ILDIS, Nueva Sociedad.
- 41.- Caballero, M. (1995). En *Enciclopedia de Venezuela*. Caracas: Globe. Colaboró con los siguientes artículos: “Rómulo Betancourt, segundo gobierno de”, “Rafael Caldera, primer gobierno de”, “El ensayo histórico, político y social en el siglo XX venezolano”.
- 42.- Caballero, M. (1995). *Realidades y utopías de la América latina y el Caribe*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- 43.- Caballero, M. (1996). *Balance del siglo XX venezolano*. Caracas: Grijalbo.

- 44.- Caballero, M. (1996). *Insurgencia y revolución. Antonio José de Sucre y la independencia de los pueblos de América*. La Rábida – Caracas: Universidad Internacional de Andalucía - Universidad Central de Venezuela.
- 45.- Caballero, M. (1996). *Fichero Presidencial: Presidentes y Presidencias de Venezuela*. Caracas: Contraloría General de la República.
- 46.- Caballero, M. (1996). *El desarrollo sustentable y las metrópolis latinoamericanas*. México: PNUMA - El Colegio de México.
- 47.- Caballero, M. (1997). *La integración y la democracia del futuro*. Caracas: Nueva Sociedad.
- 48.- Caballero, M. (1997). Selección prólogo y notas a la Antología de Rómulo Betancourt, *Leninismo, revolución y reforma*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 49.- Caballero, M. (1997). *El bien del intelecto*, junto a Mariano Picón Salas y otros. Caracas: Monte Ávila.
- 50.- Caballero, M. (1997). *Contraloría y gobierno, una relación difícil*. Caracas: Contraloría General de la República.
- 51.- Caballero, M. (1997). *Transparencia electoral. Rediseño de los partidos políticos*. Caracas: Fundación Konrad Adenauer.
- 52.- Caballero, M. (1998). *Comprensión de nuestra democracia (40 años de historia venezolana)*. Caracas: CGR.
- 53.- Caballero, M. (1998). *Defensa y enseñanza de la historia patria en Venezuela*. Caracas: CGR.
- 54.- Caballero, M. (1998). *Repaso de la historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Quinto Centenario.
- 55.- Caballero, M. (1998). *La revolución de octubre*. Caracas: Celarg.

56.- Caballero, M. (1999). *100 años. Revolución Restauradora (1899-1999)*. Mérida: Asamblea Legislativa.

57.- Caballero, M. (1999). *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela*. Caracas: CGR.

**En antologías:**

58.- Caballero, M. (1986). *Juan Vicente Gómez ante la historia*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.

59.- Caballero, M. (1989). En O. Rodríguez Ortiz. *Ensayistas Venezolanos del Siglo XX*. Caracas: Contraloría General de la República.

60.- Caballero, M. (1992). En G. Jiménez Emán. *El Ensayo Literario en Venezuela*. Caracas: La Casa de Bello.

61.- Caballero, M. (1992). En J. Ballestas. *Los Fabricantes de Sonrisas. Antología del humor venezolano*. Caracas: Contraloría General de la República.

62.- Caballero, M. (s/f). *La pereza del venezolano*. Caracas: Universidad Simón Bolívar.